

BRENNA DAY

La
Secretaria
del
Jeque

Contents

[La secretaria del jeque](#)

[Copyright](#)

[Otros libros de la serie Princesas](#)

[Capítulo 1](#)

[LUANA](#)

[Capítulo 2](#)

[ZADIR](#)

[Capítulo 3](#)

[LUANA](#)

[Capítulo 4](#)

[ZADIR](#)

[Capítulo 5](#)

[LUANA](#)

[Capítulo 6](#)

[ZADIR](#)

[Capítulo 7](#)

[LUANA](#)

[Capítulo 8](#)

[ZADIR](#)

[Capítulo 9](#)

[LUANA](#)

[Capítulo 10](#)

[ZADIR](#)

[Capítulo 11](#)

[LUANA](#)

[Capítulo 12](#)

[ZADIR](#)

[Capítulo 13](#)

[LUANA](#)

[Capítulo 14](#)

[ZADIR](#)

[Capítulo 15](#)

[LUANA](#)

[Epílogo](#)

[ZADIR](#)

[Más de Luana y Zadir](#)

La secretaria del jeque

(Serie Princesas)

Brenna Day

Copyright © 2017 Brenna Day

Todos los derechos reservados. Este libro es una obra de ficción. Nombres, personas, lugares y circunstancias son producto de la imaginación del autor o están utilizados de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, lugares o eventos es una coincidencia.

Está terminantemente prohibido reproducir cualquier parte de este libro a través de cualquier medio o forma, electrónica o mecánica, sin el permiso expreso del autor, exceptuando breves citas con fines promocionales o en reseñas literarias.

Otros libros de la serie Princesas

Esposa humillada

(Serie Princesas #2)

Vendida como mercancía

(Serie Princesas #3)

Eres Mía (Próximamente en Amazon)

El Príncipe Jefazo (Próximamente en Amazon)

¿Quieres leer más?

Suscríbete gratis a la lista de correo de la serie para que no te pierdas cada nuevo libro. Además, epílogos inéditos donde podrás leer acerca de la vida de los protas años después del FINAL FELIZ de cada historia.

Suscríbete en pocos segundos desde aquí:

<http://eepurl.com/c9KN81>

Capítulo 1

LUANA

Bufo intentando recogerme en un moño los largos rizos rebeldes que se niegan a permanecer en su sitio a la vez que sostengo el tubo del teléfono con el hombro contra mi oreja cuando la voz al otro lado de la línea vuelve a chillar con estridencia.

—¡Prometo no meterte en problemas si me pones con Zadir! —aprieto el boli entre mis dientes y pongo los ojos en blanco suspirando porque mi nuevo puesto de secretaria rápidamente se está volviendo el trabajo más estresante del mundo—. ¡Te lo suplico por lo que más quieras! Solo déjame hablar un momento con él...

—Lo siento, alteza —respondo tratando de adoptar una voz distante y profesional—. Pero ya hemos hablado acerca de esto.

Doy unos golpecitos nerviosos con el boli y miro las luces de la centralita. Estoy tentada de cortar la comunicación, pero es mi trabajo atender cada una de las llamadas. He perdido la cuenta ya de cuantas princesas han llamado en lo que va del día suplicando para que las ponga con el jeque. Y la verdad es que la paciencia se me empieza a agotar. Echo un vistazo a mi alrededor. La sala está repleta de administrativos, todos ellos con las narices metidas en sus ordenadores, ajenos a los malabares que debo hacer para aplacar a estas mujeres...

Vaya día he tenido, hoy sí que esto se me ha hecho eterno. Por fortuna no falta tanto para que acabe mi turno y llegue mi reemplazo. Qué ganas de salir de aquí, encerrarme en mi cuarto, tumbarme en el sofá con un libro en las manos y leer hasta quedarme dormida.

—Debes hacer una excepción conmigo—insiste la princesa.

Suspiro largamente.

—Conoces las reglas, sabes que no puedo poner en contacto a su majestad con ninguna princesa.

—¡Pero yo no soy cualquier princesa, soy la prima de Zadir!

Cierro los ojos porque no sé qué más decirle. Cuando acepté el puesto de secretaria mi idea acerca de lo que involucraría era muy distinta. Pero las cosas han cambiado en el reino desde que el príncipe Zadir se ha convertido en jeque y ha anunciado que pronto tomará esposa. Si quiero permanecer aquí y no volver a mi país, esto es lo que toca.

—Lo siento, pero el jeque lo ha dejado claro. No quiere ver a ninguna

princesa, ni siquiera a su prima —digo con voz cortante pero al instante me arrepiento de haber sido tan directa. Me muerdo el labio inferior cuando oigo su gemido de pena y cuando empieza a sorberse la nariz a punto de romper en llanto, me apresuro a añadir—. Oye, sé lo difícil que debe ser para ti esta situación, pero créeme que no puedo hacer nada.

—¿Crees que lo sabes? ¡Pues déjame decirte que tú no tienes ni puñetera idea! Y te puedes considerar afortunada por ello, porque ser una princesa no es tan guay como parece. Si tan solo supieras lo estresante que puede llegar a ser...

Suspiro para mis adentros pensando si tan solo supieras quien soy en realidad... pero no puedo decírselo a ella ni a nadie porque estoy aquí de incógnito. Y sí, estoy de acuerdo en que ser una princesa en estas tierras puede ser una condena. Como heredera del reino de Nueva Macedonia estoy destinada a casarme mediante un matrimonio arreglado, igual que lo han hecho mis hermanas. Pero me resisto a ello. Soy un espíritu libre y el día que me case quiero estar enamorada de un hombre que me quiera por lo que soy, y no por razones de estrategia política.

Por eso en cuanto vi la oportunidad de salir de mi casa paterna no la desperdiicé. Cumplidos mis veintiún años pedí permiso a mis padres para tomar un empleo fuera del reino. Naturalmente se opusieron rotundamente, no está bien visto que la hija de un rey renuncie a sus privilegios. Por otra parte siempre he amado el arte y mis padres me han animado desde niña a que desarrolle mis talentos artísticos. Así que decidí aplicar a la escuela de Bellas Artes de Lederland, la más prestigiosa de la región. En cuanto mi aplicación fue aceptada, a mis padres no les quedó más remedio que dejarme marchar. ¡Tenía un año para vivir mi vida a mi aire, sin condicionamientos ni ataduras!

Sin decirle nada a mis padres, en el último momento cancelé mi matrícula en la escuela y en cambio decidí arriesgarme a venir a una entrevista de trabajo a Nueva Abisinia para un puesto de secretaria que, para mi sorpresa, finalmente obtuve.

Ser secretaria de un jeque sonaba exótico y excitante, lo opuesto de mi vida en casa. Pero aquí estoy, ¡haciendo de celestina entre el jeque y sus pretendientes! Vaya ironía. Al parecer no puedo huir de los dramas amorosos. Miro el teléfono con un suspiro. Me pregunto qué cara pondría Nadia si le dijera que soy una de las suyas...

—Comprendo, alteza, pero órdenes son órdenes —digo en cambio, y del otro

lado de la línea puedo oír el gemido de frustración de la princesa.

—¿De verdad él no te ha hablado de mí?

Me quedo en silencio sorprendida por su pregunta. Carraspeo antes de responder en el mismo tono impersonal de antes.

—Lo siento, pero las secretarias no tenemos permiso para hablar con su majestad.

O al menos eso creo, pues yo nunca lo he hecho. En lo que llevo trabajando aquí apenas le he visto una vez, y eso porque era la ceremonia de su ascensión al trono. Recuerdo que yo estaba en la última fila, más atrás imposible, pues era el sitio que se nos había indicado a los administrativos. Pero el problema es que soy tan bajita que ni siquiera en puntillas alcanzaba a distinguir lo que sucedía allí delante. Al ver mi frustración, Dumar, el jefe de guardias, se apiadó de mí e hizo que le siguiera hasta uno de los palcos reservados para los visitantes extranjeros. Y al llegar allí aluciné, pues el palco estaba justo arriba del escenario y el príncipe estaba tan pero tan cerca que me parecía que si alargaba el brazo podría tocarle.

Estaba sentado en un trono antiguo rodeado de su guardia real y se veía tan grande y musculoso que, aún sentado, su figura conseguía empequeñecer a todos los demás hombres que estaban a su lado. El joven príncipe se había ganado su reputación luchando codo con codo con los guerreros más feroces del reino, y podía entender su fama, porque en verdad su sola presencia imponía y transmitía una fuerza descomunal. Sus amplias espaldas y su pecho macizo hacían que la seda de su túnica negra se tensara hasta con su movimiento más leve. Era una pared de músculos y cuando se levantó para recibir la corona de manos de su madre, sentí que las rodillas se me aflojaban y el pulso se me disparó de tal forma que me vi obligada a aspirar el aire por la nariz para no desmayarme. Cada uno de sus pasos resonaban como truenos en la inmensidad del salón silencioso. El público parecía hipnotizado a la espera de sus palabras. Y cuando por fin habló, su voz grave y profunda vibró estremeciendo mis entrañas.

Madre mía, no era así como yo me imaginaba a los reyes en mi infancia, cuando mi nana me contaba las historias de príncipes andantes de modales suaves y refinados. Este hombre no tenía nada de refinado, ¡y mucho menos de suave! Todo lo contrario, se rumoreaba que el príncipe era un cavernícola sin escrúpulos, un bruto que cuando quería algo lo reclamaba para sí arrebatándolo sin miramientos. ¡Y además tenía la boca más sucia que una letrina! Eso lo sabía yo porque una vez le oí discutir con alguien cuando una

de las líneas telefónicas quedó abierta por accidente. ¡Jamás había escuchado a alguien usar semejantes palabrotas! Madre mía, estaba tan avergonzada que tuve que darme aire con ambas manos para que la cara dejara de arderme. A pesar de todo lo que se decía acerca del nuevo jeque, desde aquel día quedé tan impactada por su aura de poder que no pude evitar empezar a tener fantasías con él. Por las noches cuando no puedo dormir me siento en la cama, abro mi portátil y me paso horas mirando fotos del príncipe. En ellas siempre sale serio, con expresión reconcentrada, como si sonreír fuera un delito. Entonces amplió las imágenes para tratar de descubrir lo que ocultan esos ojos color café. ¡Hay tanto misterio en ellos! Un enigma por el que siento mucha curiosidad y algo de temor. A veces siento que el corazón se me encoge al pensar que él jamás me dedicará una sola de sus miradas misteriosas. Mejor así, me digo, porque como lo hiciera estoy segura que me impondría tanto que probablemente me quedaría mirándole balbuceando como una tonta.

El sonido de la voz de Nadia al otro lado de la línea vuelve a sacarme de mis ensueños.

—Oye, tendrías que hablar con mi primo algún día. Es muy majo y estoy segura que le caerías bien.

¿Majo? ¿El gran Zadir? ¿De veras estamos hablando de la misma persona? Yo no usaría esa palabra para describirle. Quizás mandón, bruto, arrogante, cabezota, controlador o excéntrico. ¿Pero majo? Definitivamente no.

Impaciente echo un vistazo a mi reloj.

—Alteza, debo cortar la comunicación, hay otras prince... eh.. quiero decir otras personas en línea, y casi se me ha hecho la hora de...

—¡Espera un momento! —desesperada grita a pleno pulmón y del susto que me he pegado casi me caigo de la silla—. ¡No me cuelgues, por favor! Hay algo que debes saber. No pensaba decírtelo, pero me has demostrado que puedo confiar en ti —entrecierro los ojos porque cuando una princesa empieza a hacerme la pelota es señal de que nada bueno se trae entre manos—. Es algo para el jeque —continúa—. Tengo que dárselo cuanto antes porque lo necesitará si quiere casarse.

Hago una mueca apretando el teléfono en la mano. Vaya, esto es nuevo...

¿un objeto que necesitará para casarse? ¡Estas princesas sí que tienen imaginación! Es increíble los disparates que están dispuestas a decir con tal de obtener una cita con el jeque.

—Ya, me imagino... —respondo irónica con el dedo índice suspendido sobre

el botón rojo lista para cortar la llamada.

—No comprendes. No es ningún pretexto. Tampoco es un juego. ¡Es un asunto de estado! Si no me haces caso, Zadir jamás podrá tomar esposa. Y como el gabinete se entere de que tú lo has permitido...

Enderezo mi espalda frunciendo el entrecejo.

—¿Me estás amenazando?

—Solo te estoy advirtiendo de manera amistosa. Oye, Luana, sé que estás atareada y que hablar todo el día con chaladas como yo no debe ser nada fácil —sonríó ante sus palabras suavizando mi expresión tensa—, pero te prometo que no serán más que unos minutos.

Hago una mueca mirando el tubo del teléfono con perplejidad. ¿Un asunto de estado? ¿Que el jeque no podrá tomar esposa? Esto sí que se sale de lo habitual.

Suspiro con resignación.

—Vale, tienes treinta segundos para explicarte.

La princesa toma aire y empieza a hablar a toda velocidad.

—Mira, hace años me he quedado con algo que es de Zadir. Él probablemente se haya olvidado que alguna vez me lo dio. Pero ahora que sé que le urge tomar esposa me gustaría devolvérselo. Es un objeto muy significativo para él. Comprenderás que no puedo decirte qué es por motivos de confidencialidad, pero te aseguro que le estarás haciendo un gran favor.

—Aún así no puedes ver al jeque...

—No, pero podrías recibirlo tú. Confío en ti y estoy dispuesta a dejarlo en tus manos. ¿Qué dices?

A decir verdad no suena tan mal, y hasta donde yo sé recibir paquetes a nombre del jeque forma parte de mis obligaciones. Resoplo mirando el reloj. Igual puedo hacerlo. Me gustaría ayudar a la princesa, ella ha sido la única que me ha tratado con respeto y amabilidad... Además, no estaré haciendo nada en contra del reglamento. Mordisqueo la punta del boli debatiéndome.

—Por favor, di que sí —suplica la princesa—. ¡Te prometo que después de esto te dejaré en paz! No sabes lo doloroso que es tener esto aquí conmigo, sabiendo que él no me quiere...

Oigo que su voz se quiebra en un sollozo. Pronto el llanto es incontenible, y alejo el tubo del teléfono de mi oído haciendo una mueca. Incómoda me revuelvo en mi asiento forzando una sonrisa al darme cuenta que mis compañeras se me han quedado mirando. Seguro que me han visto gesticular como una trastornada y creerán que soy demasiado blandengue para cumplir

con mi trabajo.

¡Dios mío, odio que la situación se me vaya de las manos! Debo tomar una decisión de inmediato.

Me aclaro la garganta y añado en un susurro para que nadie más que la princesa pueda oírme.

—De acuerdo, lo haré. Pero tiene que ser en una hora o así porque debo esperar a que cambie el turno.

—¡Estupendo, en una hora estoy allí!

—Antes debo pedir autorización para que nos dejen entrar la encomienda al palacio. ¿Es muy grande el paquete?

—¡No, qué va, si es una cosita de nada! Pero preferiría que esto quede entre tú y yo. Puedo confiar en ti, ¿verdad?

—Esto... —miro a mi alrededor y bajo la voz hasta que prácticamente no se me oye—. Vale, espérame al final de la avenida de entrada, ¡y no te acerques demasiado al palacio, hay guardias por todos lados!

—¡Sabía que podía contar contigo!

Al colgar el teléfono me dejo caer agotada sobre el respaldo de la silla. Esto no es vida. Cierro los ojos pensando que estoy a punto de meter la pata hasta el fondo.

Eres una inconsciente, me digo mordiéndome el labio inferior.

Cuando veo que es la hora meto mis cosas en el bolso y salgo pitando de la oficina. Ahora me las tendré que apañar para convencer a Dumar de que haga la vista gorda.

Tratando de no llamar demasiado la atención, recorro los pasillos del palacio hasta uno de los patios traseros. Al dejar atrás la frescura del interior siento una oleada de fuego en la cara, es el viento que sopla sin cesar desde el desierto. Menudo calor, rápidamente me quito la chaqueta, la doblo y me la cuelgo del brazo mientras me escabullo entre los guardias buscando con la vista a Dumar. Sé que las probabilidades de verle por aquí a estas horas no son muchas, pero él es la única persona que puede ayudarme.

Respiro aliviada cuando le veo allí arriba en una de las torretas de vigilancia hablando con otro guardia. Me acerco a la muralla y muevo mis brazos tratando de llamar su atención. Al reconocermelo me saluda con la mano.

Rápidamente señalo hacia las puertas con un dedo y luego junto mis manos a manera de súplica. Contengo la respiración rezando para que Dumar comprenda mi pedido. Después de unos segundos oigo sonar el típico cuerno que indica a los porteros que deben abrir las puertas y franquear la salida.

Le doy las gracias con una sonrisa y camino a toda prisa hacia la arcada que da a la avenida que cruza el palmar. A poco de andar por la arena blanca distingo a lo lejos la melena rubia de la princesa. Al verme salta de su montura, un caballo negro precioso que relincha y sacude la crin al sentir mi presencia. Nadia se acerca a mí con una sonrisa radiante.

—Tú eres Luana, ¿verdad?

Asiento con la cabeza y ella me abraza riendo. Sonrío con timidez, un poco incómoda porque suelo cortarme bastante con gente que veo por primera vez. Vaya, me digo al verla de cerca, ella sí que parece una verdadera princesa. Lleva un vestido blanco de viscosa, pulseras de oro y unas sandalias romanas plateadas. A su lado me siento tan poca cosa con mis rizos rojos imposibles de desenredar y mis gafas de pasta. Suspiro porque lo mismo me sucedía con mis hermanas. De las tres, siempre he sido la que menos destaca. Ni siquiera hago un esfuerzo por arreglarme. A veces me pregunto si de veras seré una princesa... Jamás entendí por qué era tan fascinante para ellas asistir a aquellas absurdas presentaciones en sociedad que mi madre solía organizar. Estar en medio de esos hombres y recibir sus halagos superficiales. ¡Qué ridículo! Será por eso que nunca ningún hombre me pretendió. Me veían como la hermana sosa, era demasiado hosca para ellos y ni siquiera se molestaban en dirigirme la palabra. Mejor así, me digo, más vale sola que mal acompañada. Al menos aquí en Nueva Abisinia puedo ser yo misma. Además de que es mucho más fascinante vivir en tierras salvajes y exóticas que en el aburrido castillo medieval de mi reino.

Veo como Nadia empieza a desatar el paquete que ha traído sobre el lomo del caballo. Me muerdo las uñas con nerviosismo porque el paquete ha resultado ser mucho más grande de lo que imaginaba. Es una caja de cartón bastante grande y me pide ayuda para bajarla al suelo. Gimiendo la ayudo a cargar la caja que es muy pesada, mientras ella sigue hablando sin parar acerca de lo feliz que la pone estar de regreso en el palacio. La noto demasiado entusiasmada, eso no es una buena señal. ¿Debería detenerla aquí o permitirle la entrada al palacio?

Pero pronto me doy cuenta que me resultará difícil imponerme a su arrebatadora energía. Su encanto es capaz de desarmar a cualquiera, y cuando empieza a avanzar hacia el palacio siento que es demasiado tarde para echarme atrás.

Regresamos con sigilo cargando la caja entre las dos. A nuestro paso algunos guardias alzan una ceja y yo rezo en mi interior para que no nos detengan.

—¡Eh! Vosotras dos. Alto ahí.

¡Mierda! Lentamente me vuelvo hacia ellos sonriendo con inocencia y veo que hacen un gesto señalando la caja.

—Permítenos echarle un vistazo.

Dejamos caer la caja y retrocedo unos pasos mientras los guardias la revisan. En ese momento aparece Dumar y hace que sus hombres se aparten. Tras echar un breve vistazo al contenido, enseguida levanta la cabeza sorprendido y mira fijamente a Nadia con una sonrisa enigmática. Intento ver qué hay en la caja pero Dumar la vuelve a cerrar rápidamente sellándola.

—Adelante, llevar la caja a la sala de paquetes que un mensajero luego pasará a recogerla. ¡Pero no os demoréis! Especialmente tú —señala a Nadia que se encoge de hombros y me mira poniendo los ojos en blanco.—Y mucho ojo con subir a la planta superior. Os estaré vigilando.

Me doy prisa porque no quiero contrariar a Dumar. Enfilamos por el pasillo de acceso al ala de servicio, y luego de andar unos minutos Nadia toma por otro pasillo. Frunzo el cejo porque por aquí no se llega a la sala de paquetes. Empiezo a inquietarme porque temo no tener permiso para andar por aquí. Miro a la princesa.

—Será mejor que le dejemos la caja a algún lacayo —sugiero mirando desesperada a mi alrededor sin ver a un alma. La princesa no me hace caso y continúa andando como si nada, entonces me apresuro a añadir—. Si la dejamos aquí mismo estoy segura que más tarde pasará el mensajero y se la llevará a su majestad. ¿Quieres que te acompañe hasta la salida?

Bufando la princesa me mira por el rabillo del ojo y de un tirón me quita la caja de las manos dejándome atrás. Doy una carrerilla para alcanzarla y empiezo a protestar débilmente.

—Oye, sabes que me comprometes...

Ella me corta en mitad de la frase.

—Gracias por tu ayuda, de veras —al ver que no me aparto hace un gesto de impaciencia—. Ya puedes volver a lo tuyo. Y no te preocupes por mí, conozco de sobra el camino.

Me quedo mirándola con la boca abierta sin saber qué hacer. Joder, no me lo puedo creer. Me rasco la cabeza repitiéndome que aquí debe haber un malentendido. Igual no he sabido explicarme bien. Carraspeo aclarándome la garganta y vuelvo a intentarlo.

—Nadia, lo que quiero decir es que esta área está restringida al personal de... Pero ella vuelve a cortarme abruptamente dejándome con la palabra en la

boca.

—Oye, ¿que no entiendes que soy de la familia? Esas reglas estúpidas no aplican para mí.

Parpadeo atónita. ¡No puede estar hablando en serio! Madre mía, ahora sí que me ha entrado la desesperación.

—¡Es que no puedo dejarte subir! ¡Si alguien llegara a enterarse de hacia donde estamos yendo perdería mi puesto!

Ella se vuelve a mirarme con ojos irónicos.

—Descuida, tú no vas a ninguna parte.

Al ver que la princesa se aleja de mí solo se me ocurre tirar de la manga de su vestido para detenerla, pero ella consigue librarse de mí con un movimiento brusco.

—¡Tú no entiendes! —exclama de repente—. ¡Debo hablar con mi primo! Además, lo que le traigo es demasiado valioso para dejarlo en manos de un mensajero.

Llegamos al pie de las escaleras doradas que conducen a la planta donde trabaja el jeque y su gabinete de ministros. Levanto la cabeza y observo los escalones relucientes que serpentean interminablemente y siento un vértigo que hace temblar mis rodillas. Altiva, Nadia echa a andar escaleras arriba como si fuera la dueña del palacio y dudo si debo seguirla. Al fin y al cabo soy una simple administrativa y no tengo permiso para subir a las plantas superiores. Me paso una mano por la frente con impotencia. Solo atino a gritarle.

—¡Prométeme que no harás una locura!

Lo único que obtengo por respuesta es su risa maliciosa. ¿Qué narices? La miro con incredulidad. ¿De veras cree que esto es gracioso para mí? ¡Es mi puesto el que está en juego y ella tan campante!

Gimo interiormente al imaginarme la cara que pondrá el gran Zadir al ver entrar a su prima por la puerta de su despacho. ¡Y ni quiero imaginar cuando descubra que he sido yo quien le ha dejado pasar! ¡Seguro que mi cabeza rodará por estas mismas escaleras!

Derrotada dejo caer mis brazos a los lados deseando que me trague la tierra. Ahora sí que la he cagado...

Suspirando regreso sobre mis pasos dándole vueltas a la cabeza y temiendo lo peor. Me veo en la calle, sin rumbo, arrastrando mi maleta sola bajo la noche desértica. ¡Y probablemente será esta misma noche!

Maldigo mi suerte y regreso a mi habitación tratando de no cruzarme con

nadie por el camino.

Capítulo 2

ZADIR

—Majestad, ¿qué le ha parecido la princesa de Sabos? Es una muchacha maravillosa, ¿a que sí?

Me detengo en medio de la estancia para mirar a mi ministro con incredulidad.

—¿Hablas en serio, Omar? ¿De veras crees que haré mi esposa a cualquier chiquilla malcriada solo porque a ti te conviene una alianza con su padre? Él baja los ojos. El resto del gabinete se queda en silencio cuando paseo mi mirada en busca de alguien sensato, pero nadie es capaz de sostenerme la mirada. Frustrado siseo entre dientes soltando un taco y mis ministros se remueven nerviosos en sus asientos.

Omar vuelve a intentarlo.

—Pero Alteza, comprenderá que debo proteger los intereses del reino. El sultán Ahmed domina miles de kilómetros de yacimientos petrolíferos y podríamos...

Pongo los brazos en jarras y le miro fijamente.

—¡Me suda la polla lo que su padre tenga o deje de tener! ¿Acaso crees que nuestro reino no tiene ya suficientes yacimientos? ¡Omar, hombre, no me fastidies! ¿Debo sacrificar mi felicidad solo por tener un poco más de maldito petróleo? —me paso una mano por el cabello y río incrédulo negando con la cabeza. Mierda, esto está yendo de mal en peor—. Oye, ya hemos pasado por esto. ¿Cuántas veces discutiremos lo mismo?

Omar traga saliva hundiendo su nariz en la pantalla de su portátil buscando en la lista de candidatas tratando de encontrar algún argumento que me convenza. Pero nada de lo que mis ministros proponen consigue hacerlo. Sus sugerencias son lógicas y razonables, lo reconozco. Pero en asuntos del corazón me niego a ser razonable. ¡Coño, después de todo no estoy decidiendo qué zapatos ponerme por la mañana! Estoy tratando de escoger a la persona a la que debo hacer feliz por el resto de mi vida, y esa es una gran responsabilidad. No puedo elegir esposa por comité, y eso es justamente lo que ellos no consiguen entender.

—Majestad, mire esto por favor... —Omar insiste una vez más ampliando una imagen en su pantalla que inmediatamente se proyecta sobre la pared de mi despacho. Miro con desgana y tuerzo la boca. ¿De nuevo esa muchacha con los grandes senos de plástico y la sonrisa falsa? Pero Omar continúa con

su discurso como si nada—. La princesa Keila, por ejemplo, es una candidata estupenda. Su familia posee tierras en puntos estratégicos de la región. ¡Si tan solo tuviéramos acceso a ellas nuestro comercio se triplicaría!

Le miro sin mover un músculo de mi cara hasta que él desvía su mirada avergonzado. Suspirando empiezo a explicar pacientemente.

—Omar, quiero que respondas a mi pregunta con franqueza —digo y me vuelvo para señalar la imagen proyectada en la pared—. ¿Engendrarias a tus hijos con una mujer tan superficial y consentida como ella?

Observo divertido que las mejillas pálidas del viejo Omar se tiñen de una tonalidad carmesí al tiempo que retuerce sus manos con pudor.

—Pero alteza, con todo respeto, ¿qué importancia tiene el carácter de la princesa? Basta con recluirla en un ala apartada del palacio y aparecer con ella únicamente en ocasiones protocolares.

Suelto la carcajada más bruta porque de verdad encuentro sus argumentos hilarantes. Los miembros de mi gabinete se miran unos a otros desconcertados. Estoy comenzando a pensar que no tiene caso continuar hablando del tema con estos hombres, porque al parecer jamás han tenido treinta años y son incapaces de comprender mis necesidades.

Omar hace el gesto de añadir algo más a su sarta de idioteces, pero se contiene cuando le fulmino con una mirada asesina.

—¡Basta! Hasta aquí hemos llegado. Ya no quiero volver a repasar tu bendita lista de candidatas. ¿Para qué? Esas golfas me repugnan. Y os advierto a todos que como sigáis pensando que tomaré esposa por el tamaño de su dote, podéis consideraros despedidos —hago una pausa y casi puedo oler el miedo en el silencio absoluto que hacen mis ministros. Meneo la cabeza antes de añadir—. Me he comprometido a darlo todo por el reino, mis horas, mi inteligencia y mi esfuerzo... Pero no me pidáis que sacrifique mi felicidad porque en eso seré inflexible —les miro a uno por uno asegurándome de dejarlo claro de una vez y para siempre—. Quiero una esposa con la que pueda tener hijos, con la que pueda compartirlo todo. Mi fortuna, mi cama, mis sueños y proyectos, mis hijos...

Al ver sus ojos vacíos me detengo y levanto mis manos con exasperación. ¡Vale, me rindo! Está visto que es inútil hablar de temas personales con esta gente. Con ánimo parco vuelvo a sentarme en mi sillón y mientras oigo los murmullos confusos de mis ministros, cierro los ojos apretándome el puente de la nariz con dos dedos para tratar de aliviar mi jaqueca. Este asunto de tomar esposa se está convirtiendo en una puta pesadilla. Jamás imaginé que

podría ser tan complicado.

Aspiro el aire por la nariz y pensativo me paso una mano por el pelo. Sé que debo encontrar una solución cuanto antes, pues estoy tirando de un hilo muy delicado que pronto se cortará si no tomo una decisión final. Pero es que la lista de candidatas que me han presentado es... simplemente inaceptable. ¡Oh, cómo envidio a los jeques que se permiten mantener a un harem! Esos cabrones lo tienen tan fácil... Sumar mujeres y probar a cada una hasta dar con la esposa ideal. Desafortunadamente mi naturaleza no funciona de esa manera. He salido con demasiadas mujeres durante los últimos diez años de mi vida y si algo me ha enseñado esa experiencia es que mi deseo de ser fiel a una sola mujer y dedicarme a ella en cuerpo y alma es hoy más fuerte que nunca. ¿Por qué no puedo encontrar una mujer por la que merezca la pena centrar todas mis energías en satisfacerla?

Después de todo, apenas pretendo seguir la tradición de mi linaje, el ejemplo que me han dejado mis padres. Su unión fue la felicidad perfecta. Lealtad, pasión y poder. Lograr conjugar esos elementos en una unión sagrada es el ideal al que aspiro. Y sé que jamás podré lograrlo si escojo esposa por comité.

No, soy yo quien debe elegir esposa para que esto funcione. No quiero una esposa trofeo ni una princesa consentida. Necesito una esposa de verdad, una mujer que me haga hervir la sangre y que pueda llevar a mis hijos en sus entrañas, una doncella pura a la que pueda adorar, poseer completamente y someter a mis instintos de macho...

Joder, todo esto me recuerda que desde que subí al poder no he probado mujer. Me he prometido que no dejaría que nada me distrajera de mis obligaciones. Ser el mejor jeque para mi reino es para lo que mi padre me ha criado. Y estoy cumpliendo su mandato con mano de hierro. Pero evidentemente la falta de una mujer a mi lado me está poniendo de los nervios. Si tan solo mi estrella me pusiera a esa mujer en el camino, juro que no la dejaría escapar...

—¡Señorita, usted no puede estar aquí! ¡Debe retirarse de inmediato!

¿Qué cojones? El grito de Omar me sacude de mis pensamientos. Veo que todos mis ministros están de pie, alarmados como si hubieran visto un fantasma. Sigo la dirección de sus miradas y entrecierro los ojos al advertir lo que está sucediendo aquí.

—¡Prima! ¿Se puede saber qué haces tú aquí?

Nadia intenta correr a mi encuentro pero mis guardaespaldas la detienen a

mitad de camino. Ella forcejea con ellos en vano y levanto mi mano abierta pidiendo paz.

—Está bien, soltarla.

Los guardias obedecen y ella les mira con desprecio. Luego se vuelve hacia mí y poniéndose en puntillas intenta besarme. Aparto mi rostro y me quedo mirándola sin mover un músculo.

—¡Zadir, mi amor, no imaginas cuánto te he echado de menos!

¿Mi amor?, pienso con disgusto y la alejo de mí. Ella parpadea poniendo morritos.

—¿Ya no me quieres?

—¿Quién cojones te ha dejado entrar?

—Esto... eh... tu secretaria —dice finalmente y enseguida junta las manos sobre su pecho en señal de súplica—. ¡Pero ella no tiene la culpa, por favor no la regañes!

Me vuelvo hacia mis ministros y ellos enderezan la espalda poniéndose en alerta porque saben que tengo muy malas pulgas.

—¿Cuántas puñeteras veces os he dicho que no toleraré empleados ineficientes en mi palacio?

Omar se disculpa con un murmullo inaudible y luego me pide permiso para retirarse. Hastiado les despacho a todos con un gesto despectivo de la mano. Los guardias vigilan a mi prima Nadia con suspicacia, como si en cualquier momento fuera a sacar una cuchilla de su bolso.

—Alteza —dice uno de ellos—, si me necesita no dude en llamarme. Estaré al otro lado de la puerta.

Asiento con la cabeza y los guardias también se retiran. Cuando nos quedamos solos, mi prima me dedica una sonrisa pícaro. Vaya, esta niñata me está tocando los cojones, me digo cada vez cabreándome más haciendo un esfuerzo para controlar mi furia. Al ver mi gesto adusto Nadia inmediatamente pierde la sonrisa.

—No te enfades conmigo, Zadir.

Me cruzo de brazos y suspiro exasperado.

—A ver, prima, desembucha. ¿Quién es esa secretaria que te ha hecho pasar? Nadia hace un gesto con la mano para restarle importancia al asunto.

—Creo que se llama Luana. Es una chica muy simpática, algo ingenua quizás.

—¿Luana? —repito acariciando mi barbilla pensativo.

No es un nombre habitual para una secretaria en estas partes del mundo.

Ladeo la cabeza interesado.

—¿Puedes describirla físicamente?

Nadia tuerce la boca haciendo un esfuerzo por recordar.

—Es occidental, un poco más pálida que yo. Tiene rizos rojos, usa unas gafas grandes que le quedan muy monas y es bajita. Yo diría que es una tía bastante normal, pero la verdad es que aquí destaca bastante —se detiene y me mira con ojos implorantes—. Por favor no la riñas, solo aceptó ayudarme porque yo se lo pedí. ¡Cuando veas la sorpresa que he traído para ti se te quitará esa cara de ogro!

Sigo la dirección de su mirada y veo el paquete que ha dejado sobre la alfombra persa. Joder, no me gustan las sorpresas y menos si vienen de la chalada de mi prima.

—Luego le echaré un vistazo —digo mirando con desagrado la caja y pensando que esto no tiene buena pinta—. Ahora debes irte.

Ella avanza otro paso hacia mí acercándose peligrosamente y coge mi brazo con ansiedad.

—¡Pero Zadir, esto es demasiado importante! Quiero que lo abras delante de mí.

—No lo haré hasta que no me digas de qué se trata.

Ella me guiña un ojo sonriendo.

—Solo te daré una pista. Si vas a tomar esposa lo necesitarás...

Entrecierro los ojos fijamente intentando adivinar qué se trae entre manos esta vez. Chasqueo la lengua con impaciencia.

—¡Venga, ábrelo y acabemos con esto!

Ella da un saltito de alegría y corre hacia la caja. Lentamente empieza a abrirla con intención de crear suspense y pongo los ojos en blanco mirando mi reloj. Al ver que no estoy para bromas se da prisa en abrirla y luego se aparta para que pueda ver su contenido.

Por un momento la curiosidad me puede y me acerco con cuidado. Joder... esto sí que no me lo esperaba. Levanto mis ojos hacia ella y no puedo evitar esbozar una sonrisa.

—Vaya, primita. Enhorabuena, has conseguido sorprenderme.

Ella echa a reír aplaudiendo encantada como una niña. Regreso a mi sillón detrás del escritorio y cruzo las manos detrás de mi cabeza. Nadia no me quita ojo mordándose nerviosamente las uñas.

—Gracias, casi no lo recordaba, ha sido una grata sorpresa —digo finalmente—. Pero no era necesario que violaras mis reglas de seguridad para traerlo

hasta aquí. Podrías haberlo enviado por mensajería, ¿no te parece?
Ella pone morritos y vuelve a acercarse tratando de acortar la distancia entre nosotros.

—Es que necesitaba verte. ¡Te he echado tanto de menos!

Rodea el escritorio con intención de llegar junto a mí y me veo obligado a hacer un ademán brusco para advertirle que ni lo piense. Ella se detiene a mitad de camino bufando y dejando caer los brazos a los lados regresa a su sitio ante el escritorio de caoba.

—Es que necesito que me escuches...

—No te preocupes, no me estoy quedando sordo. Habla.

—¡Uf, a veces eres tan odioso!

Levanto una ceja irónico.

—¿No has visto el telediario últimamente? —Ella parpadea confundida—. Para tu información soy el nuevo jeque de Nueva Abisinia.

—Muy gracioso —responde ella resoplando.

—En serio, Nadia. ¿Crees que dispongo de todo el tiempo del mundo para ti? ¿No te parece que tengo bastante ya con los asuntos del país para tener que ocuparme de una chiquilla que se cuele en mi despacho sin anunciarse?

Nadia abre los ojos indignada y protesta.

—¿Chiquilla yo? ¡Mira quién fue a hablar! ¡Tú eres quien no se ha dignado recibirme como si de golpe no me conocieras!

Joder, otra vez está consiguiendo sacarme de mis casillas. Niego con la cabeza viendo que esto está pasando de castaño oscuro y me pongo en pie porque no pienso tolerar más sus caprichos.

—¿Debo recordarte que te diriges a un jeque? ¡Ten más respeto!

Ella resopla dejándose caer en una de las sillas y se cubre la cara con las manos.

—¿Es que no te apetece verme feliz? —pregunta con voz lastimera.

Levanto una ceja.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Pues sí, eres mi prima y deseo verte feliz. ¿Acaso no es obvio?

Sus ojos vuelven a brillar con esperanza.

—¡Pues entonces tómame como esposa y seré la princesa más feliz!

Aquí vamos de nuevo, pienso con disgusto y me paso una mano por el cabello sin poder creerme que una vez más estemos hablando de esto. Muevo la cabeza de un lado a otro porque creí haberlo dejado bastante claro la última vez. De hecho, he tratado de disipar sus inapropiadas fantasías románticas en

varias ocasiones, pero con Nadia nunca parece ser suficiente.

—No me lo pongas difícil. Tú ya sabes lo que pienso al respecto.

—No me quieres... Es eso, ¿verdad? ¡Tú nunca me has querido!

Sus ojos están enrojecidos y pacientemente la oigo sonarse la nariz una y otra vez. Me cago en la leche, pienso caminando de un lado a otro con los puños apretados, ¡lo que me faltaba, consolar a una princesa encaprichada! Maldigo entre dientes a la inepta de mi secretaria. Hoy ha dejado pasar a mi prima, y si me descuido mañana podría dejar pasar a mi enemigo. Definitivamente debo deshacerme de ella.

Pero antes debo deshacerme de mi prima. Tomo aire reuniendo lo poco que me queda de paciencia y con un gesto le indico que se acerque a mí.

Cabizbaja obedece. Levanto su barbilla con un dedo y frunzo el ceño al ver sus lágrimas. Me mira con los ojos vidriosos. En ellos puedo ver que no ha perdido la ilusión. Joder, odio tener que romperle el corazón. Siento afecto por esta niña, sé lo chungo que lo ha pasado en su vida y la considero casi como una hermana menor. Pero eso es todo. Si sintiera algo más por ella, me daría cuenta al instante al tocar su cara o sus manos, porque así es como sé cuando hay electricidad entre una mujer y yo. Pero al tocar su barbilla no he sentido nada. Su piel no provoca ningún ansia en mí.

La miro a los ojos y suspiro resignado porque odio ser el villano del cuento y tener que explicarle con pelos y señales lo que es evidente para todos menos para ella.

—Tú no te has enamorado de mí, prima. Solo estás encaprichada conmigo porque soy el único hombre en quien confías.

Ella niega con la cabeza testaruda.

—¡Tú no puedes saber lo que siento!

La miro con pena y la tomo de las manos tratando de que me escuche.

—Oye, que tengo más experiencia que tú. Sé de estas cosas mucho más de lo que te imaginas. Eres muy joven y en tu vida conocerás a muchos chicos, debes darte una oportunidad de conocerles y ya verás que uno de ellos congeniará contigo y te querrá como mereces.

—¡Pero no quiero conocer a ningún chico! ¡Te quiero a ti!

—Todos estamos destinados a una persona en particular. Cuando tu estrella te ponga a esa persona delante, lo sabrás.

—¡Es que ya lo sé! ¡Esa persona eres tú!

—No, no soy yo, eso te lo seguro. Te has equivocado conmigo, es algo que nos sucede a todos. Pero el destino se encargará de poner delante de ti al

hombre que te merezca.

—¿Y qué haré si no existe ese hombre? —susurra con un hilillo de voz.

—Te prometo que existe. Ten fe y confía en ello.

Se sorbe la nariz y me mira con sus preciosos ojos violetas arrasados por las lágrimas.

—¿Y si me vuelvo a equivocar? ¿Cómo sabré cuando tenga a mi príncipe enfrente?

—Lo sentirás aquí —digo apoyando una mano en mi corazón.

Nadia ladea la cabeza e insiste una vez más.

—¿Y de veras tu corazón no siente que tú y yo estamos destinados a estar juntos?

Niego con la cabeza, aún a riesgo de herirla prefiero ser directo.

—De veras, prima. Mi corazón no siente eso que dices.

De golpe su rostro se descompone tiñéndose de un rojo intenso y furiosa avanza hacia mí dándome un empujón.

—¡Eres un maldito, Zadir! ¡Tú no tienes corazón, jamás has querido a nadie en tu vida ni lo harás!

La dejo que se desahogue observándola dar golpes sobre mi pecho hasta que se detiene agotada y lentamente se deja caer al suelo y rompe en un llanto desconsolado.

Resoplando presiono el intercomunicador para llamar a la guardia. No es mi intención herirla ni verla sufrir, pero esto ha ido demasiado lejos. Ella ya no escucha razones y no hay más que pueda decir para consolarla. Solo puedo esperar que con el tiempo pueda darse cuenta de su error.

La puerta del despacho se abre de inmediato y mi guardaespaldas echa un vistazo a la princesa espatarrada en el suelo y hecha un desastre.

—Majestad, ¿se encuentra bien? Sabía que algo así acabaría ocurriendo, debí haberme quedado aquí —sisea negando con la cabeza.

—Descuida —le tranquilizo—. Solo necesito que alguien la acompañe hasta su casa.

El cuerpo de guardias aparece en el rellano y se pone a mis órdenes llevándose a la princesa. Mientras es conducida fuera de mi despacho ella se vuelve para señalarme temblando de ira.

—¡Eres un hombre cruel, primo! ¡Bien ganada tienes tu fama de mujeriego desalmado! ¡Los hombres como tú están destinados a morir solos e infelices!

La puerta se cierra tras ella y me paso una mano por la cara dejándome caer en mi sillón. Su última frase queda resonando en mi mente durante varios

minutos. No puedo evitar preguntarme si ella no tendrá razón. ¿Y si mi destino fuera no encontrar jamás a la mujer por la que merezca la pena arriesgarlo todo? Un frío recorre mi espina y aprieto las mandíbulas con fuerza.

Justo en ese momento alguien llama a la puerta sacándome de mis oscuros pensamientos.

—¡Adelante!

Es Dumar, que entra y se acerca lentamente hasta mi escritorio con un gesto de preocupación mientras yo le fulmino con la mirada.

—¡Tú eres un cabronazo! —exclamo señalándole con un dedo acusador—.

¿Crees que ser mi mejor amigo te da derecho a hacer lo que se te antoje?

Dumar levanta las manos en son de paz.

—Lo siento, Zadir, de verdad. Ya he visto que la reunión con la princesa ha acabado en desastre. Asumo toda la culpa si eso te hace sentir mejor.

Le miro incrédulo.

—Sabes perfectamente que no quiero ver a ninguna mujer, ¡mucho menos a mi prima!

—Solo pretendía ayudarte. Permanecer recluido en tu despacho trabajando veinte horas por día no es saludable para nadie.

Desvío la vista resoplando y me quedo mirando el horizonte del desierto a través de la ventana. Joder, es que tiene toda la razón. No puedo seguir así.

Como no encuentre una solución a este asunto acabaré volviéndome loco.

Haber anunciado públicamente mi intención de tomar esposa ha sido un error.

Sin querer he provocado un caos allí fuera y ahora hay decenas de

princesas ilusionadas con ser la esposa del jeque. He abierto la caja de

pandora y ahora tendré que atenerme a las consecuencias. Debo forzarme a

escoger entre aquellas princesas que mi gabinete considere aptas, aunque con

ello esté echando por la borda mis chances de ser feliz.

Mosqueado me vuelvo hacia Dumar cruzándome de brazos.

—Pues si quieres ayudarme dime quien demonios es esa secretaria extranjera que ha ayudado a Nadia.

Advierto que Dumar reprime una sonrisa.

—¿Te refieres a la princesita?

Le miro desconcertado. ¿Princesita? ¿Qué significa eso?

Él se echa a reír al ver mi confusión.

—¿En serio no te has fijado en ella? Se llama Luana y trabaja para ti desde hace tres meses.

Resoplo cabreado.

—¿Pretendes que conozca a cada una de las personas que están bajo mi servicio?

Dumar se sonríe.

—Te aseguro que ella merece la pena.

Le miro intrigado pero carraspeo para disimular mi repentino interés.

—¡Pues me importa una mierda! Ningún empleado del reino desoye mis órdenes.

—¡Eh! Métete conmigo si quieres, pero deja a esa pobre muchacha en paz.

Lo más probable es que se haya visto sobrepasada por la situación.

¿Sobrepasada por la situación? ¡Controlar este tipo de situaciones es su puñetero trabajo!

—No hay excusas, la ha cagado y tendrá que pagar por su error.

Con los labios apretados pulso el botón del interfono para comunicarme con la oficina de administración.

Dumar chasquea la lengua.

—Estoy seguro que la pobre no lo ha hecho con mala intención.

—Pues eso mismo me lo tendrá que explicar ahora ella a mí.

Capítulo 3

LUANA

Vaya, así que esta es la última cena, me digo con un suspiro resignado mientras juego desganada con el tenedor en el plato. Casi no he probado bocado pensando en el lío en que estoy metida.

—Su té, señorita.

Levanto la cabeza sobresaltada y por poco tiro la bandeja que trae el sirviente. De inmediato me disculpo y le doy las gracias cogiendo mi taza caliente, que rodeo con mis dedos temblorosos dejándolos allí hasta sentir el dolor de la quemazón. Madre mía, ya no sé qué hacer para calmar estos nervios.

Hace un momento he visto a la princesa Nadia salir del palacio escoltada por dos guardias. Estaba fuera de sí y les insultaba. Y todo por mi culpa. Si ese es el trato que ha recibido la mismísima prima del jeque, no me quiero imaginar la bronca que me llevaré yo siendo una simple empleada.

Alguien se sienta a mi lado y me da un codazo amistoso.

—Anímate, mujer —al ver que no sonrío el chico ladea su cabeza preocupado—. ¿Sucede algo?

Le reconozco, es un tío muy simpático del equipo de informáticos con quien he charlado un par de veces en los tiempos muertos. Pero ahora no me apetece hablar con nadie.

—No es nada —digo forzando una sonrisa—, solo estoy algo cansada.

—Las princesas te están tocando las narices, ¿verdad? —pregunta y al ver que no respondo hace sonar un puño contra la palma de su mano—. ¡Ya sabía yo que nada bueno podía salir de aquello! Es increíble, lo han tenido todo servido en bandeja de plata y aún así jamás he visto a personas más quejicas.

¿Te han dicho algo ofensivo?

—Nada que no haya oído antes —digo en broma.

El chico frunce el ceño.

—¡Oye, no puedes permitir que te humillen! Esas golfas no son más que tú, ¡grábatelo a fuego!

Su vehemencia me hace sonreír.

—Gracias por el consejo.

Pero la expresión del informático cambia de repente al levantar la cabeza y mirar por encima de mi hombro. Le veo apretar los labios y acomodarse las gafas mientras me indica con la mirada que hay alguien a mis espaldas. Antes

de tener tiempo de volverme, alguien me toca el hombro y doy un respingo. Un guardia está de pie junto a mí y me mira con cara de pocos amigos.

—Señorita, necesito que me acompañe de inmediato.

Me vuelvo para mirar a mi alrededor y me doy cuenta que todas las miradas del comedor se han posado sobre mí. El informático se levanta de su asiento para interponerse entre el guardia y yo.

—¿A qué viene tanta urgencia si se puede saber? —pregunta mirando hacia arriba para enfrentar al guardia que le saca al menos una cabeza.

El guardia le mira brevemente de arriba abajo antes de chasquear la lengua.

—A ti no te incumbe —dice al tiempo que lleva su mano a la empuñadura del sable que lleva en el cinturón. —Y más te vale permanecer sentado.

Amedrentado se deja caer lentamente sobre su asiento mascullando entre dientes mientras me mira encogiéndose de hombros como diciendo “ya ves, no se puede hacer nada”. Suspiro poniéndome de pie. Antes de que se arme un lío más gordo sigo al guardia fuera del comedor escuchando los murmullos de mis compañeros a mis espaldas. Camina a toda prisa y trato de mantener el paso mientras la cabeza me da vueltas temiendo lo peor.

Doblamos por un pasillo en el que nunca he estado antes y eso me inquieta.

Casi sin aliento me atrevo a preguntar al guardia hacia donde estamos yendo exactamente.

—Al despacho de su majestad —responde sin mirarme.

Trago saliva porque ahora sí que estoy fregada. Si el jeque quiere verme significa que pronto estaré fuera de aquí de camino a casa. ¡Pero no puedo volver a casa! ¡Al menos no aún! Mis padres piensan que estoy en Lederland en la escuela de Bellas Artes y que el curso dura un año. ¡Se darán cuenta de que les he mentado y ya no volverán a permitirme la salida del palacio! Dios mío, cierro los ojos y me imagino haciendo autoestop y buscándome la vida de sitio en sitio como una nómada, contando las monedas para comer, quizás montando una clase de arte y dibujo en la plaza del pueblo para sobrevivir... Sacudo la cabeza obligándome a volver a la realidad porque antes de nada debo sobrevivir al encuentro con el gran Zadir.

Un escalofrío me recorre el cuerpo al pensar que tendré que enfrentarme a semejante hombre. Sinceramente no pensé que fuera tan grave para que el jeque se molestara en citarme personalmente. Creí que un supervisor sería el encargado de pedirme que junte mis cosas y me largue de aquí. ¡Jamás pensé que lo haría el jeque en persona! ¿Qué narices voy a decirle? La verdad, si no queda más remedio... Tomo aire y miro al guardia de reojo.

—Esto... ¿puedo hacerte una pregunta? —El guardia gruñe y tomo su gruñido como un sí—. ¿Tú no crees que el jeque esté enfadado conmigo, verdad?

Gira su cabeza hacia mí para mirarme con curiosidad.

—No se preocupe, su majestad siempre está enfadado.

Me quedo mirándole atónita pero él sigue la marcha como si nada. ¿Que no me preocupe? ¡Pues para no preocuparme!

Al fin hemos llegado hasta las famosas escaleras por las que la princesa Nadia se escabulló hacia el despacho de Zadir. Me detengo y dudo durante un momento pues no me atrevo a subir sin permiso. Miro al guardia esperando una indicación pero él se limita a subir los primeros escalones sin siquiera mirarme. Jolín, nunca pensé que llegaría este día. Siento que estoy caminando derecha al matadero. Tomo aire y subo el primer escalón, luego el otro. No es tan difícil, me digo para darme ánimos. Pero a la mitad empiezo a sentir un extraño mareo y me agarro de la barandilla temiendo que sea el inicio de un ataque de pánico. Se me reseca tanto la garganta que me entra un ataque de tos. Al oírme, el guardia se vuelve frunciendo el entrecejo, pero yo casi no puedo dar un paso más pues el corazón se me sale del pecho y respiro ruidosamente como si me fuera a dar algo.

—¿Qué tienes?

—No es nada, ya se me pasará —niego con un gesto de la mano tratando de disimular que me siento fatal.

El guardia resopla bajando las escaleras hasta donde estoy. Al verme en semejante estado suaviza su expresión.

—Respira.

—¡Eso es lo que estoy tratando de hacer!

El guardia pone los ojos en blanco.

—Venga, si te quedas aquí es peor —me coge del brazo arrastrándome hacia arriba con impaciencia—. Es normal tener miedo, pero te aseguro que no serán más que unos minutos, pues al jeque no le gusta perder su tiempo. Te diré lo que deba decirte sin rodeos y después te dejaré ir.

—Vale, me dejas más tranquila —balbuceo más asustada que nunca. Según el guardia, el gran Zadir es un tío directo, que siempre está enfadado y que no tiene paciencia para nadie. En conclusión, que mis expectativas de vida acaban de reducirse en un noventa por ciento.

Hago un esfuerzo por avanzar y me calmo lo suficiente para subir hasta arriba del todo y poner pie en la planta real. Recorremos un pasillo y al llegar ante

un par de puertas macizas de roble, levanto la cabeza silbando asombrada. Son realmente inmensas y pienso que seguramente se necesitará un gigante para abrirlas. Entonces recuerdo que el jeque es lo más parecido a un gigante que he visto en mi vida. Me imagino la cara que pondrá al verme llegar. ¿Qué puedo decirle a un tío arrogante de más de dos metros que tiene mal genio y unas maneras de cavernícola? Se me eriza el vello de los brazos solo de pensarlo. ¡Que Dios me ayude! Me santiguo repetidamente y a mi lado el guardia me mira como si acabara de perder el último tornillo. Tras llamar a la puerta del otro lado alguien responde exclamando.

—¡Contraseña del día!

El guardia recita la contraseña, esperamos unos segundos y las pesadas hojas de la puerta empiezan a abrirse lentamente. Dos guardias tiran de ellas con todas sus fuerzas y por sus expresiones no les resulta nada fácil hacerlo. En cuanto pongo un pie dentro siento que he atravesado el umbral hacia otro mundo. Husmeo el aire tratando de reconocer un olor que me resulta muy familiar y tardo unos segundos en darme cuenta de qué se trata. ¡Huele a trementina y a pintura fresca! Olores que de inmediato me transportan a los estudios de artistas que solíamos visitar con mi padre.

Por un momento pierdo la noción de donde me encuentro en realidad. Giro sobre mis pies para apreciar mejor la antesala circular. Está decorada con esculturas abstractas de una belleza tan absorbente y misteriosa que me cuesta trabajo apartar la mirada de ellas. Alrededor un sinfín de pasillos relucientes se abren en distintas direcciones, como si esta fuera la entrada a un laberinto. Detrás de una puerta entornada alcanzo a ver unos bastidores con lienzos, parece un atelier. Desde allí debe llegar el olor a pintura.

Maravillada me doy cuenta que aquí arriba el silencio es casi perfecto, solo se oye el taconear de nuestros zapatos sobre el piso de mármol de carrara. El ambiente que se respira es de paz y armonía.

Jamás hubiera asociado un sitio semejante con la personalidad tormentosa del jeque. Únicamente la presencia de los guardias y de un detector de metales muy parecido a los que hay en los aeropuertos, y por el que debo atravesar, me recuerdan que estoy en la residencia de un poderoso gobernante que no se caracteriza precisamente por su delicadeza.

El guardia me indica que le siga y tomamos por un pasillo repleto de obras de arte. Veo pinturas y dibujos colgados de las paredes, algunos de los cuales alcanzo a reconocer por haberlos visto en libros de arte. Me restrego los ojos para comprobar que la vista no me engaña. Es un pasillo interminable que

parece un museo con sus paredes iluminadas. ¡Si hasta en los techos altos y abovedados hay frescos que quitan el aliento! Madre mía, todo esto debe costar una fortuna. Nunca vi tanta belleza en tan pocos metros cuadrados. Podría pasarme horas descubriendo el tesoro que hay aquí.

¡Qué desperdicio! Todas estas piezas deberían estar en museos y galerías para que el público pudiera disfrutarlas, no acumuladas aquí como si fueran un botín de guerra. Enfadada me cruzo de brazos y hago una mueca cuando el guardia me chista urgiéndome para que me dé prisa.

—Esto no es un paseo —dice cuando le alcanzo—. A su majestad no le gusta esperar.

Asiento con la cabeza, casi corriendo a la par suya. Tras llegar a otro salón circular muy parecido al anterior pero aún más grande, iluminado por caireles en pleno día, el guardia me pide que aguarde y sale por una de las tantísimas puertas dejándome sola. Levanto la vista fascinada pensando que esto en verdad es un laberinto. ¡Jamás imaginé que Zadir fuera tan excéntrico!

Durante un buen rato me quedo quieta sin atreverme a tocar nada por miedo a romper algo, cambiando nerviosa el peso de mi cuerpo de un pie al otro. De golpe se abre otra puerta distinta a aquella por la que salió el guardia, y otro guardia diferente se acerca a mí dando grandes zancadas y con un gesto parco me indica que le siga. Obedezco pensando en la que me he metido. Este guardia lleva el uniforme de gala del reino y sus botas hacen un ruido metálico al golpear contra el suelo. Al traspasar la puerta nos detenemos ante una recepción donde no hay ningún mobiliario, solo una fila de guardias flanqueando una alta puerta francesa de madera negra pulida hasta la obsesión.

Algo en mi estómago me dice que es aquí. ¡Qué nervios! El guardia me lo confirma al abrir la puerta y apartarse de ella rápidamente como si fuera la entrada del infierno. Me quedo allí mirando hacia el interior del despacho sin ver mucho. No me atrevo a dar un paso cuando de repente oigo un vozarrón desde el interior que hace que me corra un frío por la espalda como si de golpe la temperatura hubiera descendido veinte grados.

—¡Entra!

Asustada doy un paso hacia delante y la puerta se cierra tras de mí con un golpe sordo dejándome sola en este sitio oscuro. De inmediato miro hacia atrás sintiéndome acorralada.

—¿Acaso te parece que no me has hecho esperar lo suficiente?

Vuelvo a mirar hacia delante, buscando el origen de la voz. Me quedo de

piedra cuando tras decir aquello le oigo soltar un taco, como aquella vez cuando por accidente escuché su conversación por teléfono.

—¡Ven aquí!

Trago saliva al oír su orden. Como si un hilo invisible tirara de mí me muevo deprisa a lo largo del enorme despacho en penumbra. Tras caminar varios metros sin ver nada más que una alfombra con motivos geométricos y paredes tan blancas como la leche, me detengo y miro alrededor empezando a desesperarme. Disimuladamente me restriego el sudor de las manos contra mi falda. Aunque no puedo ver al jeque, de alguna manera puedo sentir que sus ojos están siguiendo cada uno de mis movimientos. Pego un bote al oír un golpe seco que suena en mi oído como un estruendo y chilló llevándome una mano al corazón. Una risa suave llega desde un punto más allá de una pared de cristal que no había visto hasta ahora. Me doy cuenta que el recinto tiene forma de L y frunzo el ceño mientras camino a tientas hacia la parte oculta del despacho. Al girar en un recodo y asomar mi cabeza del otro lado contengo la respiración.

—¿Te doy miedo? —dice el gran Zadir sonriente e irónico, sentado detrás de un gran escritorio de caoba. Sin esperar mi respuesta aplaude una vez y de inmediato veo como las persianas de las grandes cristaleras se levantan automáticamente revelando una estupenda vista en panorama del desierto. La luz entra a raudales y me cubro los ojos. Se me hace muy difícil verle con el resplandor del sol. Trato de hacer foco en el hombre que tengo delante. El jeque se encuentra tras su escritorio. Su perfil dibujado a contraluz deja su cara en sombras y su figura tiene un halo azulado.

—Acércate a mí, quiero verte.

Su voz de mando es irresistible y camino hacia él como si pisara sobre nubes. Todo parece tan irreal... ¡No entiendo como aún me mantengo en pie!

—Princesa Luana, ¿verdad?

Me detengo en seco al oír que me llama princesa y enderezo la espalda escuchando sonar las alarmas en mi cabeza. ¡Madre mía, sabe quién soy! ¡Se suponía que nadie debía saberlo! Pensé que usar mi segundo nombre me protegería. ¿Lo sabría Nadia? No, imposible, de otro modo no se habría mostrado tan abierta conmigo. Gimo interiormente, ahora sí que estoy fregada.

Entonces caigo en la cuenta. ¡Dumar! Maldición, el jefe de guardias lo sabe, por eso me ha ayudado tanto desde que llegué aquí. Las imágenes de mis padres recibiendo la noticia de que su hija se encuentra en tierras salvajes y

no estudiando arte en Lederland, giran sin cesar por mi mente hasta hacerme sentir náuseas. El suelo también empieza a girar de repente, mis rodillas se tuercen y mis piernas ya no me sostienen mientras trastabillo hacia delante perdiendo el equilibrio. Me apoyo con las dos manos en el escritorio para no caer. Parpadeo respirando con dificultad, siento que el pecho se me cierra cada vez más. El ataque de pánico... ¡no ahora, por favor! ¡No aquí con él...! Siento que me desvanezco y cuando vuelvo en mí me encuentro en brazos del jeque, espatarrada en su regazo como una muñeca rota. Él me envuelve en su calor y tengo una mejilla aplastada contra su pecho. ¡Incluso puedo sentir los latidos de su corazón resonando en mis oídos! Abro los ojos mirándole mientras aspiro su masculina loción de afeitar soltando un suspiro que no consigo reprimir.

—¿Mejor? —pregunta él.

Gimoteo soñolienta tratando de incorporarme, pero él no me lo permite. Entrecierro los ojos mostrándole mi mal humor y él hace algo que me descoloca completamente. Sonríe. Es una breve sonrisa que pronto vuelve a perder, pero es suficiente para que su rostro se ilumine. Por fin puedo verle de cerca. Es muy guapo, que digo guapo, ¡guapísimo! Y sus ojos color café... ¡Madre mía! Esos ojos son... absorbentes. Podría perderme en ellos durante días. De golpe veo que frunce el cejo en un gesto de preocupación sincera. ¿El gran Zadir preocupado por mí? No me lo puedo creer.

—Estoy...eh... creo que estoy bien... al menos no me he muerto — tartamudeo sonrojándome porque aún estoy tan nerviosa que no sé qué narices digo. Él levanta la vista al cielo, murmura algo en un dialecto que no comprendo pero que parece una plegaria, y suspira aliviado. Luego vuelve a mirarme a los ojos con expresión severa.

—No digas esas cosas ni en broma, ¿me entiendes?

Asustada asiento con la cabeza. Jolín, tampoco es para que se ponga así.

—¿Necesitas agua? —me pregunta—. ¿Quieres comer algo?

Dios mío, tengo que apartarme de este hombre porque su aroma y su cercanía están alterando mi sangre y temo volver a desmayarme si sigo un minuto más en sus brazos.

—No, gracias, solo necesito un poco de aire...

Vuelvo a intentar levantarme y esta vez él me lo permite. Se pone en pie junto a mí y da un paso hacia atrás para examinarme mejor. Su estatura es desmesurada y me siento una liliputiense a su lado. Me estremezco nerviosa mientras él me mira de arriba abajo como si estuviera apreciando una

mercadería y siento un repentino ardor en las mejillas. ¡Oh, no!, me digo al llevarme una mano a la frente y advertir que estoy sudando a mares. Seguro que hasta tengo manchas de sudor en las axilas y en mi blusa blanca se notarán enseguida. De inmediato pego los brazos a los lados de mi cuerpo para que él no pueda verme. Pero el jeque ya no me mira, ha ido hasta un frigorífico y le veo servir agua de una jarra y ponerme luego el vaso casi en los labios ordenando.

—¡Bebe!

Me bebo el agua de un solo trago tratando de evitar su mirada. Al devolverle el vaso nuestras manos se tocan por un instante y levanto la mirada para ver que me está comiendo con los ojos. Entonces volteo la cara atragantándome con el líquido y me da un ataque de tos. Rápido de reflejos Zadir avanza hacia mí y me sostiene por la cintura atrayéndome hacia su cuerpo. Dándome unos golpecitos precisos en la espalda consigue que expulse el agua de mis pulmones. Avergonzada levanto la cabeza y le sonrío, pero él está serio y en sus ojos oscurecidos hay un brillo que me deja sin aliento. Es tan alto que me duele el cuello solo de mirarle y me impone tanto que retrocedo. En cuanto lo hago él avanza, como si no tolerara estar separado de mí por más de unos centímetros. Su cuerpo se cierne sobre el mío amenazante. Es tan grande y macizo que no me explico cómo podría estar una mujer debajo de él sin morir aplastada bajo su peso. Me sonrojo de repente ante la imagen pecaminosa que conjuro en mi mente y sacudo mi cabeza con fuerza. No son pensamientos apropiados para este momento. ¡Ni para ningún otro!

De inmediato intento zafarme de sus grandes manos y consigo liberarme retrocediendo unos pasos sin dejar de mirarle hasta dar contra el frío cristal de la ventana. Él me sigue con su mirada con una expresión enigmática que me resulta indescifrable. Creo que piensa que volveré a desmayarme o algo así. Pero yo levanto la barbilla hinchando el pecho para demostrarle que me encuentro bien. Ya me he avergonzado más de la cuenta delante de este hombre y no quiero seguir mostrándome como una debilucha.

—Su majestad, usted me ha citado aquí para...

Pero él me corta en mitad de la frase.

—Esto no es una cita.

Me sonrojo furiosamente. ¿Una cita? ¡Yo no quise decir eso! Me habré expresado mal. Parpadeo tratando de pensar qué decir porque mi mente está en blanco.

—Creí que usted quería verme...

—Es un reporte —me corrige de mala manera—. Te estás reportando a mí, que soy tu jefe, porque has desobedecido mis órdenes y te has portado muy mal —avanza hasta acorralarme de nuevo contra los cristales y se inclina para hablarme al oído—. ¿Ahora entiendes para que estás aquí? —pregunta con ironía y su tono me hace subir la temperatura varios grados, no sé si porque estoy cabreada con su actitud arrogante o porque... bueno, igual estoy un poco excitada.

—Sí, señor, lo comprendo —agacho mis ojos y musito una disculpa—. Lo siento mucho, majestad.

¡Venga, Luana, me digo dándome ánimos, un poco de compostura! No debo dejarme intimidar, debo estar a la altura de la situación, me repito sin cesar como un mantra, pero la presencia del gran Zadir es sobrecogedora. Ese mismo aura de poder que advertí en él cuando le vi asumiendo el trono, aquí se multiplica por mil. Mi usual timidez también se ha multiplicado y no me deja pensar con claridad. Tiene que haber una manera de que pueda mantener una conversación sensata con este hombre. Pero por mucho que me devane los sesos pensando una alternativa, lo único que se me ocurre es ser lo más franca posible. Si él es un hombre directo, pues también yo seré directa y que sea lo que Dios quiera.

—Majestad, por favor escuche...

—Puedes tutearme, no me gusta que seas tan formal conmigo —dice él sin cortarse ni un poco.

Cuando avanza un paso más hacia mí aplastando mis senos con su torso, trago saliva pues sentir el peso de su masculinidad contra mi vientre es demasiado. El pulso se me dispara alocadamente y respiro con agitación temiendo que en cualquier momento el corazón vaya a salirse del pecho. Madre mía, sentirme a merced del jeque me aterriza y excita a la vez de una manera que no me puedo explicar. ¡Es tan extraño, ni yo misma sé lo que siento!

—Por favor, majestad... —suplico, pero la forma en que sus ojos se oscurecen al oír mi súplica me indica que estoy empeorando la situación. Me remuevo incómoda contra su cuerpo duro y mi bajo vientre se contrae a pesar de mí.

El jeque me mira desde arriba con sus misteriosos ojos entornados.

—Quiero oír a la auténtica Luana —susurra mientras acerca sus labios peligrosamente hacia los míos—. A la princesa, no a la secretaria remilgada. Su voz enronquecida hace que mi atención se centre directamente en sus

labios carnosos. Entonces él me coge de la barbilla haciendo que me sobresalte.

—Te gusta mi boca, ¿verdad? —susurra dibujando con su dedo índice el contorno de mi mandíbula hasta rozar la parte sensible debajo de mi oreja y contengo el aliento sintiendo que mis pezones empiezan a endurecerse. Él ladea su cabeza interesado y me observa con curiosidad. Las aletas de su nariz tiemblan levemente al concentrarse en mí y se ve tan sensual que gimo interiormente. ¿Qué hago? Estoy desesperada y me siento obligada a decir algo para distraerle.

—Me... me dejarás sin mi puesto, ¿verdad? —pregunto con un hilillo de voz. Su tacto está afectándome tanto que los ojos se me cierran solos. Ruego para que la copa preformada de mi sujetador sea lo bastante robusta para ocultar mi excitación. Haciendo un verdadero esfuerzo de voluntad me obligo a sostener su mirada tratando de demostrar firmeza. Él me atraviesa con sus ojos negros que poseen una intensidad casi sobrenatural. Cuando estoy segura que besaré mis labios se aparta de mí suspirando.

—Tienes razón —dice, y tras volver a examinarme de arriba abajo anuncia—. Ya no eres mi secretaria.

Parpadeo atónita. Aunque creía estar preparada para lo peor, oír la noticia de sus labios es un auténtico jarro de agua fría. Retuerzo mis manos sintiéndome burlada. El jeque ha demostrado que no siente ningún respeto por mí. Ha actuado con descaro intentando seducirme para después echarme a la calle como un perro, me digo sintiendo mucha rabia e impotencia. ¡Y lo peor es que a estas alturas probablemente mis padres ya estén enterados de todo!

—Muy bien —siseo entre dientes— entonces me largo de aquí.

Furiosa intento cruzar al otro lado del despacho pero él da un paso lateral bloqueándome el paso. La sangre me hierve y mis ojos empiezan a escocer. Al darme cuenta que ya no tengo nada que perder chillo empujándole con todas mis fuerzas y aprovecho su sorpresa para escabullirme bajo sus brazos. Después echo a correr a toda pastilla hasta las puertas del despacho.

Antes de salir aferro el pomo con fuerza durante unos instantes tratando de calmarme, pero el subidón de adrenalina es tan grande que hace que me vuelva una vez más para mirarle llena de odio. Una parte de mí sabe que la estoy liando parda, pero no lo puedo evitar. Una lágrima caliente cae por mi mejilla y es entonces cuando exploto señalando a Zadir a manera de desafío.

—¡No tienes derecho a tratar así a las personas! —le grito a la cara temblando de indignación—. ¡Esas pobres muchachas ilusionadas pidiendo

por ti y tú te has reído de todas ellas! ¡Y ahora te ríes también de mí! ¿Estás satisfecho?

Al oír el escándalo los guardias irrumpen en el despacho abalanzándose sobre mí y aferrándose de los brazos como si fuera una loca peligrosa.

—¡No la toquéis! —se oye la orden atronadora del jeque y los hombres se quedan quietos mirándose entre sí antes de soltarme.

Avergonzada salgo corriendo de allí, deseando huir lo más lejos posible de aquel hombre terrible.

Capítulo 4

ZADIR

—¿Pero de dónde leches ha salido esta princesita?

Busco su nombre en internet y aparece la confirmación de que mi Luana es en verdad la princesa de Nueva Macedonia, un reino lejano del occidente con quien hasta ahora no habíamos tenido trato alguno.

Algo me dice que eso cambiará pronto... Sonrío y me humedezco los labios con anticipación.

Me extraña no ver más fotos de ella. Sus hermanas figuran en todas las fiestas y eventos sociales, pero mi princesita únicamente aparece en las ceremonias oficiales protocolares donde la asistencia es obligatoria. Me reclino en mi sillón y cruzo los brazos sobre mi pecho recordando con una sonrisa la forma en que su cuerpo blando y lleno de curvas se estrechó contra el mío, en la docilidad con la que respondió a mis caricias estremeciéndose de miedo y placer... Y cada vez que pienso en ello me pongo duro como una roca. Joder, estas erecciones no son normales. Apago el ordenador con un chasquido de lengua. ¡Así no hay quien pueda concentrarse! Si hasta aún puedo oler su perfume en el aire...

Necesito moverme para despejar mi mente. Debo planear mi siguiente movimiento. Decido suspender mis reuniones del día y limito todo el trabajo a firmar de forma automática los contratos previamente aprobados, una mera formalidad que intento quitarme de encima cuanto antes.

No tengo dudas de lo que quiero. La quiero a ella y pienso tomar lo que es mío antes de que termine el día.

Pulso el botón del ascensor privado.

—Luana —susurro entre dientes saboreando en mi lengua ese nombre exótico y sugerente mientras descendo. Las puertas se abren directamente a mis jardines. El sol se pone en el desierto y la brisa caliente me despeina. Energizado aspiro el aire llenando mis pulmones. ¡Hacía años que no me sentía así por una mujer! Enseguida saco el móvil y marco el número de Dumar que no tarda en presentarse con una sonrisa maliciosa en los labios. Entrecierro mis ojos, el cabrón ya debe estar al corriente de lo que pasó en mi despacho.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunto con brusquedad.

—Que puedo adivinar lo que estás tramando.

—¿Ah, sí? Pues mira, eras brujo y no lo sabía.

—Va, no se necesita ser brujo para ver que te has pillado por la secretaria.

—Te informo que ya no es mi secretaria —Dumar levanta una ceja intrigado y añado—. Es ella, amigo, lo siento en la sangre, esa mujer está destinada a estar conmigo. Es ella quien me dará los hijos que tanto deseo para continuar con mi linaje.

Él me mira con un brillo de malicia y se sonríe.

—Enhorabuena, es muy guapa.

Al oír aquello le dedico una mirada feroz y cogiéndole del cuello de su uniforme le advierto.

—Será mejor que te mantengas alejado de ella, ¿comprendes?

Dumar levanta las manos pidiendo paz.

—¡Eh!, que nunca te he visto así. Parece que esto va en serio.

—¿Me ayudarás entonces?

—Claro. ¿Qué puedo hacer?

—Avisa que he dado la orden para poner en marcha el protocolo de boda real. Y ve preparando un ejército porque pronto tendré que pedir la mano de la princesa al rey y ya sabes tú lo mal que se me dan a mí esas cosas.

—¿Un ejército? Estás de coña, ¿verdad?

—Uno nunca sabe lo que podría ocurrir. Mejor ser previsor. ¡Ah! Y pon fecha para el anuncio público. Quiero que se inicien los preparativos de la boda cuanto antes.

Mi amigo enarca una ceja y silba largamente.

—Vaya, tú sí que no te andas con rodeos.

Me encojo de hombros.

—Ya me conoces, cabrón. Cuando quiero algo voy a por ello. —Le miro con una media sonrisa y añado—. Después de todo, tú no eres tan distinto a mí.

—Se me habrá pegado de ti —repite irónico.

—Vale, ahora la culpa es mía. ¡Serás cabrón!

Seguimos bromeando durante un rato y luego le envío a cumplir su misión.

Dando grandes zancadas me dirijo hacia la sauna. Me apetece darme un baño relajante aquí mismo, bajo las primeras estrellas de la tarde, y doy la orden para que mis sirvientes preparen el hamán. Mientras me desvisto le pido a mi ayuda de cámara que vaya en busca de la princesa. Ya me han advertido que ella cree que la echaré del palacio por haber reaccionado tan intempestivamente a mis acercamientos. Sonrío divertido porque no tiene ni puñetera idea de lo que le espera.

Intento relajarme en medio del denso vapor, pero todo mi cuerpo está tenso a

la espera de mi pequeña princesa. No puedo dejar de pensar en todo lo que quiero hacer con ella. Cuando a través de las cristaleras la veo llegar por el sendero que rodea la fuente de los deseos mi sangre se enciende. La veo detenerse un momento ante la fuente e inclinarse sobre el borde para sumergir una mano en el agua. Sonrío porque luce adorable, tan dulce e inocente... A regañadientes cubro mi desnudez con una toalla porque no quiero asustarla. Debo ganarme su confianza antes. Paciencia, me digo, muy pronto habrá ocasión para estar completamente desnudo junto a ella.

Luana se detiene ante el gran recinto, dudando. Con la mano en el pomo pero sin atreverse a girarlo, intenta ver algo a través de las espirales de vapor que giran en el aire caliente. La veo titubear, confundida, mirando a su alrededor en busca de ayuda. Su timidez es tan seductora... Pero debo admitir que lo que la hace verdaderamente especial es su carácter temperamental y su valentía para desafiarme. El modo en que me enfrentó en el despacho hizo que confirmara lo que mi cuerpo sintió al verla y tocarla por primera vez. Esta mujer tiene que ser mía y de nadie más.

Contengo el impulso de ir a su encuentro. Joder, estoy tan empalmado que duele. Trato de disimular mi erección lo mejor que puedo y con el mismo tono que uso para comandar a mis soldados le ordeno que se presente ante mí. Al oír mi voz de mando su delicioso cuerpo se sacude como si acabase de recibir una descarga eléctrica. Por fin abre la puerta de la sauna y la veo avanzar a tientas, con los brazos extendidos para orientarse y una expresión de cervatillo asustado que me pone a cien. Sin decir una palabra dejo que sus manos toquen mi pecho desnudo. Al sentir mi tacto pega un bote y retira sus manos a toda prisa como si le quemara. Sonrío por dentro disfrutando de su reacción.

—No te asustes, no voy a comerte —susurro, pero al instante me doy cuenta que soy un cabronazo porque sí que tengo toda la intención de comérmela de un bocado.

Zadir, no asustes al cervatillo, me recuerdo ocultando mi sonrisa.

La princesa vuelve a acercarse lo suficiente para verme a través del vapor. Al fijarse en mi torso desnudo sus ojos se agrandan antes de bajar la vista al suelo con pudor. Mis músculos se contraen en un delicioso espasmo de placer que me recorre de arriba abajo. ¡Que Alá me salve, esta mujer tiene un poder casi sobrenatural sobre mí! Pero no pienso dejar que vea como me afecta. Al menos no aún.

—En mi cultura es una señal de respeto mirar a los ojos —digo seriamente.

Rápidamente levanta su cabeza para mirarme.

—Lo siento, vuestra majestad, es que no sabía que estaba... —se atraganta con sus propias palabras.

—¿Desnudo? —completo yo y ella asiente con la cabeza.

Miro mi cuerpo y luego vuelvo a mirar sus ojos ladeando la cabeza con interés. ¿Podría ser que nunca haya visto a un hombre en la intimidad? La posibilidad hace que la boca se me haga agua.

—¿Estás escandalizada, Luana?—pregunto divertido y a propósito para provocarla añado. —¿Acaso nunca has visto a un hombre darse un baño? Al oír mis palabras se sonroja hasta la raíz del cabello y desvía la vista. Por su reacción ahora sí que estoy seguro que jamás ha visto a un hombre desnudo en su vida. Siento que la sangre empieza a fluir con rapidez por mis venas y me acerco otro paso hacia ella. Avergonzarse le sienta tan bien... La forma en que su piel blanca se ha tornado de un tinte rosado es fascinante. Joder, casi no puedo contenerme. Necesito acariciarla, sentir su suavidad con las palmas de mis manos.

—Acércate a tu jeque —le ordeno en un susurro—. Tenemos que hablar acerca de lo que sucedió hoy.

Ella traga saliva antes de dar un paso hacia mí y levanta su cabeza parpadeando rápidamente al verse de repente tan cerca de mí.

Joder, es absolutamente adorable.

Me siento en el banco de madera y la invito a hacer lo mismo con un gesto de la mano. Pero ella escoge sentarse en el extremo opuesto del largo banco y resoplo frustrado. ¡Deseo tanto sentarla sobre mi regazo! Quiero aprisionarla en mis brazos y hundir mi nariz en sus rizos sedosos. Maldición, cualquier distancia me parece excesiva.

Me inclino hacia ella.

—¿Temes mi castigo?

Ella toma aire y niega con la cabeza pero observo que retuerce sus manos nerviosa y vuelve a bajar la vista. Resoplado alargo mi mano apoderándome de su delicada barbilla y la obligo a mirarme a los ojos.

—Te has portado mal, nena.

Ella parpadea como si estuviera mirando directamente al sol. Puedo ver en su interior una lucha entre su pudor y su curiosidad. Por fin acaba venciendo su curiosidad. Es una buena señal, me digo.

Su voz es un hilillo que se pierde en el aire.

—Estoy en problemas, ¿verdad?

Inspiro profundamente.

—¿Tú qué crees?

Ella hace una mueca admitiendo su culpa. Yo la examino de arriba abajo con descaró, deteniéndome en sus generosos pechos antes de recorrer con mis ojos entornados la curva de sus caderas. Humedezco mis labios porque aún lleva la falda de tubo negra de secretaria. Cierro mis manos en un puño para evitar el impulso de deslizarlas por debajo de su falda y apretar sus muslos blancos. Suspiro y vuelvo a mirarla. Se ha quitado las gafas y limpia los cristales empañados. Está nerviosa y no puede dejar de moverse. Ahora se ata los rizos rojos en una coleta. Mordisqueo el interior de mi mejilla observándola. Es un verdadero suplicio tener que resistir la tentación de tomarla aquí mismo. Carajo, es tan pequeña y delicada que podría aplastarla con mi tamaño si no soy lo suficientemente cuidadoso. Necesitaré ser extremadamente suave con ella.

Me inclino sobre su oído.

—Pues te equivocas porque a partir de ahora tus problemas se han acabado, nena. No dejaré que nada malo te pase mientras estés a mi lado.

La princesita frunce su ceño confundida. Pero poco a poco en sus ojos empieza a aparecer una luz de esperanza.

—¿Eso significa que conservo mi puesto?

—Algo así —no puedo evitar una sonrisa pero vuelvo a ponerme serio al añadir—. ¿Sabes qué? Hoy he elegido esposa.

Luana ladea su cabeza interesada, aunque no puede ocultar la sombra de desencanto que nubla sus ojos.

—Enhorabuena, su majestad.

Chasqueo mi lengua negando con la cabeza.

—Para ti soy Zadir. Después de lo que sucedió en mi oficina, ¿crees que aún necesitamos esas formalidades entre nosotros?

Ella se sonroja intensamente pero se corrige con una sonrisa.

—Vale, lo intentaré de nuevo. Enhorabuena, Zadir. ¿Así está mejor?

Frunzo el ceño porque su felicitación suena forzada. ¿Acaso siente celos de saber que me caso? Al contemplar esa posibilidad mi erección se endurece tanto que debo cambiar de postura porque se ha vuelto demasiado notoria y la toalla apenas me ayuda a cubrirme.

—Mucho mejor —gruño.

De repente ella endereza la espalda y abre los ojos como si se le hubiera encendido la bombilla.

—¿Eso significa entonces que ya no tendré que rechazar más a tus pretendientes?

Suelto la carcajada.

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿Tener que lidiar con aquellas niñas consentidas?

Ella baja los ojos pero enseguida los vuelve a subir mirándome con intensidad.

—No me gusta hacer sufrir a nadie, ni siquiera a esas niñas, como tú las llamas.

La miro pensativo y asiento con la cabeza.

—Comprendo.

Durante unos momentos me mira seriamente, con el entrecejo fruncido, pero una sonrisa radiante termina apareciendo en sus labios.

—Gracias por comprenderme.

Le aparto un rizo de la frente colocándoselo detrás de la oreja.

—A partir de hoy solo tengo ojos y tiempo para una sola mujer... —ella me mira confundida y alargo mis manos para quitarle las gafas con cuidado porque quiero ver el efecto de mis siguientes palabras en sus ojos—. Y esa mujer eres tú. Te he elegido para que seas mi prometida, la mujer que me dará todo lo que necesito. A cambio, yo te lo daré todo. Absolutamente todo, nena. Sin restricciones. Tus deseos son órdenes.

Ella abre la boca y se queda atónita mirándome con una mezcla de sorpresa y emoción. Lentamente tiendo mi mano con la palma hacia arriba indicándole con una mirada que ponga su mano sobre la mía. Ella duda por un instante pero acaba haciéndolo. Su fina y delicada mano se posa sobre mi gran mano morena y la acaricio con mis dedos largos y ásperos. Cierro los ojos porque se siente tan suave... A continuación entrelazo mis dedos con los suyos y ella gime con el contacto tan íntimo, pero enseguida se relaja. Sonrío satisfecho porque sé que está disfrutándolo a su pesar.

—Y cuando estés en mi cama, bajo mi cuerpo, en lo último que pensarás será en escapar de mí, eso te lo aseguro —añado con malicia—. Entonces por fin podré enseñarte todo lo que sé.

Ella da un tirón y suelta su mano jadeando ofendida. Luego se pone en pie y me mira desafiante con sus grandes ojos castaños.

—¿Y si ya me han enseñado lo que tú pretendes enseñarme?

Aprieto los labios reprimiendo una mueca de dolor, como si acabaran de clavarme una daga en el estómago.

—No me provoques, nena —siseo advirtiéndola.

—¡Tú no eres el centro del mundo!

—¿Crees que no lo sé?

Ella me mira poniendo sus brazos en jarra.

—¡Pues te comportas como si no lo supieras! No seré tu prometida. ¡No tienes derecho a imponer tu voluntad sobre las personas, por más jeque que seas!

Sus ojos castaños relucen y veo tanto fuego en ellos que siento que ahora la quiero mil veces más que antes. ¡Joder, cómo la deseo! Si supiera lo feliz que me hace desafiándome de esta manera.

Sin pensarlo dos veces y en un solo movimiento, la levanto en vilo y ella chilla aferrándose a mis hombros. La toalla que me cubre se desata y cae al suelo.

—¡Suéltame, eres un bruto, no quiero saber nada de ti!

—No me mientas —aprieto mis labios contra su oreja y ella gime—. Puedo leerte como un libro, nena.

—Por favor, su majestad...

—Shuss —la callo con un beso. Mis labios queman sobre los suyos, que se abren lentamente como una flor. Quiero que disfrute de la sensación de mi tacto posesivo. Cuando las puntas de nuestras lenguas se tocan ella abraza mi cuello. Invado su boca saboreándola. El beso se hace profundo y dejo que se prolongue durante unos instantes antes de romperlo bruscamente. Ella ahoga un suspiro y aspira el aire con fuerza como si acabara de sacar su cabeza del agua.

—¿Puedes sentir la electricidad? —susurro apoyando mi frente en la suya. Ella me mira confundida por un momento, pero lentamente afirma con la cabeza.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque yo también lo siento, nena. ¿Te gusta que te toque así? —pregunto acariciando sus brazos.

Ella niega con la cabeza y yo sonrío entrecerrando los ojos porque sé que no dice la verdad. Su rubor es tan intenso que se extiende por su cuello hasta el inicio de su pecho.

—Tu cuerpo no puede mentir, princesita. ¿Sabes por qué te sientes así?

—¿Por qué?—susurra ella cerrando los ojos y levantando su cabeza hasta que nuestros labios vuelven a tocarse.

—Porque soy tu dueño.

—Yo no tengo dueño —protesta débilmente.

—Desde este momento lo tienes —digo rozando sus labios enrojecidos por el beso ardiente—. Eres mía y lo sabes.

Se aparta de mí para mirarme con sus pupilas dilatadas por el placer.

—Lo siento, es que yo... no puedo.

La miro con el ceño fruncido.

—Nunca más vuelvas a decir eso.

Parpadea sin comprender.

—¿Que no vuelva a decir qué?

—“No puedo”. Tú lo puedes todo, nena. Ve acostumbrándote a ello porque no habrá límites en lo que podamos hacer juntos.

Sin darle tiempo a responder rodeo su cintura con mis brazos y la atraigo hacia mí haciéndole sentir todo el peso de mi virilidad.

—Mientras seas mía, tus deseos serán órdenes para mí. Jamás lo olvides.

El vapor nos envuelve y vuelvo a tomar asiento en el banco sentando a Luana sobre mis piernas. Ella se acomoda en mi regazo y sonrío porque por fin tengo a mi princesita exactamente donde la quería. Su trasero está aplastando mi erección que palpita incontrolable. Nos miramos a los ojos y su boca carnosa tiembla entreabriéndose para mí. Capturo su labio inferior entre mis dientes para hostigarlo, sugiriendo el beso que ella ansía, pero que yo le niego con crueldad. Frustrada al ver que aparto mis labios, mi princesa gime y pone morritos. Me sonrío divertido.

—Por hoy ha sido suficiente, nena. Quiero que esta noche me eches tanto de menos que sueñes con mis besos.

A continuación rozo con mi nariz su delicado cuello y con la punta de mi lengua humedezco su piel. Ella jadea y echa sus rizos hacia atrás para facilitarme el acceso. Se estremece gimoteando y yo mordisqueo su piel erizada una y otra vez hasta que sus gemidos se vuelven constantes. Ella se abraza aún más fuerte a mí, buscando el calor de mi cuerpo. Inclino mi boca sobre su oído y lentamente mordisqueo su lóbulo.

—Nunca ha habido ni habrá otro hombre que no sea yo —gruño con mi voz enronquecida—. No puedes engañar a tu jeque. Sé que eres tan pura como la nieve. Puedo olerlo en tu piel.

Vuelvo a aspirar el aroma de la blanca piel de su garganta mientras arrastro mis dientes desde el punto sensible debajo de su oreja, pasando por su clavícula hasta llegar al otro lado de su cuello. Allí hincó mis dientes y chupo con fuerza mientras ella gime lastimeramente aferrando con fuerza mi

espalda desnuda. Poco a poco aparto mi boca para ver la marca sonrosada que le he dejado y que pronto se transformará en un chupetón morado. Soplo mi aliento sobre la piel humedecida y sus gemidos se vuelven súplicas mascullando mi nombre sin consuelo.

Joder, deseo tanto follarme a esta princesita... Pero eso será luego, me recuerdo suspirando para mis adentros, cuando pueda reclamarla como mi esposa.

Luana busca el calor de mi pecho y se arrebujaba en él mientras acaricio su cabeza con ternura. Sentir que busca mi protección es una sensación intoxicante, incomparable... Jamás he sentido algo así y no puedo esperar a tomarlo todo.

Tras frotar su nariz en mi cuello se aparta lo suficiente para mirarme con sus mejillas rosadas y un gesto de preocupación en el rostro.

—¿Qué haremos, Zadir?

Sonrío acariciándola y ella reclina su mejilla contra la palma de mi mano.

—Lo primero será mudarte de tu cuarto. Daré la orden para que preparen tus nuevos aposentos en la planta real. Necesito tenerte muy cerca de mí, ¿comprendes? —ella asiente sonriendo tímidamente. La miro seriamente cuando añado—. Es mi deber satisfacer todos tus deseos.

Capítulo 5

LUANA

Ha sido todo tan vertiginoso que no puedo creer aún que esté sacando mis cosas del cuarto. Y no precisamente para volver a casa sino para ir a vivir junto al jeque... ¡en sus aposentos como su prometida! Vaya tela, me llevo una mano a la frente observando el pequeño ropero ya casi vacío. Termino de hacer las maletas y me recojo el pelo en un moño, me miro en el espejo y hago una mueca negando con la cabeza porque no me gusta cómo ha quedado y luego vuelvo a soltar mis rizos rojos sacudiéndolos con las manos para tratar de darles algo de forma. Al hacerlo no puedo evitar advertir que estoy sonriendo de oreja a oreja como una tonta. Entonces acerco mi cara al espejo y ajusto mis gafas para echarme un vistazo de cerca. Mi piel está sonrosada y mis ojos brillan radiantes. ¡Madre mía, hace tanto que no me sentía tan viva! Y todo gracias al jeque.

Zadir...

Suspiro porque no puedo pensar en él sin sofocarme. Las palabrotas que me dijo, sus caricias impertinentes... ¿Estaré cometiendo una locura? Es un hombre intrigante, y sé que con mi inexperiencia soy una presa fácil para él. Aunque parece una persona diferente a lo que su reputación haría suponer. Me muerdo el labio nerviosa porque no sé qué esperar de él. Me asusta que sea un hombre tan poderoso. No parece tenerle miedo a nada ni a nadie y además es muy impredecible. Todo tiene que hacerse a su aire y si no le gustan las reglas, las desecha y crea las suyas. Me pregunto como será estar con una persona así y la cabeza me da vueltas con más preguntas. ¡Menudo cacao mental! Un momento estoy cabreada con él y le odio porque se comporta como un arrogante con una boca demasiado sucia, pero al siguiente me conmuevo con sus muestras de cariño y me muestro tan dócil como un polluelo. ¡Eso no puede ser normal!

Si pienso en lo diferente que somos debería coger mis maletas ahora mismo y marcharme del palacio sin volver la vista atrás. En cambio estoy aquí, arreglándome para empezar mi nueva vida como su prometida. ¿Qué narices tienes en la cabeza, chica?, me pregunto mirándome fijamente en el espejo sin encontrar una respuesta.

Niego con la cabeza mientras me pongo algo de color en las mejillas y labial rojo. Le tiro un beso al espejo alisando con mis manos la camisa de seda rosa y recuerdo que él mencionó que le gustan mis pechos. ¡Pues vaya si esta camisa hace que se vean más grandes! El espejo me devuelve la imagen de

una mujer sexy. Definitivamente esta no es la Luana de toda la vida, me digo cuando alguien llama a la puerta y doy un respingo sobresaltada. ¿Será él? Tomo aire antes de asomarme por la mirilla y lo que veo no me lo esperaba. Del otro lado hay una niña de unos nueve años que lleva un shayla color fresa alrededor de los hombros y salta de un pie al otro con impaciencia esperando a que le abran. Levanto una ceja con curiosidad y abro la puerta.

—¡Hola, soy Hami!—me dice la niña con una sonrisa y se cuelga en mi habitación sin pedir permiso. La sigo con la mirada mientras se sienta en mi cama—. Mi tío me ha encargado que te muestre donde vivirás. ¿Estás lista? —¿Y quién es tu tío, si se puede saber?

Ella pone los ojos en blanco como si estuviera preguntándole la cosa más obvia del mundo.

—¡Pues Zadir!

Me quedo de una pieza. La miro de arriba abajo y poco a poco empiezo a notar el parecido físico. ¡Vaya, pero si hasta tienen los mismos ojos!

—¿Y tu madre? —pregunto de la forma más casual, tratando de que no se note demasiado mi interés.

—Murió en un accidente de coches cuando yo era muy pequeña—dice ella con toda naturalidad.

Trago saliva sintiendo que el corazón se me encoge.

—Lo siento.

Hami se encoge de hombros.

—También yo, pero mi tío siempre dice que a pesar del dolor que llevamos en el corazón siempre hay que seguir adelante.

Giro mi cabeza disimulando para que la niña no vea que estoy parpadeando como una loca para que las lágrimas no me salten. Joder, Zadir no me había hablado acerca de esto. ¿Y por qué habría de hacerlo? Apenas nos conocemos.

Cuando me compongo me vuelvo sonriente hacia ella que me mira con curiosidad.

—Vale, estoy casi lista. Pero tendrás que esperar a que termine de vestirme y recoger mis cosméticos.

—¡Claro que sí!

Su entusiasmo es contagioso y mientras termino de vestirme charlamos acerca de trivialidades hasta que de repente noto que se queda callada mirándome con el ceño fruncido.

—¿Eres la novia de Zadir? —me pregunta de sopetón y siento arder mis

mejillas.

—Algo así —hago un gesto con la mano sin darle importancia, pero por dentro estoy rezando para que no insista con el tema—. Bueno, ya estoy lista. Hami me examina con ojo crítico antes de dar su veredicto.

—Eres bonita.

Me echo a reír halagada.

—Pues gracias. También tú eres bonita.

—Y lo mejor es que no eres como esas princesas pijas que suelen venir por aquí.

Vaya, menos mal que solo soy una secretaria, pienso irónica.

—¿Qué tiene de malo ser una princesa?—pregunto haciéndome la tonta.

—No lo sé, pero las que he conocido no me han caído nada bien.

—Igual has tenido mala suerte y te han tocado las peores.

Ella se encoge de hombros.

—O quizás todas sean unas pijas sin remedio, ¿quién sabe?

Vale, me ha quedado claro. Creo que por el momento será mejor dejarlo así.

Fingiendo indiferencia empiezo a meter mis cosméticos en una caja.

—Y dime, ¿vienen muchas de esas princesas por aquí?

—Realmente no muchas. Bueno, antes sí que venían. Y también se hacían las simpáticas conmigo, pero únicamente porque querían enternecer a Zadir.

—Ya, comprendo —digo pensativa—. ¿Y él se enternecía?

¡Dios santo, qué pregunta es esa! ¿Por qué le estoy dando la lata a la pobre niña?

Hami se encoge de hombros.

—A decir verdad no mucho. Sus novias no le duraban más de una semana. Se aburría, dejaba de coger sus llamadas y pronto se olvidaba de ellas.

Ahí tienes tú, eso te pasa por preguntar. Confirmado, siempre ha sido igual, el típico mujeriego que usa a las mujeres y las descarta. ¿Eso te deja más tranquila?

Suspiro mientras cojo el bolso y me lo cuelgo del hombro. ¡Quién me manda a mí ser tan preguntona!

Hami ladea la cabeza.

—¿Estás celosa?

Me pongo como un tomate. ¡No, claro que no! Apenas le conozco, ¿cómo puedo estar celosa? Maldigo para mis adentros mientras intento levantar las dos maletas que pesan como un piano y, al verme, Hami salta de la cama y corre hacia mí quitándome de la mano una de las maletas.

—Venga, te ayudo.

—Gracias, preciosa —le digo sonriendo y juntas salimos del cuarto.

Tras dejar atrás las habitaciones de servicio hago el gesto de enfilarse hacia las famosas escaleras doradas por donde tendré que volver a subir, pero Hami me coge de la mano y en cambio me arrastra por sitios del palacio que nunca antes he visitado. Al llegar ante una doble puerta de caoba y cristal ahumado, ella saca un manojo de llaves del bolsillo delantero de su vestido y mete una llave en la cerradura. La puerta da a un recinto bastante oscuro y entrecierro los ojos tratando de ver algo, pero Hami tira de mí metiéndome dentro a toda prisa y cerrando la puerta tras de nosotras. A tientas busca el interruptor de la luz y pronto veo que los caires del salón empiezan a encenderse uno por uno, sus cristales Swarovski brillando con mil colores y proyectando sus reflejos en toda la estancia. ¡Madre mía, es un pedazo de salón de baile que quita el aliento! Los pisos de madera están tan pulidos que reflejan los techos en forma de domo, con su impactante entramado de vigas y arcadas, y cuando alzo la cabeza me veo obligada a tenerme de la pared porque son tan altos que siento una sensación de vértigo en el estómago. Las molduras doradas de estilo árabe y la piedra desnuda de estilo europeo medieval de los muros hacen un contraste deslumbrante.

—Esto es un sueño —digo llena de admiración.

Hami hincha el pecho orgullosa.

—Pues aquí será la boda.

La miro confundida.

—¿Qué boda?

Ella pone los ojos en blanco.

—¡Tu boda, de quien si no!

Contengo la respiración. No había pensado en ello. En mi reino los noviazgos pueden durar años, pero quién sabe aquí. Este es otro mundo completamente diferente. Y lo nuestro no es un noviazgo convencional ni mucho menos. Me sonrojo tocando la marca del chupetón oculto bajo el cuello alto de mi camisa, recordando la pasión del jeque.

Trago saliva repentinamente sofocada y avanzo por el salón pisando con reverencia mientras Hami se pasea corriendo y saltando entre las mesas redondas. De repente se detiene ante una de ellas y coge el arreglo floral abrazándose al ramo y girando sobre sus pies como si estuviese bailando un vals. Mientras lo hace me mira guiñándome un ojo y se parte de la risa. Inquieta miro hacia atrás pensando que en cualquier momento alguien nos

escuchará y vendrá a echarnos a patadas de aquí.

Al pasar junto al magnífico piano de cola lo rozo con mis dedos sintiendo la caricia de la madera negra. Hami se sienta en el banquillo y está por abrir la tapa cuando la detengo.

—Oye, ¿no deberíamos subir?

Ella bufando y ladea la cabeza para mirarme.

—¿No te gusta el salón de baile?

—No es eso. Es un sitio precioso, pero si alguien nos viera merodeando...

La niña chasquea la lengua sin darle importancia a mis preocupaciones.

—¿Acaso no eres la novia de mi tío? ¿De veras crees que alguien se atreverá a decirte nada?

Parpadeo sorprendida. ¿Podría ser cierto lo que dice? Acostumbrada a andar con pies de plomo por el palacio, siempre con el temor de meterme en un sitio donde una secretaria no debería estar, tener de repente el privilegio de andar libremente por donde se me antoje me parece algo irreal.

Echo un vistazo en dirección a la gran escalera doble.

—De todos modos no deberíamos demorarnos.

Hami se encoge de hombros.

—Como tú quieras —tras decir esto salta del banquillo y corre hacia las escaleras subiendo los escalones de dos en dos. Bufando cojo las dos maletas una en cada mano y la sigo. Al llegar al primer descanso ella se vuelve hacia mí con una amplia sonrisa y señala los escalones con un dedo—. ¿No lo has notado?

Miro hacia abajo para ver a qué se refiere. Uno sí, otro no, los escalones alternan entre el negro y el blanco. Por curiosidad me agacho para tocar la superficie con mis manos y abro los ojos maravillada. ¡Es ébano y marfil, los materiales del teclado de un piano! De hecho, al mirar a lo largo de la escalera, noto que los escalones están arreglados como las octavas en el teclado de un piano. Piso con cuidado sosteniéndome de la barandilla. Esto es una verdadera obra de arte y me da miedo arruinarlo con mis tacones. Hami ríe al verme.

—¡No te preocupes, es muy resistente!

—Es fantástico —digo para mí admirada por semejante obra de arte—. Nada más apropiado para un salón de baile.

La niña sonrío radiante.

—Mi tío se lo ha currado, ¿a que sí?

—¿Esto se le ha ocurrido a él? —pregunto incrédula porque me parece

increíble que alguien tan ocupado se haya detenido a pensar en un detalle así. Me cuesta conciliar la imagen del Zadir que conozco con la imagen de una persona tan detallista.

Hami me mira divertida.

—Ha diseñado el salón y todo lo demás. Lo artístico se le da muy bien. Parpadeo boquiabierta. De inmediato pienso en las obras de arte que vi camino a su despacho y todo cobra sentido. ¡Vaya si las apariencias engañan! En ese momento me doy cuenta que no sé nada acerca de este hombre. Y mi estómago se llena de mariposas ante la oportunidad de descubrirlo todo acerca de él.

—¡Date prisa! —exclama Hami saliendo del salón por una puerta al final de la escalera.

Vaya tela, me sonrío, ¿ahora soy yo la que tiene que darse prisa?

Me vuelvo para contemplar el salón desde aquí arriba. Es el sitio perfecto para celebrar una gala de boda. Tuerzo la boca en una mueca al pensar que me obligarán a bajar la escalera con la vestimenta ceremonial típica. Odio ser el centro de atención y quien sabe qué rituales exóticos y humillantes debe una soportar para convertirse en la esposa de un jeque.

Pero para eso falta bastante, me recuerdo y suspirando vuelvo a ponerme en marcha.

Caminamos por pasillos con decenas de puertas. ¿Quiénes vivirán aquí? Por la mente se me cruza la imagen de Zadir manteniendo un harem de mujeres preciosas y gruño por lo bajo. Es absurdo pensar eso, pues los jeques de Nueva Abisinia no son polígamos, eso lo sabe todo el mundo. Pero no puedo evitar imaginar tonterías y ponerme celosa por nada. Hami me mira con una sonrisa pícaro como si pudiera leer mis pensamientos.

—Este es el ala oficial —me informa— aquí viven los ministros. Pero tú vivirás con nosotros en el ala real que es un sitio mucho más guay.

—Suena estupendo —repongo con una sonrisa.

Según avanzamos los pasillos se van ensanchando hasta que nos encontramos en un salón espléndido lleno de arabescos y con un patio de luz en el centro con palmeras y loritos del amor.

—¡Vaya! —miro alucinada dejando las maletas en el suelo.

—¡Y eso que aún no has visto tu apartamento!

—¿Mi apartamento?

Hami asiente y me guía hasta una de las puertas, saca su llavero y tras abrir se hace a un lado para dejarme entrar primera. Ella viene tras de mí, curiosa por

ver mi reacción. Boquiabierta me llevo las manos a la cintura y paseo la vista por la inmensa habitación tipo loft, con alfombras y tapices por doquier y con ambientes separados en distintos niveles, cada uno iluminado de una forma única. Me vuelvo hacia Hami sonriendo.

—Esto no es una habitación, ¡es un piso completo!

Me descalzo dejando los zapatos cerca del aparador y recorro los distintos ambientes siguiendo un camino de kilim, esas alfombrillas tejidas sobrepuestas que quedan tan monas sobre el piso de parqué reluciente. Las paredes están pintadas a la cal con un color rosado muy agradable, y los muebles y la decoración han sido escogidos con criterio, todo combinado a la perfección. Es un sitio moderno y acogedor que a la vez exuda carácter y un sentido de la cultura del país.

Me inclino para examinar con mis manos un secreter que me llama la atención. Tiene un espejo ovalado con un marco de plata labrada que me recuerda mucho al que hay en casa y que pertenecía a mi abuela. Alargo una mano para acariciar el intrincado patrón de la forja y sonrío con deleite. Impaciente Hami me jala del ruedo de la camisa y me mira con sus grandes ojos negros y una sonrisa expectante. Ladeo la cabeza interesada.

—¿Qué ocurre, preciosa?

—¡Que veas lo que te ha dejado Zadir!

Sigo la dirección de su mirada y veo un paquete sobre la cama. Subo los escalones de madera que delimitan el ambiente del dormitorio y me acerco a la cama. Es una maravilla de la herrería árabe, con sus patas curvas y su cabecero con diseños calados. ¡Si hasta tiene un dosel! Toco la seda celeste, tan suave al tacto que parece deshacerse entre mis dedos.

—¡Anda, abre el regalo!

Miro a Hami con los ojos entrecerrados.

—Tú sabes lo que es, ¿verdad?

De inmediato su carita se sonroja porque al parecer he adivinado, ella lo sabe pero no me lo dirá. Me echo a reír despeinando su flequillo con una mano.

—Vale, lo abriremos juntas.

Nos sentamos en el borde de la cama, cojo el paquete y lo sopeso durante un instante. Luego me lo llevo a la nariz y aspiro su perfume.

—Mmm —digo cerrando los ojos—. Esto huele de maravilla.

Empiezo a desatar la cinta con cuidado, pero Hami resopla impaciente quitándomelo de las manos y en unos pocos movimientos arranca el papel del envoltorio.

Sonríó maliciosa al ver la caja de bombones.

—Vaya, ahora entiendo las prisas.

Hami quita la tapa y después de llevarse un bombón a la boca sonriendo satisfecha, me devuelve el regalo. Miro dentro de la caja y veo una tarjeta escrita a mano. La leo con disimulo.

“¿Adivina dónde te hincaré mis dientes la próxima vez, nena?”

Siento las mejillas arder y rápidamente guardo la tarjeta en mi bolsillo. Qué tonto, pienso con una sonrisa de deleite. Detrás de mí, Hami se pone a saltar sobre la cama.

—¡Ven a saltar conmigo!

Frunzo el ceño y niego con la cabeza.

—¡Anda, es divertido! —insiste la niña tendiéndome su manita.

Finalmente me sonrío meneando la cabeza y pensando qué narices, la niña tiene toda la razón, debería relajarme y divertirme más.

Me subo a la cama a cuatro patas mientras Hami se parte de risa. Saltamos enloquecidas sobre el colchón durante unos minutos hasta que ya no puedo más y caigo rendida con la lengua fuera y sudando a chorros.

—¡Definitivamente necesito un baño después de esta sesión de ejercicio!

Al oírme Hami se baja de un salto de la cama.

—¿Dónde vas? —digo pero la niña ríe como toda respuesta.

Permanezco tumbada en la cama, se siente tan cómoda que cierro los ojos y me parece que estoy flotando sobre una nube. Después de unos minutos empiezo a preguntarme dónde se habrá metido la niña.

—¿Hami? —llamo en voz alta.

—¡Aquí!—grita ella desde algún sitio a mis espaldas.

Me pongo en pie estirándome la camisa y la falda arrugadas. Giro para dar la vuelta a una columna y detrás del único tabique del apartamento me encuentro de golpe en el gran cuarto de baño blanco, reluciente y equipado como un spa. Casi tiemblo de alegría al ver la enorme bañera de hidromasaje en el centro. ¡Hace cuánto no me doy un baño en forma! El agua caliente ya ha empañado los espejos y después de echar unas sales de baño, Hami cierra el grifo. Sacudiéndose las manos se vuelve a mirarme con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Todo listo para el gran baño! —dice ella con entusiasmo y bromea haciendo una reverencia y poniendo la voz muy grave—. Tus deseos son órdenes.

Abro los ojos con sorpresa porque me doy cuenta que está imitando a su tío.

—¡Ah, ya veo de donde te viene la locura!—digo sonriendo y meneando la cabeza.

Hami se encoge de hombros y las dos nos echamos a reír a carcajadas.

Capítulo 6

ZADIR

Después de enviar a Hami a dormir, regreso a la mesa y me siento frente a mi madre que ha venido a cenar. Mientras destapo una nueva botella de vino me largo a hablar sin respiro acerca de Luana. Mi madre sonrío escuchándome atentamente y cuando por fin me callo y la miro interrogante, la veo juntar las manos sobre su pecho.

Preocupado me inclino sobre la mesa.

—¿Qué te ocurre?

—¡Que por fin tendré a mi segundo nieto!

Suelto la carcajada echándome hacia atrás en el respaldo de la silla y niego con la cabeza divertido por su reacción. Es verdad, ya la he hecho esperar demasiado. Ella merece un nuevo nieto. Como abuela es estupenda y se desvive por Hami, sobre todo después del accidente fatal de mi hermana, pero hace tiempo que ella viene insinuando que es hora de que empiece a darle nietos. Hasta hace poco lo consideraba una posibilidad remota, pero hoy todo ha cambiado y ahora no puedo esperar a tener mi primogénito con Luana.

Al verme darle golpecitos a mi copa con ansiedad, ella entrecierra los ojos.

—Y dime hijo, ¿has pedido la mano de esta chica?

—Estoy en ello —digo bebiendo y limpiándome los labios con una servilleta.

—¿Quieres que interceda?

—Ya está todo en marcha, madre. De todas maneras agradezco tu ofrecimiento.

—¡Quiero conocerla!

—Pronto, te lo prometo —hago una pausa para pensar y añado—. Pero no ahora, es demasiado temprano aún.

Ella levanta una ceja.

—¿Te avergüenzas de tu madre?

—No digas tonterías —digo sonriendo con sus ocurrencias—. Sabes lo orgulloso que estoy de ti. Solo que todavía tengo trabajo que hacer para que Luana me acepte incondicionalmente. Debo hacer que se acostumbre a mí.

—¿Acostumbrarse a ti? —parpadea confundida.

Río por lo bajo mientras bebo otro sorbo de vino. Mi madre entrecierra los ojos con suspicacia. Seguro que ahora le dará por pontificar y recordarme que hay protocolos que un jeque debe cumplir. Antes de que empiece me

apresuro a aclarar.

—No haré nada que ella no quiera.

Mi madre suspira negando con la cabeza.

—Te conozco, hijo, y sé lo que estás pensando. Pero no puedes ver a la novia más que en la presentación formal. ¡Y mucho menos antes de que su familia acepte tu pedido!

De repente me pongo serio.

—Luana es mía. El destino me ha puesto en el camino a la mujer con la que siempre he soñado y nadie podrá detenerme ahora, ni siquiera el rey. Si él no aceptara darme a su hija en matrimonio, tendré que tomar a la fuerza lo que es mío.

Mi madre resopla cogiendo su bolso y se pone en pie.

—¡Es imposible hablar contigo, Zadir! Eres terco como una mula.

Mi madre chasquea los dedos y de inmediato su asistente llega corriendo desde un rincón con su abrigo. Miro a mi madre con una media sonrisa y me cruzo de brazos.

—Es verdad, soy terco. Y mucho más que eso cuando se trata de luchar por la mujer que quiero. Sabes que no tengo problemas en dejarme la piel en ello.

Mi madre bufa por toda respuesta. Ríe para mis adentros porque es evidente de donde he sacado este carácter.

La despido con un abrazo cariñoso que ella me devuelve a regañadientes.

—Te ves tan mona cuando te enfadas —comento con una sonrisa y luego añado—. Disculpa que no te acompañe, pero tengo asuntos urgentes que atender. El chófer está fuera esperándote.

Ella me mira con reprobación y murmura.

—Espero que no sean los asuntos que imagino.

Me sonrío.

—Pues tienes una gran imaginación, madre.

—¡Ay Zadir! —me mira a los ojos con un gesto de preocupación—. ¡Me recuerdas cada vez más a tu padre!

Enarco una ceja y ladeo la cabeza.

—¿Y eso es malo?

Ella chasquea la lengua y da media vuelta dirigiéndose hacia la puerta de salida. Pero un segundo antes de traspasar la puerta se vuelve hacia mí con un dedo en alto.

—¡Sabes muy bien lo que pienso! No tolero que las reglas no se cumplan.

—Y tú sabes como soy —repongo encogiéndome de hombros—. No soporto

las reglas absurdas y arcaicas.

—No tienes remedio, hijo —niega con la cabeza—. Por favor cuida de esa pobre chica. ¡Y sobre todo cuida el nombre de nuestra familia!

—Descuida, madre. Nos vemos pronto.

Me quedo mirándola mientras su asistente la conduce al ascensor. En esto jamás nos pondremos de acuerdo. Las únicas reglas que respeto son las que dicta mi corazón. Y mi corazón no quiere otra cosa que ver a su princesa cuanto antes.

Regreso a mis aposentos con el corazón a cien por hora sabiendo lo que estoy a punto de hacer. Sé que no pegaré un ojo hasta no verla. Tengo que asegurarme de que echa de menos a su jeque. A pesar de haber cenado muy bien, aún tengo apetito y la boca se me hace agua cuando pienso en Luana. Necesito con urgencia mi postre, y nada más dulce que el sabor de mi princesita.

Por supuesto he arreglado que su apartamento esté en suite con el mío. Me sonrío con malicia mientras giro la llave en la cerradura tratando de no hacer ruido y al fin me escabullo dentro de la estancia. Frunzo el ceño al ver que la cama está hecha un desastre, con la almohada y los edredones por el suelo. ¿Qué leches ha pasado aquí?

No veo a mi princesita por ninguna parte y me preocupo. La puerta del cuarto de baño está entornada y alcanzo a entrever su blusa rosa y su falda negra tiradas en el suelo. ¿Estará dándose un baño? Mmm, me humedezco los labios porque al parecer he llegado en el momento perfecto. Llamo antes de entrar.

—¿Luana? ¿Nena, estás ahí?

Al no oír respuesta decido entrar pero me detengo en seco al ver que se ha quedado dormida dentro de la bañera. El pulso se me dispara y siento que la sangre baja por mi cuerpo y se concentra toda en un solo sitio dentro de mis calzoncillos. Me acerco con sigilo procurando no despertarla y me siento en el borde de la bañera, luchando interiormente contra el impulso de sacarla de allí y cogerla entre mis brazos para protegerla. Pero me contengo y la observo fascinado. Duerme como un ángel con sus ojos cerrados, sus labios entreabiertos y su pecho apenas cubierto por la espuma. El agua le llega hasta la altura del ombligo y se ve tan pequeñita y sexy que debo cerrar mis puños y apretar mis dientes. Frunzo el ceño cuando advierto que se le ha puesto la carne de gallina y sumerjo una mano comprobando que el agua no tiene suficiente temperatura. La pobrecilla debe estar muerta de frío. De inmediato

alargo la mano y abro el grifo del agua caliente.

Mientras espero a que la bañera vuelva a calentarse mis ojos vuelven una y otra vez a su delicado cuerpo desnudo. Sus senos redondos son generosos pero estoy seguro que aún así caben dentro de mis manos. Y sus pezones son tan rosados y tentadores que siento la urgencia de ponérmelos en la boca. ¡Mierda, esta mujer es perfecta! Me paso una mano por el pelo pensando que podría sentarme aquí a mirarla dormir durante el resto de mi vida y con eso sería el hombre más feliz del mundo.

Pero estoy demasiado empalmado para dejarlo solo en miradas... Por mis venas corren ríos de fuego y siento un deseo tan oscuro que empieza a nublar mi juicio.

Necesito. Tener. A. Mi. Princesa.

¡Y lo necesito ya!

Enderezo mi espalda cuando Luana se remueve apenas en el agua, frunce el ceño y gime murmurando algo entre sueños. ¿Acaso está teniendo una pesadilla? De inmediato estiro una mano y acaricio suavemente su mejilla. No soporto verla sufrir, ¡ni siquiera en sueños! Bajo mis caricias su ceño pronto vuelve a relajarse y es justo en ese momento cuando la oigo suspirar y su voz temblorosa pronuncia mi nombre.

Zadir...

Contengo la respiración sin dejar de mirarla. Está soñando conmigo, me digo con una sonrisa de satisfacción. Ser el dueño de sus sueños no está nada mal, pero no me conformo. Quiero ocupar cada uno de sus pensamientos durante el día y por la noche ser quien gobierne su cuerpo.

El agua ha tomado nuevamente temperatura y unas volutas de vapor empiezan a elevarse empañando los cristales. Tras quitarme la túnica me meto en la bañera junto a ella. Cuando nuestras pieles desnudas entran en contacto gruño sintiendo mi polla pulsar anhelante ensanchándose cada vez más. El autocontrol que debo ejercer es una verdadera tortura, pero merece la pena. Me sumerjo en las burbujas colocándome debajo de Luana y pego su espalda contra mi pecho envolviéndola en un abrazo. Quiero que despierte del Zadir de los sueños al Zadir real sintiendo mi calor en todo momento. —Despierta, princesa —susurro en su oído colocando los rizos húmedos detrás de su oreja.

Lentamente abre los ojos y se estira sobre mi cuerpo desperezándose. Al sentirme debajo suyo parpadea confundida y abre los ojos como platos al verme dando un respingo. Rápidamente cubro su boca con mi mano antes de

que se ponga a chillar, y la sujeto con fuerza contra mi cuerpo.

—No sé qué coño me has hecho, nena —digo con la nariz pegada a su pelo—, porque me resisto a estar lejos de ti. ¿Sabes el problema que supone para un jeque? Todo un país depende de mí, y yo solo estoy pendiente de ti.

Ella parece calmarse con mis palabras. Nuestras miradas permanecen unidas durante un buen rato. Joder, estar así con ella se siente tan bien...

Sin darle tiempo a reaccionar tomo sus labios con una voracidad que hace que ella gimie en mi boca y enrede sus dedos en mi cabello mojado revolviéndolo y agarrándolo con desesperación. Cuando la punta de mi lengua toca la suya siento su cuerpo estremecerse de la cabeza a los pies.

Según el beso se vuelve profundo, ella va pegándose aún más a mí.

Incansablemente la hostigo con mi lengua hábil, enseñándole como besa un jeque, marcándola con una pasión ardiente e irrefrenable.

En el momento más caliente del beso me aparto de golpe para mirarla a los ojos. El deseo que veo en ellos me transforma en un animal posesivo. Sin ceremonias la levanto del agua cogiéndola por sus caderas y la siento sobre el borde de mármol colocando sus piernas encima de mis hombros. Ella abre sus ojos con sorpresa. Pego mis labios a su oreja.

—Nena, necesito que te abras para mí. Voy a examinarte, quiero inspeccionar lo que es mío —susurro con la voz enronquecida por el deseo—. Quiero ver como has sabido resguardar ese delicioso coñito para tu jeque.

Separo sus muslos con mis manos y ella toma aire siguiendo con sus ojos la dirección de mi mirada. Su coño rosado tiembla reluciente completamente expuesto a mí. Con un pulgar separo apenas sus pequeños labios para sentir como su carne más íntima pulsa sin control bajo mi áspero toque.

Complacido por lo que veo levanto la cabeza y veo que ella apenas sostiene mi mirada con la respiración agitada. Humedezco mis labios y sonrío con malicia mientras introduzco un dedo índice en su interior sintiendo que su canal se va estirando a medida que entro más profundamente, convulsionando alrededor de mi largo dedo. Ella arquea su espalda y echa la cabeza hacia atrás con un gruñido gutural. Tiro de ella suavemente con mi dedo atrayéndola hacia mí, controlando su cuerpo que se sumerge de nuevo en el agua caliente.

—¿Te gusta, nena?

Ella gimotea y murmura incoherencias para expresar su placer. Entonces me inclino hacia delante y beso su ombligo antes de susurrar.

—Y esto no es nada comparado con lo que te haré a continuación.

Capítulo 7

LUANA

No debería hacer esto pero mi cuerpo pareciera tener voluntad propia. Jadeante enrosco mis pies detrás de su cuello y me hundo en la bañera hasta que el agua me roza la barbilla.

El jeque aferra mis ingles con sus enormes manos morenas y mira desvergonzadamente mis partes íntimas mientras me dice cosas que una dama jamás debería escuchar. Desearía poder cubrirme los oídos cuando dice esas palabrotas para referirse a mi cuerpo, pero algo en ello me resulta fascinante.

Las cosquillas en mi vientre me torturan y necesito que él me alivie como lo hacía en mi sueño, pero no sé como pedirle algo así. Afortunadamente no debo hacerlo, pues tras besar mis muslos muy lentamente, primero uno y luego el otro, su boca desciende sobre mi centro y tiemblo por dentro echando hacia atrás la cabeza cuando él comienza a succionar con fuerza. Gritando acaricio su cabeza con mis dos manos, entrelazando mis dedos en su pelo negro mojado. Es el primer beso que un hombre me da allí abajo y no es cualquier beso. Es un beso adulto lleno de pasión y el jeque lo hace con tal intensidad que me siento devorada por dentro. ¡Madre mía, se siente tan diferente a todo! ¿Será esto “hacer el amor”?

—Córrete para mí —me ordena Zadir mordisqueándome.

Abro los ojos como platos. ¿Cómo se supone que debo correrme? Nunca lo he hecho y tengo miedo siquiera de intentarlo. Ni cuando me acariciaba de adolescente por las noches, ¡ni siquiera en mis sueños lo he hecho!

Simplemente nunca me he atrevido a perder el control de esa manera.

Él levanta sus ojos de mi bajo vientre y pasa su lengua caliente por mi estómago hasta el ombligo. Cuando levanta su cabeza hacia mí en su mirada hay un fuego que me quita el aliento. Me estremezco sintiendo espasmos en todo el cuerpo, sobre todo allí abajo. Muerdo mis labios porque la tensión en mi vientre es tan fuerte que me hace daño.

—¡Córrete carajo, ahora! —exclama y sus palabras suenan como un latigazo. Su vehemencia es el último empujón que necesito para saltar al precipicio. Es como si algo dentro de mí se desbloqueara y el alivio llega de golpe como una marea que arrasa con todo mi ser. Mi mente ya no existe, no puedo pensar porque todo es pura sensación y aúllo estremeciéndome de placer envuelta entre sus musculosos brazos bajo el agua caliente. ¡Vaya, si esto es

correrse quiero hacerlo de nuevo! Gimo contra su pecho sintiéndome protegida como nunca antes.

Yacemos abrazados dentro del agua burbujeante. Nunca he hecho algo semejante con un hombre y comienzo a entender un poco más a mis hermanas. ¡Después de todo los hombres no están nada mal! Al menos el que me ha elegido a mí. Zadir se aparta levemente para mirarme a los ojos y yo le sonrío. Pero él permanece serio y de inmediato pierdo la sonrisa levantando mis cejas. ¿Qué he hecho ahora?

—Dime que eres mi princesa.

Querrás decir tu princesita, le corrijo mentalmente y me sonrío con malicia. Sus hermosos ojos color café brillan de una forma especial. Siento que podría perderme en ellos durante horas, como cuando me pierdo dentro de un buen libro.

—¿Quieres que te diga la verdad? No me gusta demasiado ser princesa... — suspiro y me encojo de hombros. Él asiente comprensivo y me acaricia el mentón con un dedo animándome a continuar—. Prefiero ser una secretaria. O una artista. O enseñar dibujo a los niños.

Él se sonrío de forma enigmática y desliza su mano por mi garganta hasta el nacimiento de mi pecho.

—No serás cualquier princesa. Serás mi princesita.

Me muerdo el labio sonrojándome y confieso.

—Me gustaría ser tu princesita.

Sus ojos se iluminan y endereza la espalda hinchando sus pectorales.

—¿Lo sientes aquí? —dice señalando con una mano su corazón. No puedo evitar que mis ojos se deslicen a través de la línea de vello negro que baja desde su amplio pecho hacia su estómago plano y musculoso, y que luego se pierde sugerente bajo la espuma. Su voz me saca del trance y levanto la mirada para mirarle a los ojos—. Luana, ¿puedes sentir en tu corazón que eres mía?

Contengo el aliento. Su pregunta es tan franca y directa que me coge desprevenida, pero me sorprende con mi respuesta.

—Sí, Zadir, lo siento aquí —digo cogiendo su mano y colocándola sobre mi pecho. —Eres mi jeque y yo soy tuya.

Sus manos se deslizan lentamente hacia abajo hasta acunar mis pechos con sus manos. Gimo cuando él los apretuja dentro de sus fuertes manos.

Chillo de placer cuando él suelta mis senos y enseguida los vuelve a coger juntándolos y se queda mirándolos con adoración. Madre mía, está jugando

con ellos como si fuera un chiquillo. Acaricio su cabello y cierro los ojos sintiendo mis senos más grandes y pesados de lo normal. Él toma uno en su mano levantándolo como si lo estuviera exhibiendo y me mira con sus ojos entornados.

—¿Ves cómo calza perfecto en mi mano?—lo amasa con brusquedad arrancándome un gemido profundo y luego añade susurrando—. Nena, estás hecha a mi medida.

Con su pulgar traza unos círculos alrededor de mi pezón que está tan duro como un guijarro y gimo cuando él lo aplasta bajo la yema. Mi sangre se inflama y arqueo la espalda jadeando mientras él continúa manoseándome de la manera más brutal, provocándome un dolor que logra aumentar mi placer aún más. Es una contradicción que mi cuerpo disfruta pero que mi mente no comprende.

Abro los ojos lo suficiente para verle sonreír al tiempo que coge mi otro pecho envolviéndolo en su mano y apretando con fuerza. Jadeo apretando su cabeza contra mí. Quiero su boca sobre mi pecho, necesito calmar el fuego que quema mis entrañas. Cuando Zadir pasa su lengua por el surco entre mis senos gimo con desesperación porque el placer es demasiado intenso. Él cubre mi boca con su mano mientras con la otra continúa torturándome sin piedad, pellizcando las aureolas de mis pezones hasta que se ponen tan duras y sensibles que las siento en carne viva. Gimo contra su mano y él toma un pezón en su boca y comienza a succionar con fiereza. Arqueo mi espalda sintiendo una presión insoportable en mi bajo vientre. Con desesperación me aferro a sus hombros y respiro con agitación porque puedo sentir que en cualquier momento explotaré de nuevo. Es una sensación tan poderosa que las lágrimas calientes empiezan a escocer mis ojos.

Justo cuando me siento a punto de estallar en mil pedazos él se detiene y me mira desde abajo entornando sus ojos.

—¿Te apetecen mis besos?

—Por favor... —suplico sin aliento—. Me apetecen y mucho. ¡Bésame más! Él aparta su boca con una sonrisa satisfecha en los labios, dejando mis pezones enrojecidos e hinchados, y vuelve a ponerse cara a cara conmigo para mirarme directamente a los ojos. Ahora su boca está a centímetros de la mía y nuestras respiraciones entrecortadas se confunden. Cierro mis ojos poniendo morritos para besarle pero él separa su boca de mí riendo. Le miro con los ojos entrecerrados.

—¡Disfrutas de torturarme! ¡Eres un sádico!

—Esto es solo el comienzo, nena —susurra divertido—. Estás aprendiendo a responder a mí y tendré que hacer esto contigo muchas veces más hasta que tu cuerpo me acepte como su dueño absoluto.

Frustrada dejo caer mis brazos a los lados. Mi cuerpo arde pidiendo más caricias y besos, pero a él parece no importarle porque se pone en pie con el agua corriendo como lluvia desde su cabello a su torso desnudo. Alargo mi mano y él tira de mí para cogerme entre sus brazos. Contengo la respiración mientras me levanta en vilo y salimos de la bañera mojándolo todo por el camino.

Zadir es tan grande que levanta mi cuerpo como si estuviera hecho de pluma. Suavemente me deja caer en la cama y retrocede unos pasos para examinarme mejor. Durante un rato permanece allí de pie con los brazos cruzados sobre su pecho. ¡Dios mío, es injusto que sea tan guapo! Parece un adonis, su cuerpo no podría ser más perfecto... De repente carraspeo sin poder ocultar mis nervios. Es que el jeque es muy grande... ¡en todos los sentidos! ¡Y no puedo evitar mirarle allí abajo! Me reprocho por observarle con tanto descaro, pero es que es imposible no notar semejante erección. Reprimo una sonrisa pensando que se ha puesto así por mí. Su excitación me llena de confianza y otro escalofrío de placer recorre mi espina al pensar que me encuentro completamente a su merced.

—¿Sabes lo que sucederá ahora? —pregunta él con su voz enronquecida por el deseo.

Trago saliva y asiento con la cabeza.

—¿Me desvirgarás?

Él levanta una ceja sorprendido por mi franqueza. Madre mía, ¿he metido la pata? Veo que Zadir se muerde el interior de la mejilla y entrecierra sus ojos. En cada uno de sus gestos puedo ver que lucha por controlarse. Me siento tan borde que me disculpo.

—¿Lo quieres de verdad? —pregunta él dejando caer lentamente un brazo hasta agarrarse con su mano el tronco del miembro.

Trago saliva y cierro los ojos con fuerza para no verle. Al oír su risa levanto apenas los párpados para espiarle y lo que veo hace que mi mandíbula caiga hasta el suelo. Está masajeando su gran polla de arriba hacia abajo, y cada vez que la suelta esta se alza chocando contra su pelvis con un chasquido obscuro que me parece de lo más excitante. Me quedo viéndole como una idiota. ¡Madre mía, su miembro pulsa como si tuviera un corazón propio! Tiemblo de anticipación al pensar que intentará meterlo dentro de mí.

—¿Tienes idea de cuánto necesito hacerte mía? —pregunta dando un paso adelante y apoyando una rodilla sobre el colchón haciendo que la cama tiemble con su peso. De inmediato cubro mi desnudez con la sábana tratando de protegerme. —No temas, nena. Tu pureza será preservada hasta la noche en que te conviertas en mi esposa y pueda tomarte por fin en el Palacio de los Suspiros, ¿estás de acuerdo? —Parpadeo confundida. ¿El Palacio de los Suspiros? Sin saber qué decir afirmo con la cabeza y entonces él arranca la sábana de un manotazo dejándome otra vez expuesta a su mirada penetrante. Sus pupilas negras brillan al añadir—. Pero eso no me impedirá marcarte ahora como mi propiedad.

Justo en ese momento suenan unos golpes. Zadir y yo nos miramos antes de volvernos hacia la puerta porque alguien está llamando al apartamento de manera insistente. Zadir gime de frustración y resoplando se baja de la cama. Todavía desnudo abre la puerta con furia.

—¿Qué cojones ocurre?

Del otro lado una voz masculina implora con urgencia.

—Disculpe su majestad, pero acaba de llegar una información urgente...

—¡Dime qué leches ocurre!

Tras una pausa incómoda el hombre carraspea antes de anunciar.

—El rey de Nueva Macedonia ha declinado el pedido de mano de la princesa. Lo siento muchísimo, alteza.

Zadir le cierra la puerta en las narices y se vuelve para mirarme. Contengo el aliento porque hay fuego en sus ojos. Pero ya no es el fuego de un amante sino el de un guerrero ante una provocación del enemigo.

Capítulo 8

ZADIR

Miro a Dumar incrédulo sintiendo que la ira me recorre.

—Tiene que haber una forma pacífica de arreglar este asunto —dice él.

—¿Quieres que me pase meses negociando con ese rey terco? —mi amigo me mira con una sonrisa sardónica y resoplo entrecerrando los ojos amenazante.

—¿Qué coño te causa tanta gracia?

Dumar levanta las palmas de sus manos a modo de disculpa.

—¡Vale, lo siento! Es que no puede ser que acabemos siempre topándonos con reyes tercos. ¿No es demasiada casualidad?

Suspiro mirándole con cara de pocos amigos. Dumar es mi mejor amigo pero está empezando a tocarme los cojones.

—Llámame terco si quieres, pero te aseguro que si no tuviera este carácter, a estas alturas el país estaría gobernado por las tribus salvajes del desierto y hace tiempo que nuestras cabezas estarían clavadas en una pica pudriéndose al sol. ¿Preferirías eso? —pregunto con ironía y veo que traga saliva reconociendo la verdad de mis palabras—. Mira Dumar, yo solo protejo lo mío y si debo defenderlo usando la fuerza no lo dudaré. Soy tenaz y persistente, si para ti eso es ser terco, vale, soy el más terco de todos los jeques.

Dumar asiente con la cabeza.

—Tienes razón, pero en esta ocasión está en juego tu felicidad personal. Debemos ser extremadamente cuidadosos. Solo te pido que dejes que tu madre interceda. No pongas esa cara, sabes que puede ser muy persuasiva. Es la única forma de evitarnos un derramamiento de sangre innecesario.

Me dejo caer en mi sillón cerrando los ojos. Puede que me haya apresurado, es que Luana ha cambiado mis prioridades de la noche a la mañana. Ya no puedo dejar que nadie ni nada me separe de mi princesa.

—Vale —concedo a regañadientes— mi madre puede ir delante e intentarlo con palabras y razones. Pero nosotros iremos detrás, armados y listos para hacernos entender con el sable.

Dumar niega con la cabeza.

—¡Serás cabezota! Mira, Zadir, sería un error estratégico desatar otra guerra. Ya tenemos a un ejército peleando en el frente oriental. Si empleamos nuestra reserva en una campaña contra Nueva Macedonia podríamos quedar

vulnerables al ataque de nuestros vecinos más hostiles.

—Eso no es problema porque no necesitaríamos más de cien hombres para esta campaña. Yo mismo estoy dispuesto a encabezar el ataque peleando en el frente codo con codo con mis guerreros. ¿Qué más pretendes de tu líder? Mi amigo gime llevándose una mano a la frente.

—¡Esto es una locura! ¡Eres demasiado importante para el reino! ¿Es que no comprendes que no puedes arriesgar tu vida de esa manera?

Me apoyo en el respaldo de mi sillón y le miro imperturbable.

—Locura sería quedarme de brazos cruzados cuando se trata de mi felicidad y de la mujer que he elegido. Mi deber es mantenerla a mi lado y protegerla a sangre y fuego. Si el rey ha decidido jugar sus cartas de esta manera, pues que se atenga a las consecuencias.

He dicho mi parte y no hay vuelta atrás. Dumar se da cuenta de ello, y al ver que no puede disuadirme deja caer sus brazos a los lados suspirando.

—Vale, organizaré una división de quinientos hombres. Pero prométeme que le darás el tiempo suficiente a tu madre para que intente convencer al rey.

Resoplo porque no me gusta involucrar a mi madre en esto, pero acabo cediendo.

—Descuida, tendrá todo el tiempo que necesite.

Visiblemente aliviado, Dumar se inclina sobre mi escritorio apoyándose en él con sus dos manos y me mira a los ojos.

—Amigo, sabes que comprendo perfectamente tu situación. Si encontrase a una mujer que me llenase de la forma en que a ti te llena Luana, sabes que sería capaz de desatar mil guerras por ella. Pero aquí no te estoy hablando como tu amigo sino como el general de nuestro ejército, y es mi deber velar por la salud de mi jeque y por el bienestar del reino.

Suspiro poniéndome en pie.

—Lo sé. Y porque confío en ti a ciegas necesito que seas tú quien organice esta campaña, quizás la más importante de toda mi vida.

Dumar asiente y sin decir otra palabra sale de mi despacho cerrando la puerta tras de sí.

Volviéndome hacia la ventana apoyo mis manos sobre los cristales tibios y durante varios minutos contemplo el horizonte con el ceño fruncido. Si el rey quería provocar mi ira, lo ha conseguido con creces. ¡No tiene ni puñetera idea de con quién se ha metido!

Cierro los ojos por un momento y cuando vuelvo a abrirlos casi me parece ver la figura de la princesa acorralada por mi cuerpo y sonrío sin poder

evitarlo. Mi imaginación regresa una y otra vez a mi primer encuentro con Luana. Puedo sentir su sabor en mi boca, sus caricias en mi piel. Me empalmo solo de pensar en la forma en que dominé su cuerpo para darle placer. El brillo en sus ojos al ver mi verga dura clamando por su cuerpo. Saber que es pura y está intacta para mí, que soy el primer y único hombre en quien esos ojos inocentes se han posado, revoluciona mi sangre. Cada uno de mis pensamientos pertenece a mi princesita.

Niego con la cabeza incrédulo. ¿Cómo coño ha sucedido esto? Ya no importa, me digo suspirando. Lo único que cuenta ahora es tenerla a mi lado. Nuestra unión es sagrada y no dejaré que nadie se interponga entre nosotros. Si no puedo tenerla por los medios diplomáticos, estoy dispuesto a arrasar con todo lo que se me ponga delante.

Esto me obliga a acelerar el proceso. Sé que Luana me necesita, que su cuerpo ha quedado tan tenso como el mío porque no ha recibido mis atenciones. No quiero que sufra, por eso no pienso dejar pasar otra hora sin volver a marcar su piel a fuego.

Además que no me gusta dejar a medias lo que he empezado, me sonrío con malicia y salgo a toda prisa de mi despacho.

Después de recorrer el ala real sin encontrarla salgo al balcón de una de las torretas y cojo los binoculares para divisar el gran parque. Paseo la vista por la fuente de los deseos, pues he notado que le gusta sentarse en aquel sitio a contemplar la cascada y los pájaros que retozan al resguardo del sol, pero allí no la encuentro y dejo escapar un largo suspiro de frustración. Busco en todo el parque hasta que mi vista se posa en el laberinto de setos. Allí está, me digo con una sonrisa y sigo cada uno de sus pasos mientras recorre el gran laberinto hecho de arbustos podados en forma de esferas y medias lunas que he diseñado para que Hami juegue en él. Mi Luana lleva un vestido blanco de verano y se ha soltado el cabello. Distraída va acariciando los setos con la punta de sus dedos y su mirada tiene ese aire de ensoñación, como si estuviera pensando profundamente en algo. O en alguien... me digo dándome cuenta que me he empalmado con la sola idea de que mi princesita esté pensando en mí.

Bajo las escaleras corriendo a toda velocidad y salgo a los jardines. Temiendo perderla de vista, recorro el laberinto casi tan deprisa como los latidos de mi corazón que va a mil. Me detengo en seco al dar la vuelta a un recodo. Allí está mi princesita. Procurando no hacer ruido aparezco por detrás y la cojo por la cintura llevándola hacia donde nadie pueda vernos. Durante unos

segundos nos miramos en silencio con la respiración agitada.

—¿Me echabas de menos, verdad? —susurro trazando el contorno de su boca con un dedo—. Sabes que tenemos un asunto pendiente...

Ella asiente con la cabeza y deja que mi dedo entre en su boca succionándolo suavemente con sus labios. Tomo aire antes de llevarme una mano dentro de mi túnica liberando mi polla que está demasiado hinchada. Echo un vistazo rápido a mi alrededor, más allá de los setos hay jardineros trabajando, algunos de ellos cerca de nosotros, lo suficiente para oírnos. Miro a Luana a los ojos.

—Sin ruidos, nena, ¿vale?

Ella asiente y deslizo mis manos por debajo de la falda de su vestido y gruño cuando mis dedos encuentran el encaje de sus braguitas. Al meter mi mano dentro ella pega un bote aferrándose a mis hombros mientras la acaricio con suavidad. ¡Oh cielos, amo cada uno de sus pliegues! Humedezco mis labios anticipando el placer que le daré y pienso que definitivamente necesito marcarla antes de partir.

De un tirón le quito sus braguitas empapadas haciéndolas resbalar por los muslos hasta sus rodillas, mientras ella jadea echando la cabeza hacia atrás.

—Sé que me necesitas. Odio hacerlo pero tendré que estar lejos de ti durante un tiempo —al decir esto ella vuelve a levantar su cabeza para mirarme con preocupación.

—¡Entonces los rumores son ciertos! Mi padre no quiere que me case contigo.

—Haré lo que sea para que te conviertas en mi esposa. Tú no te preocupes por ello. Ahora quiero que me des lo que te pido —ordeno apretando el interior de sus muslos con mis manos.

Ella asiente con la cabeza y flexionando sus rodillas abre sus piernas aún más para darme acceso a sus partes más íntimas. Con mis largos dedos separo sus labios hinchados y sonrío al ver su pequeño coño reluciente con su dulce néctar. Paso mi dedo índice por sus pliegues antes de llevármelo a la boca y saborear su preciosa intimidad. Gimo de placer porque su sabor enloquece mis sentidos y entonces inclino mi cabeza hasta pegar mi frente con la suya. Mi corazón galopa como un caballo desbocado al mirarla a los ojos. Ella está por decir algo al sentir mi respiración sobre su boca, pero con un gesto le indico que permanezca en silencio. A continuación libero mi polla y abro mi túnica para que mi princesita pueda verla. La observo fijamente mientras ella traga saliva y me mira con timidez. Al volver a mirarnos a los ojos puedo ver

que me desea. Empiezo a restregar mi masculinidad con descaro por su pelvis primero, y luego con una mano la guío directamente a su entrepierna presionando mi glande hinchado sobre su clítoris. Observo su reacción. Sus ojos se han cerrado y sus mejillas se tiñen de un rosa profundo.

Su cuerpo también ha comenzado a reaccionar. Frotándose contra mí, sus caderas se mueven buscando aumentar nuestro contacto. La dejo hacer hasta que la fricción es demasiado para mí. Empuño mi polla con firmeza y veo que en su punta ya han aparecido unas gotitas blancas de semen. Suspiro porque esta mujer me pone demasiado...

—Voy a marcarte, nena —resuello sin dejar de observarla—. Te daré placer y me aseguraré de dejar parte de mí dentro de ti para que no sufras tanto mi ausencia.

Sus gemidos se vuelven tan fuertes que debo taponarle la boca con una mano. Acometo contra ella con mis caderas como si estuviéramos follando, una y otra vez repito el mismo movimiento sintiendo como su coño empapa mis genitales.

—Oh nena, estás tan mojada...

Luana responde mordiendo la palma de mi mano y hago una mueca de dolor.

—Chica mala, tendré que castigarte —susurro a su oído sonriendo porque puedo oír sus gemidos ahogados—. No sé que haré sin ti, mi princesita. Pero debo asegurarme de que nadie se interponga entre nosotros.

La giro bruscamente haciendo que su trasero choque contra mi polla. Ella gime y me suplica. Mi mano es tan grande que casi le cubre toda la cara. Con cuidado, me recuerdo. Ella es muy frágil y pequeña.

Mi mano libre acaricia sus nalgas blancas y redondeadas. Le indico que separe sus piernas. Ella se inclina hacia delante sosteniéndose con sus manos sobre las ramas de los arbustos que tiene delante. El sol pega fuerte en mi espalda mientras guío mi verga nuevamente hacia su entrepierna. Durante unos instantes presiono sobre su entrada hasta que mi glande desaparece en su interior. Gruño de placer al ver el contraste entre el color morado de mi piel excitada con el rosado de su coño perfecto. Permanezco dentro suyo lo suficiente para que le coja el gusto. Y al parecer lo hace pronto porque escucho que empieza a suplicar contra la palma de mi mano pidiendo más.

—¿Me necesitas dentro, querida?

Luana afirma varias veces con la cabeza y yo me inclino pegándome a su espalda para besar su hombro izquierdo y luego subo mordisqueando la piel sensible de su cuello, sintiendo los espasmos deliciosos de su centro

masajeando la punta de mi masculinidad.

—Aún no es tiempo, nena. Hay cosas que deben hacerse únicamente dentro del matrimonio. Tu pureza es demasiado valiosa para mí, ¿lo entiendes? — Hago una pausa respirando sobre su oído, cierro mis ojos para aspirar la fragancia de su cabello que aún huele a champú y mi polla se contrae con un delicioso espasmo—. Pero aún así nada impedirá que te marque justo aquí... Y al decir esto empujo con mi polla contra su carne húmeda que se abre para mí, permitiéndome deslizarme dentro en una caricia larga y palpitante. Solo al tocar su hímen me detengo aspirando el aire por la nariz tratando de no perder el control. Suavemente me retiro para volver a embestirla nuevamente desde atrás disfrutando de la fricción de nuestros cuerpos, aplastando su trasero con cada una de mis acometidas. Estoy tocándola muy íntimamente, allí donde nadie la ha tocado jamás. Ese simple pensamiento casi hace que me corra. Cuando no puedo contener más el ardor, me aparto de golpe haciéndola girar otra vez para tenerla cara a cara. La cojo por su melena de rizos rojos tirando de ella levemente hacia abajo para que pueda ver con sus propios ojos lo que estoy a punto de hacer.

—Shuss —le advierto con un siseo antes de quitar mi mano de su boca. Quiero oírla gemir mi nombre con desesperación al sentir que la estoy marcando para siempre. Ella abre sus ojos como platos cuando me corro sobre su coño, aliviándome sobre su carne húmeda y tensa que se contrae con fuerza al recibir mi semilla. Con dos de mis dedos estiro sus pliegues para que puedan recibir todo mi néctar. ¡Maldición, estoy vaciándome por entero sobre ella! Hacía tanto tiempo que no me aliviaba así que mi carga continúa derramándose, salpicando su vientre y dejando un charco en su precioso ombligo.

Los dos jadeamos con nuestras respiraciones entrecortadas y el sudor cubre nuestras frentes. Tras guardar mi verga y ajustarme la túnica acaricio su mejilla fascinado por la belleza de esta mujer única. Es la mujer que he elegido para mí. Y es perfecta.

Al levantar la cabeza sorprende a uno de los jardineros espiándonos. Es un joven de unos veinte años y al parecer ha dejado de cortar los arbustos para figonear. Al ver la severidad de mi mirada aparta la vista, arroja las tijeras al suelo y dando media vuelta echa a correr a toda prisa.

—¿Nos ha visto? —jadea Luana ruborizándose hasta la raíz del pelo.

—¿Qué importancia tiene?

Ella se abraza a mí hundiendo su nariz en mi pecho.

—Es que me muero de vergüenza.

—Y yo me muero de amor por ti.

Luana sonríe radiante y me besa en los labios. Al separarnos me mira parpadeando rápidamente.

—No quiero que te enfrentes a mi padre. No quiero que los dos hombres que más quiero en el mundo se hagan daño. Prom tame que no os pasará nada malo.

La atraigo hacia mí calm ndola entre mis brazos. Acaricio con mi nariz sus rizos sedosos. El corazón se me encoge al verla tan apenada, pero no puedo prometerle algo que s  que no puedo cumplir.

Han desafiado mi poder y necesito dejar las cosas claras. Luana es mía, le pese a quien le pese.

Y si el rey se ha atrevido a desafiarme, pues que se atenga a las consecuencias.

Capítulo 9

LUANA

—¿Pero qué narices ha ocurrido? —pregunta la princesa Nadia bajándose de su caballo—. ¡Parece que hubieras visto un fantasma!

Niego con la cabeza intentando contener mis lágrimas.

—Tienes que ayudarme —digo echando un vistazo hacia atrás asegurándome de que nos encontramos a resguardo y que ningún guardia puede vernos—.

Es Zadir... ¡Iré a enfrentar a mi padre!

La princesa Nadia abre los ojos como platos.

—¡Entonces es verdad lo que he oído! ¡Tú eres la prometida de mi primo! —me mira de arriba abajo y luego murmura entre dientes—. No me lo puedo creer.

Avergonzada bajo la mirada.

—Lo siento —digo.

Temía que esto sucediera si acudía en su ayuda, que la princesa se lo tomara a mal. Pero es que no sé a quién más acudir. Ni Zadir ni Dumar están dispuestos a contarme los detalles de la campaña que están preparando contra mi padre. Y si no hago algo pronto corro el riesgo de perder a las dos personas que más quiero en el mundo.

Nadia me mira ladeando la cabeza y se acerca cogiéndome de las manos. La miro sorprendida y ella sonrío negando con la cabeza.

—Es que no me lo creo. ¿Tú y mi primo? ¿De veras?

Doy un paso hacia atrás soltándome de sus manos a la defensiva.

—¿Qué tiene eso de malo?

Nadia se apresura a añadir.

—No me malinterpretes, yo no he dicho que tenga nada de malo. Solo que jamás se me hubiera pasado por la cabeza.

Suspiro asintiendo, pues debo admitir que tampoco a mí se me habría pasado por la cabeza tener algo con semejante calibre de hombre. Ni siquiera de pequeña, cuando soñaba con príncipes encantados que venían a rescatarme, me atrevía a imaginar un romance tan apasionado. Desde el primer momento en que Zadir se fijó en mí no ha dejado de hacerme sentir especial. Ha logrado hacer que me sienta una mujer deseada y única. ¡Y eso es algo que jamás había sentido antes! En mi familia, entre mis hermanas tan perfectas, siempre he sido el bicho raro que debía amoldarse a las reglas de los demás. En cambio con él soy libre para ser yo misma.

Dejo caer mis brazos y miro a Nadia a los ojos.

—Estoy desolada. Temo perder a Zadir ahora que estoy empezando a conocerle y a acostumbrarme a su forma de ser tan particular.

Nadia se cruza de brazos y hace una mueca.

—Pues deberías estar feliz. Mi primo no es un hombre, ¡es un sueño hecho realidad para cualquier mujer! Pero también es un guerrero con ansias de dominarlo todo por la fuerza y lamentablemente ninguna mujer será prioridad en su vida.

Enarco una ceja y la miro con curiosidad.

—¿Tú estás enamorada de él? —pregunto sonrojándome y arrepintiéndome al instante de meter las narices donde nadie me llama. ¿Por qué no aprenderé a mantener la boca cerrada? Abochornada carraspeo. —Lo siento, no tienes por qué decírmelo. Estoy empezando a actuar como una tonta.

Me doy la vuelta y estoy a punto de marcharme cuando oigo su risa cristalina a mis espaldas y siento su mano que me coge del brazo para detenerme.

—¡No eres ninguna tonta, Luana! Oye, es normal que desees saber una cosa así, no me ofendes en absoluto—me dice con una sonrisa y luego se muerde el labio inferior riendo para sí como si estuviera recordando algo indecente—. Sí que he estado enamorada de él, pero no tienes de qué preocuparte porque eso es agua pasada. Y todo gracias a ti, que te has arriesgado para que pudiera entrar a verle en su despacho, pues fue allí donde me di cuenta que ya no le quería. ¿Sabes cómo?

Nadia me mira por un momento midiendo mi reacción y luego añade bajando la voz.

—Cuando él intentó besarme sentí de repente que Zadir no es el hombre que me conviene. Su vida es demasiado complicada y si me quedase a su lado estoy segura que envejecería prematuramente. Por eso le rechacé sintiendo que finalmente hacía lo correcto. ¡Pero no sabes lo feliz que me hace que él haya encontrado a una chica como tú!

Nadia me abraza dándome la enhorabuena y yo parpadeo confundida. ¿Zadir intentó besarla hace apenas tres días? Cuando Nadia vuelve a mirarme fuerzo una sonrisa para no mostrar que sus palabras me han herido.

Justo en ese momento aparece Hami que baja de un salto de una palmera cercana tomándonos por sorpresa.

—¡Niña, quieres matarnos del susto! —exclama Nadia y enseguida miro por encima de mi hombro temiendo que la guardia pueda oírnos. Me llevo un dedo a los labios y Nadia asiente con la cabeza bajando su voz hasta un

susurro tendiendo sus brazos hacia Hami—. Venga, ¿no hay un besazo para la tía que te ha echado tanto de menos?

Hami salta a sus brazos y le planta un beso sonoro en la mejilla. Después viene hacia mí y hace lo mismo conmigo.

—Tú sí que sabes engatusarnos —digo con una sonrisa mientras acaricio su cabecita despeinándole el flequillo antes de añadir seriamente—. Pero debes regresar al palacio. Sabes que no puedes estar aquí fuera.

Hami me mira frunciendo el ceño.

—¿Estabais cuchicheando acerca de mi tío?

Nadia se agacha hasta ponerse a su altura y se lleva un dedo a los labios.

—¡Shusss, que estamos jugando al escondite con los guardias!

Súbitamente interesada, Hami abre los ojos como platos.

—¿Me dejáis jugar a mí también? ¡Porfi! ¡Os prometo que no os fastidiaré!

Nadia me mira cómplice y yo asiento con la cabeza.

—Vale, pero quédate muy quietecita, no vaya ser que nos descubran. ¡Anda, choca esos cinco! — dice Nadia mostrando las palmas de sus manos que la niña choca riendo.

Luego Nadia se pone en pie y yo la miro con ojos suplicantes.

—¿Lo harás entonces?

Sé que ella puede hablar con su padre para tratar de detener esta locura, pues él es el único monarca de la región con la autoridad suficiente para disuadir a Zadir.

La princesa suspira.

—Vale, hablaré con mi padre esta noche. Pero no te hagas ilusiones. Zadir es de esos tíos tercos que siempre acaban saliéndose con la suya.

Al oír esto Hami frunce el ceño y se aparta de nosotras bruscamente señalándonos a ambas con un dedo.

—¡No os metáis con mi tío! Si seguís hablando mal de él iré a acusarlas con Dumar y en nada de tiempo los guardias os encontrarán!

Nadia me mira con asombro.

—¡Menudo carácter se ha echado la pequeña! No hay duda que lleva sangre real en sus venas—. Luego mira a Hami que se ha cruzado de brazos con una pose desafiante que me hace mucha gracia. —¡Ay niña! Eres la digna sobrina de tu tío, eso está más que claro.

A lo lejos creo escuchar ruidos extraños y levanto una mano indicándoles que algo sucede. Las tres levantamos la vista al cielo porque el ruido se ha intensificado sobre nuestras cabezas. Entre el frondoso palmar podemos

divisar un helicóptero que cruza el cielo en dirección al palacio. Nadia exclama entusiasmada.

—¡Mirad, lleva el blasón del reino!

Lo seguimos con la mirada hasta que desaparece tras los muros del palacio.

Hami se vuelve hacia nosotras y grita de repente.

—¡Es la abuela que ha venido a visitarme con un obsequio!

—¡Hami, regresa aquí! —grito.

Pero ha echado a correr a toda prisa hacia el portal. Los guardias la miran pasar sorprendidos dándose cuenta que una vez más la niña les ha burlado saliendo del palacio sin su permiso.

Miro a Nadia sin saber qué hacer. No quiero dejarla sola aquí, pero si viene con nosotras podría meterse en problemas. Ella me coge del brazo.

—No temas, no me pasará nada. Venga, vamos, esto puede ser importante —dice enganchando su brazo al mío y echamos a correr hacia las puertas del palacio.

Al llegar al helipuerto vemos que se levanta una nube de polvo. Intento ver algo pero todo lo que hago es tragar tierra y empiezo a toser. Luego de unos minutos la nube de polvo ha desaparecido y vemos que se abre la puerta del helicóptero. La primera en salir es una señora muy bien vestida que sostiene su sombrero de ala ancha con una mano para que el viento no se lo lleve.

Siento que Nadia me da un codazo.

—Mala suerte, chica —me dice guiñando el ojo—. Esa es tu suegra.

Tras ella salen otras dos personas más y es entonces cuando me quedo de piedra. El estómago se me hace un nudo al reconocer a mis padres.

—Joder —murmuro, y a mi lado Nadia se echa a reír.

—Por la cara que has puesto apuesto a que son tus padres. ¡Yo reacciono igual cuando veo a los míos!

Tomo aire antes de ir a su encuentro. Al verme mi madre se pone a chillar de alegría mientras que mi padre me mira preocupado. Yo los abrazo a los dos mordiéndome el labio para no llorar.

—¡Os he echado tanto de menos!

Mi madre me acaricia la cabeza emocionada.

—Mi niña...

Pero mi padre dice con severidad.

—Jovencita, tú y yo tenemos mucho de qué hablar.

Trago saliva y me preparo para un largo sermón. Mis pensamientos vuelan de inmediato hacia Zadir, pues no me atrevo a imaginar cómo será el encuentro

entre ellos. ¡Seguro que chocan! ¿Se desatará la guerra puertas adentro?
Me persigno interiormente y echo a andar junto a mis padres hacia las puertas
del palacio.

Capítulo 10

ZADIR

Le debo una a mi madre.

Aunque me moleste reconocerlo, ella ha sabido como llevar esta situación mejor que yo. Definitivamente la diplomacia es mi punto débil. Es que cuando algo se me mete en la cabeza soy capaz de barrer con lo que se me ponga delante con tal de obtenerlo. Está en mi naturaleza, no puedo cambiarlo. Soy demasiado posesivo y mi temperamento no me permite negociar cuando se trata de lo que mi corazón quiere.

Y mi corazón me dice que Luana es mía.

Por eso cuando el rey se negó a entregarme a su hija en matrimonio perdí los papeles.

Afortunadamente ahora que está dispuesto a escucharme mi beligerancia se ha disipado. Esta mañana nos sentamos a discutir mis intenciones. Desde el primer minuto le he dejado claro que quiero una vida junto a su hija. Le hablé de los beneficios para su reino porque me gusta compartir mi riqueza con mi familia. Él me escuchó con atención, pero en sus ojos podía ver el resquemor hacia mí y hacia lo que represento, sus vacilaciones acerca de entregar a su hija al líder de un país que, según su punto de vista, tiene costumbres salvajes y retrógradas. En fin, su rechazo a mi cultura y a mi historia.

Pero yo ya he elegido y su hija me ha aceptado, y eso es todo lo que cuenta. Está claro que al rey no le parece lo mismo porque en más de una ocasión ha salido pitando de la sala de reuniones todo enfadado, y su esposa ha debido interceder para hacerle regresar a la reunión.

Mientras tanto yo caminaba de un lado a otro impaciente, mirando el reloj y pensando que perdía un tiempo precioso que podría emplear junto a mi princesita. Cuando el rey volvía y retomábamos las discusiones, oía sus quejas y condiciones pero me entraban por un oído y me salían por el otro. Lo cierto es que todas estas puñeteras negociaciones me ponen de los nervios. Ganarme la confianza de Luana ha sido algo placentero, una actividad a la que podría dedicarme durante todo el día sin cansarme jamás. Pero tratar de convencer a un rey occidental de que no soy un ogro es una puta tortura. Justo un minuto antes de perder la paciencia y cuando estaba a punto de mandarlo a tomar por culo, llegamos a un acuerdo. Y respiré aliviado cuando los abogados empezaron a preparar los contratos. Claro está, el rey no ha salido del todo conforme de la reunión porque no ha conseguido frenar la

boda, que era su propósito. Tanto es así que cuando tocó firmar los documentos que sellan la alianza entre ambos países, su esposa debió ayudarme porque su pulso temblaba de ira y echaba chispas por los ojos al mirarme.

Cuando el abogado preguntó acerca de la fecha de la boda, no dudé y dije que prefería que se celebrara lo más pronto posible. Al oír mis palabras, el rey y la reina se miraron. Suspirando con resignación aceptaron poner fecha para una semana más tarde. Esto daría tiempo a que llegaran las hermanas de Luana y a que mi gente pudiera organizar la boda más fastuosa que jamás se haya celebrado en Nueva Abisinia.

Y por eso hasta hoy la semana ha sido de las más agitadas que he tenido en mi vida. Desafortunadamente la puñetera tradición me prohíbe tener tratos con mi prometida hasta que sus padres me la presenten ante el altar. Y para más inri se la han llevado al ala de huéspedes para dificultarme el acceso a ella. Están todo el día a su lado, no la dejan ni a sol ni a sombra. Sobre todo sus hermanas, que me miran con cara de pocos amigos en cuanto trato de acercarme. Vale, las tradiciones son importantes, de acuerdo, ¡pero joder, no pensé que se lo tomarían tan a pecho!

El corazón se me encoge cada vez que cruzo miradas con Luana, pues puedo notar en sus ojos la necesidad creciente por mí. Se ve que necesita el alivio que solo mi cuerpo puede darle con la misma urgencia que lo necesito yo.

—Pronto, mi princesita... Muy pronto... —digo furtivamente en su oído cada vez que nos vemos a escondidas en alguna cena familiar.

La vez que más cerca estuvimos el uno del otro fue cuando se realizó el anuncio formal de nuestro casamiento en la gran terraza del palacio. Las puertas del palacio se abrieron al público para la ocasión y los jardines iluminados con candiles de colores pronto se llenaron con miles de personas. Uno por uno salimos al balcón para saludar a la multitud. Cuando fue el turno de Luana, advertí su nerviosismo y logré escabullirme a su lado sin que nadie de su familia lo advirtiera y cogí su mano entre las mías. Ella levantó su cabeza hacia mí sorprendida y con sus ojos llenos de lágrimas alcanzó a dibujar con sus labios la palabra “gracias” antes de que el rey pusiera el grito en el cielo al vernos juntos.

Ahora doy vueltas en mi cama incapaz de conciliar el sueño porque mañana es el gran día. Imagino a mi Luana suplicando por mis caricias y mis besos. Cada vez que cierro los ojos puedo ver el fuego de sus ojos, su cuerpo ardiente enredado con el mío. Alá dame fuerzas. Falta tan poco para nuestra

noche de bodas y ella no tiene idea de lo que le espera...

Totalmente espabilado me siento de golpe en la cama y bufando arrojé el edredón al suelo antes de encender la lámpara de la mesita. ¡A la mierda el protocolo! Están equivocados si piensan que unas estúpidas reglas van a detenerme. Resuelto me cubro apenas con una túnica ligera y salgo al pasillo sin hacer ruido, prometiéndome que no será más que un momento. Solo quiero tenerla en mis brazos y asegurarle que todo va a estar bien.

A estas horas de la noche no hay nadie deambulando por el ala real. Los pocos guardias que notan mi presencia hacen de cuenta que no han visto nada. Recorro los pasillos descalzo sintiendo el mármol frío en mis pies. Tomo aire al adentrarme en el ala de huéspedes. Todas las puertas están cerradas y contengo mi respiración temiendo hacer el menor ruido. Cuando consigo llegar hasta su puerta sin ser visto respiro aliviado. En el aire flota aún el dulce aroma de su perfume y sonrío complacido. Luego pruebo a abrir la puerta y al comprobar que no han echado el cerrojo humedezco mis labios anticipando el sabor de su piel.

Entro a hurtadillas y en la penumbra puedo oír su respiración. ¿Dormirá? Enseguida obtengo mi respuesta cuando al rozar su cabello con la punta de mis dedos ella abre los ojos y al verme salta de la cama colgándose de mi cuello y besándome por toda la cara susurrando cuanto me ha echado de menos. ¡Lo sabía! Algo en mi interior me decía que mi princesa estaba tan desvelada como yo y me esperaba con ansiedad.

—No temas, nena. Ya estoy aquí.

Su sonrisa brilla en la oscuridad.

—Zadir, mi amor, en apenas unas horas seré tu esposa. ¡Me hace tanta ilusión!

Sus palabras tocan una fibra profunda de mi ser. Mi apetito por ella es más fuerte que nunca, pero aún más fuerte es mi necesidad de protegerla y cuidarla. A su lado me siento feliz. Deseo estar junto a ella sin más, aunque aún no sea el momento de hacerla mía, simplemente disfrutando de su compañía. ¡Eso jamás me había ocurrido antes con una mujer!

Hundo mi nariz en su cuello, aspirando su perfume, mientras deslizo mis manos por su cintura y sus caderas admirando la forma en que el camisón de algodón se ciñe a su cuerpo. La imagino llevando en su vientre a mi hijo y ese pensamiento basta para que mi cuerpo se estremezca de necesidad.

—Eres perfecta —digo metiéndome en su cama bajo las sábanas tibias y cubro nuestros cuerpos con el edredón. Ella se arrebujá gimiendo contra mi

pecho y su melena de rizos rojos queda esparcida sobre la almohada. La miro con mis ojos entornados llenos de deseo y ella me mira anhelante.

—Zadir, creo que no deberíamos...

Trago saliva haciendo un esfuerzo sobrehumano por controlar mi pasión.

—No deberíamos, pero te mueres por hacerlo. ¿Es eso, mi amor?

Tímidamente sonrío afirmando con la cabeza y yo beso su cuello gruñendo como un cavernícola en su oído.

—Duerme, nena. Sabes que tú eres todo para mí, pero quiero que mañana sea el mejor día de nuestras vidas, y para eso necesitas descansar.

Ella coge mi brazo con ambas manos y juguetonamente se lo pasa alrededor de su cuerpo para sentir mi abrazo, y yo sonrío pegándola aún más a mi cuerpo.

—Ahora que estás conmigo me siento en paz—susurra ella—. Por favor, duerme conmigo hasta mañana.

—Te prometo que no me moveré de aquí. ¿Vale?

Ella sonrío en su almohada y cierra los ojos.

—Vale.

Deslizo mi mano hasta su vientre y la dejo allí pensando en nuestros futuros hijos.

—Nunca más estarás sola —digo con un nudo de emoción en la garganta.

Poco a poco su respiración se vuelve más lenta y profunda. Pronto la veo dormir y sonrío satisfecho. También yo cierro los ojos y me dejo ir tras ella hacia el mundo de los sueños, donde juntos esperaremos la mañana.

Capítulo 11

LUANA

Por la mañana abro los ojos estirando mis brazos con cuidado para no despertarle. Me vuelvo en la cama con una sonrisa esperando verle, pero hago una mueca al descubrir que se ha ido.

Confundida me siento en la cama mirando el espacio vacío donde él estuvo anoche y paso mi mano por él comprobando que aún está tibio. Bostezando pongo mis pies en la alfombra y camino hasta el espejo de cuerpo entero. Sonríó al ver mi imagen con el pelo revuelto y las mejillas sonrosadas. Pocas veces antes he descansado tan profundamente. Ha sido un sueño reparador, justo lo que necesitaba para estar espléndida en el día más importante de mi vida. Por primera vez en mucho tiempo me gusta la imagen que el espejo me devuelve y sonrío de oreja a oreja. Me siento hermosa y querida, una combinación de sentimientos que nunca había experimentado antes. ¡Y se siente fenomenal!

A las siete en punto una criada llama a la puerta trayendo el desayuno y me lo sirve en la cama mientras disfruto de los pocos minutos de paz de que dispongo antes de que mi día se transforme en un verdadero caos.

Al bajar a la planta baja todo el mundo va de un lado a otro con los nervios de punta. No bien se percatan de mi presencia los organizadores me rodean con preguntas de todo tipo. Durante unos instantes me veo abrumada por la situación, pero pronto me calmo y empiezo a tomar decisiones y dar órdenes a la mujer alta y sofisticada que dirige al ejército de hombres y mujeres que trabajan en los distintos salones y en la cocina para que todo esté en perfectas condiciones a la hora de la ceremonia.

—¡Ven a ver esto! —exclama Hami sorprendiéndome mientras tira de mi manga. Levanto una ceja interrogante y ella me arrastra hacia los jardines.

—¿Qué ocurre, preciosa? —pregunto mientras doy una carrerita detrás de la niña que corre sin parar, pero Hami se limita a sonreír sin decir ni media palabra.

Caminamos durante un rato rodeando el lago y al otro lado, en un sector del parque que no había visitado antes, llegamos a un palmar y detrás de él entreveo un edificio de estilo árabe que me quita el aliento. Es un palacete en miniatura que con sus columnas y sus arcos rosados se asemeja a una bandada de flamencos.

—Vaya, ¿de dónde ha salido esto? —pregunto boquiabierta admirando las

cúpulas doradas. Aquello no puede estar hecho de oro. ¿O sí? Conociendo a Zadir todo puede ser posible.

Hami se encoge de hombros.

—No lo sé, pero han estado trabajando sin descanso para acondicionarlo para ti. Es estupendo, ¿a que sí?

—Maravilloso —concuerto—. Echémosle un vistazo.

Empujo la primera puerta y lentamente atravieso una especie de recibidor en cuyo extremo hay una segunda puerta. La abro con cuidado y veo una cama redonda inmensa con sábanas de seda negras. Junto a ella hay un gran jacuzzi iluminado y una hilera de velas rojas rodeando su borde. Mi corazón da un vuelco al descubrir que el techo está cubierto por un espejo de cuerpo entero, y de golpe caigo en la cuenta del verdadero propósito del palacete. Me tapo la boca con una mano. ¡Jolines, este debe ser el misterioso Palacio de los Suspiros que mencionó Zadir! Madre mía, es tan lujoso y sensual... ¿De veras pasaremos aquí nuestra noche de bodas?

La voz de Hami me sobresalta.

—Oye Luana, yo también quiero ver, ¿qué hay aquí dentro?

Me vuelvo bruscamente antes de que la niña pueda entrar y cojo su manita arrastrándola hacia fuera.

—Esto... nada interesante... una habitación en refacción... Está todo sucio, será mejor que nos marchemos o acabaremos las dos con las ropas manchadas de yeso.

Logro arrastrarla hacia fuera. Hami levanta su barbilla y me mira desafiante.

—¿Por qué no puedo ver? ¿Acaso es secreto?

Afirmo con la cabeza sin saber qué decirle.

—Es un secreto entre tu tío y yo.

La niña se encoge de hombros, da media vuelta y empieza caminar ofendida.

—Pues por lo que me importa...

Corro hacia ella para alcanzarla y le cojo la manito sonriéndole.

—¡No seas tonta, no es nada! Aquí viviré con Zadir por unos días después de la boda, solo es eso —me agacho hasta quedar a la altura de los ojos de la niña y añado—. ¿Me echarás de menos?

Su ceño fruncido se suaviza y al hacerle unas cosquillas debajo de los brazos echa a reír y me abraza.

—¡Claro que te echaré de menos! — Se aparta para mirarme con sus grandes ojos negros—. ¿Podré visitaros mientras tanto?

—¡Por supuesto! Serás nuestra huésped de honor. ¿Trato hecho?

Alargo mi mano y Hami me la estrecha sonriente.

—¡Hecho!

De camino al palacio ella se detiene de golpe y me mira con un brillo pícaro en los ojos.

—Si me prometes que guardarás el secreto, puedo enseñarte el atajo por el que puedo salirme del palacio sin que los guardias me vean.

Intrigada la observo durante unos segundos con los ojos entrecerrados.

—Prometido —digo llevándome una mano al corazón y ella sonríe dando un saltito de alegría antes de arrastrarme en dirección a la muralla.

Al llegar a un sitio bastante alejado y oculto entre arbustos, Hami se detiene y tras asegurarse que nadie nos ve, tira de una cadena escondida en la tierra y de repente se abre una cubierta de madera llena de polvo dando acceso a un pasadizo en el suelo. Lo examino poniendo mis brazos en jarras. Al parecer es lo suficientemente ancho como para que quepa una persona adulta.

Impresionada me vuelvo hacia la niña.

—Jolín, ¿lo has hecho tú?

—¡Qué va! Mi tío dice que este hueco debe llevar muchísimo tiempo aquí, desde antes de que nuestra familia comprara estas tierras. ¡Pero he sido yo quien lo ha descubierto! —añade con una sonrisa orgullosa.

La miro atónita y levanto las palmas al aire.

—Espera un momento. ¿Quieres decir que tu tío sabe que te escapas del palacio por aquí?

—Claro que sí —ríe divertida al ver mi estupor—. Él me ha dado permiso para usarlo. Dice que soy la sobrina de un guerrero y que tengo que aprender a valerme por mí misma.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza.

—Vaya tela. Ya os daré a vosotros con eso de guerreros.

—¡Tú también eres guerrera! Si no lo fueras mi tío no te habría elegido como esposa.

Sonríe emocionada ante sus palabras tan bonitas y la miro tragando el nudo que se me ha puesto en la garganta.

—Pues pensándomelo bien, sí que soy capaz de dar guerra. Sobre todo cuando tu tío se pasa de listo —le guiño un ojo y ella ríe a carcajadas. De repente me pongo seria y añado—. Pero aún así prefiero la paz de la familia. Hami entonces baja los ojos y retuerce sus manitas tímidamente como si no se atreviera a preguntarme algo muy importante. Me agacho de nuevo poniéndome a su altura y le cojo las manitas.

—Dime, corazón, ¿qué tienes?

—Es que... me preguntaba si... —toma aire y se arma de valor para mirarme a los ojos —...si después del casamiento tú y yo seremos familia.

Parpadeo sorprendida y me emociono al ver que en sus pupilas hay un brillo de esperanza. Limpiándome los ojos que han empezado a escocerme exclamo sonriendo.

—¡Claro, tú y yo seremos familia! ¡Te prometo que nada podrá separarnos! La niña me abraza plantándome un beso sonoro en la mejilla y regresamos al palacio tomadas del brazo como dos grandes amigas.

Una hora antes de la ceremonia estoy paseándome de un lado a otro comiéndome las uñas y repasando en mi mente una y otra vez las palabras que deberé decir ante el altar. Justo en ese momento mis hermanas irrumpen en mi habitación y pongo los ojos en blanco sabiendo que lograrán ponerme aún más nerviosa.

—¡Luana, corazón —exclama Anastasia— te has echado un novio guapísimo!

Sigil, mi hermana mayor, le da un codazo fulminándola con la mirada.

—No seas tan babosa que le contaré a tu marido que le has echado el ojo al novio de la peque.

Abro los ojos como platos sin creerme lo que estoy oyendo.

—¡Que es mi esposo! —exclamo indignada.

Las dos se miran con culpa y después se acercan para abrazarme.

—Vale, niña, no te pongas así. Era solo una broma.

Mosqueada las miro primero a una y luego a la otra.

—¡Me caso en pocos minutos! ¿Creéis que estoy para bromas?

Las dos se vuelven a mirar y echan a reír incontrolablemente.

Bufo golpeando mis manos en mis rodillas.

—¡Dejarlo ya, que acabaréis volviéndome loca!

Mi estallido solo logra que mis hermanas rían con más fuerza aún.

Las miro de forma desafiante con una mano en mi cintura. Al ver que no estoy bromeando, se acercan y cada una me coge de una mano.

—Lo sentimos, hermanita —dice Sigil—. Es que estamos un poco celosas porque nuestra boda no fue tan opulenta.

Anastasia exclama entusiasmada.

—¡Si parece una boda de cuento de hadas!

Sus palabras me halagan y me sonrío sin poder evitarlo. Ellas me abrazan riendo conmigo.

—Vale —suelto un suspiro profundo— podéis quedaros, pero solo si me ayudáis con este condenado vestido —digo llevándome las manos a la cremallera de la espalda y tirando del cierre en vano.

—¡Luana, suelta que acabarás arruinándolo! A ver, déjame a mí.

Anastasia termina de ponerme el vestido de alta costura que mezcla el estilo occidental con toques del estilo local más conservador. Es una verdadera preciosidad, y aunque se ajusta a la cintura acentuando mis curvas, no llevo escote y eso me da un aire más enigmático. La falda tiene un vuelo de satén y cae en una cola suntuosa de varios metros con un tejido de perlas de agua dulce y cristales Swarovski. ¡Me pregunto cómo haré para cargar con todo esto yo sola!

—Mmm, creo que aún falta algo —digo echando un vistazo por encima de mi hombro. Mis hermanas siguen la dirección de mi mirada hasta dar con el paquete que Zadir me ha enviado con un mensajero hace menos de una hora.

—¿A qué esperas? ¡Ábrelo ya o moriremos de la intriga!

—Vale —sonrío y me vuelvo hacia el misterioso paquete.

Con manos temblorosas deshago el envoltorio y dentro veo algo que parece un paño de tela negra. Casi al unísono mis hermanas se llevan una mano al pecho.

—¡Oh, un velo árabe! ¡Como el de la princesa Yasmina! —exclama mi hermana mayor.

Anastasia se vuelve hacia mí y nos miramos durante un momento antes de soltar la carcajada. Las tres acabamos rodando de risa sobre la cama. Cuando nos calmamos, me levanto para probarme el velo frente al espejo.

—Es un niqab —les digo mientras me cubro el rostro con él—. Y Zadir quiere que lo use esta noche en homenaje a su tradición.

—¿Y lo harás? —pregunta Sigil.

Sonrío orgullosa.

—Por supuesto, los deseos de mi esposo son órdenes.

Mis hermanas se miran suspirando y corren a abrazarme.

—¡Qué bonito! ¡Todo es tan romántico!

Entrecierro los ojos mirándolas fijamente y tratando de adivinar si hablan en serio o están de coña. Al ver que va en serio me relajo y examino con calma como me queda el conjunto completo. Camino unos pasos y luego giro mirándome en el espejo observando como el vuelo de la cola del vestido flota detrás de mí.

—Es perfecto —dicen mis hermanas a coro—. Ahora luces como una

princesa —comentan con una sonrisa guiñándome un ojo.

Hago una mueca poniendo los ojos en blanco, pero por dentro no puedo evitar sonreír porque ellas tienen razón. Al fin me siento como una princesa de verdad, con mi vestido soñado y con mi príncipe azul. Suspiro porque jamás pensé que llegaría el día en el que me sintiera de esta manera. Pero Zadir ha logrado que cambie mi punto de vista y acabe aceptando que la vida de princesa no está tan mal después de todo.

Cuando se abren las puertas de la sala donde se celebrará la boda aprieto nerviosa el ramo que llevo en las manos. El sitio es muy pequeño y acogedor. La mayor parte de los invitados aguarda en el salón de baile donde se hará la fiesta. Es costumbre que únicamente a las personas más allegadas a los novios se les permita asistir a la unión sagrada del matrimonio. A mi lado están mis padres, que se ven incluso más nerviosos que yo, y me vuelvo hacia ellos cogiéndoles de la mano para darles ánimo.

—Saldrá todo bien —les aseguro.

Mi madre me sonrío apretando mi mano con lágrimas en los ojos y al ver que está a punto de llorar frunzo el ceño inclinándome para limpiar su rostro.

—¡Mami, que se te correrá el rímel y quedarás hecha un desastre!

—No me importa, hija —niega con la cabeza sonriendo—. Déjame disfrutar de este momento a mi aire, porque llevo deseándolo desde que eras una niña. Sonrío a mi vez emocionada, sorbiendo por la nariz y luchando por contener las lágrimas.

—Te amo, mami. Gracias por todo.

—Y yo te amo a ti, querida. Eres un sol para mí y para tu padre.

La música empieza a sonar y tomo aire antes de empezar a caminar hacia el altar donde nos espera el oficiante vestido con un gran turbante blanco. Con la mirada busco a Zadir sin verle, y cuando al fin le veo mi corazón da un vuelco y en mi estómago revolotean cien mariposas. ¡Vaya, está más guapo que nunca! Su presencia quita el aliento, le veo tan majestuoso como el día de su ascensión al trono. Pero esta vez en sus ojos no hay frialdad, qué va, lo que hay es una calidez y una emoción tan palpables que me las transmite con cada mirada.

Mi padre me sacude del brazo delicadamente y me mira preocupado porque la mandíbula se me ha caído al suelo al ver a mi futuro esposo. Consigo componerme y endezco la espalda para reanudar la marcha sin poder apartar los ojos del jeque. ¡Dios mío, es tan grande que domina el recinto! A su lado todos empequeñecemos, incluso los guardias. Siento que camino entre

algodones y si mis padres no me sostuvieran de seguro ya habría caído redonda sobre el suelo.

Al llegar junto a Zadir mis padres están obligados a hacer una reverencia al jeque, que toma mi mano para que subamos juntos la pequeña escalinata hacia el altar. Levanto mi cabeza y él me mira a los ojos antes de quitarme el velo sonriendo. No puedo dejar de admirar su belleza, y por su reacción estoy segura que a él le sucede lo mismo conmigo. El oficiante carraspea y nos volvemos hacia él.

La ceremonia se conduce mitad en árabe y mitad en mi idioma para que mi familia también pueda entender lo que ocurre. El oficiante cuenta historias del Corán y habla acerca de promesas y juramentos, de momentos felices y momentos difíciles, pero hay dos palabras que repite a menudo y cada vez que lo hace miro de reojo a Zadir para observar su reacción. Esas dos palabras son “Para siempre”.

Me emociona pensar que estaré junto a mi esposo para siempre, pero a la vez mi corazón tiembla al pensar en la posibilidad de que su compromiso no sea tan fuerte como el mío. Es entonces cuando las palabras de Nadia vuelven a resonar en mi cabeza llenándome de dudas. Intento alejarlas de mi mente y observo los ojos de Zadir buscando esa confirmación que tanto necesito.

Sonrío al encontrarla, pues todo lo que veo en sus ojos es adoración y una dedicación exclusiva a mí. Suspiro aliviada decidiendo que confiaré en él sin reservas, y de esta manera ahuyento los malos pensamientos, justo a tiempo porque en este mismo instante el oficiante se dirige a Zadir diciendo que si él me acepta, a partir de este momento me convertiré en su esposa, y él tendrá la obligación de cuidarme suceda lo que suceda.

Temblando de anticipación me vuelvo hacia él, que me mira con su firmeza y seguridad características.

—Te acepto como mi esposa, mi adorada Luana. Y prometo cuidarte para siempre.

La sala ha desaparecido y siento que solo Zadir y yo existimos cuando alargo mi mano para que me coloque la alianza que me unirá definitivamente a él. Tras ello, Zadir coge mi barbilla y yo cierro los ojos al sentir su respiración sobre mi boca. Va a besarme ante todos y suavemente apoyo mis labios en los suyos. Al sentir su contacto me estremezco y suspirando abro mi boca para dejarle saborearme a su antojo. Pero Zadir apenas permite que nuestras lenguas se toquen levemente. Luego se aparta sonriendo con malicia, pero en sus ojos puedo ver la promesa de una noche inolvidable.

Zadir me coge de la mano y juntos bajamos las escalinatas hacia donde la gente nos espera para darnos la enhorabuena. Fuera de la sala y en medio de la multitud que nos rodea, mi flamante esposo no se aparta ni un segundo de mí, rodeando mi cintura por detrás con sus grandes brazos, tan protector como siempre. De repente le siento inclinarse sobre mi oído y susurrar con su voz grave.

—No puedo esperar más, nena.

No necesita decir más porque con su mirada sugiere el resto. Le devuelvo una mirada pícaro porque es lo mismo que siento yo. No puedo esperar a estar junto a él, por primera vez como esposos.

Después de recorrer todas las mesas del gran salón, recibiendo los buenos augurios de los invitados, por fin tomamos asiento en nuestra mesa por la que los camareros desfilan dejando a su paso manjares exquisitos. Saboreo el salmón con trufas y salsa de cava gimiendo de placer, pero al ver que Zadir no prueba bocado me quedo mirándole y cuando le veo ponerse en pie frunzo el ceño.

—¿Dónde vas, mi amor?

—Ya regreso, nena. No te muevas de aquí.

Ladeo la cabeza intrigada.

—¿Sucede algo?

—Todo está bien —dice guiñándome un ojo—. Regreso en un momento.

—Vale, aquí te espero —pongo morritos y añado—. Pero te aviso que para consolarme tendré que encargarme de aquel trozo de pastel de chocolate.

Él acaricia mi mejilla con una mirada de satisfacción.

—Así me gusta, nena. Aliméntate bien porque esta noche necesitarás de todas tus energías.

Con una sonrisita tonta en los labios le sigo con la mirada hasta que sale del salón. Meneo la cabeza sin poder creérmelo. Ahora soy la esposa de ese hombretón maravilloso, pienso llena de orgullo y levanto mi mano para examinar de cerca el anillo que reluce en mi dedo. Es un aro de oro y diamantes con una gran piedra roja engarzada. Me ha dicho que ha escogido el rubí porque simboliza la pasión que nos tendremos de por vida. ¡Madre mía, al final mis hermanas tenían razón! ¡Me he casado con un hombre de lo más romántico!

Río para mis adentros en tanto los invitados siguen acercándose a la mesa para darme la enhorabuena. Converso con varios de ellos aunque mi atención continúa centrada en la puerta por donde ha salido mi esposo. No han

transcurrido más de dos minutos cuando advierto que Nadia de repente se levanta de su mesa cogiendo su bolso y empieza a andar hacia la salida. El corazón se me encoge y siento un calor ardiente en mis mejillas. Durante unos minutos me debato porque no sé si seguir aquí sentada charlando con los invitados como si nada, o ir a ver qué narices está sucediendo allí fuera. Cuando ya no puedo soportar la ansiedad me disculpo poniéndome en pie ante la mirada curiosa de mis acompañantes y enfilo a toda prisa hacia la puerta. A mitad de camino me detengo pensativa y vuelvo sobre mis pasos para dar un rodeo que me permita salir por la puerta trasera. Es mejor que nadie sospeche que estoy siguiendo a mi esposo.

Empiezo a bajar las escaleras, pero en uno de los descansos hay una cristalera enorme que da directamente a los jardines. Antes de dar un paso más decido echar un vistazo y me llevo una mano al pecho porque veo algo que hace que me corra un frío por la espina. Lejos del sendero que dibujan las farolas, la princesa Nadia se ha encontrado con mi esposo y le coge de la mano conduciéndole en dirección al lago.

El Palacio de los Suspiros, pienso de inmediato y cierro los puños con furia echando a correr escaleras abajo.

Por favor no, por favor no... Que no sea cierto, me repito sin cesar mientras les sigo alrededor del lago hasta que al final del camino me detengo temblando de rabia y dolor al verles entrar en el palacete.

Una lágrima caliente cae por mi mejilla y me quito los tacones para regresar al palacio corriendo, arrastrando la cola de mi vestido de bodas por el suelo sin importarme que se estropee.

Mis peores temores se han hecho realidad. Me maldigo porque en el fondo sabía que todo esto era demasiado bueno para ser verdadero. Las lágrimas no me dejan ver por donde ando y me las limpio con furia. En vez de regresar al salón decido ir directamente a la habitación de huéspedes. Tras cerrar con un portazo empiezo a quitarme el vestido a toda prisa para ponerme mi antigua falda de secretaria, una blusa y un abrigo. Meto el resto de mis pertenencias en la maleta con intención de partir esta misma noche, pero en el último momento decido que no necesito llevarme nada de aquí y tiro a un lado la maleta aún abierta.

Al salir de la habitación dudo y me detengo junto al aparador. Quiero salir lo antes posible de este sueño hecho pesadilla, pero antes de hacerlo debo asegurarme que Zadir no me busque. Sin pensarlo cojo una hoja de papel y un boli. Entrecerrando los ojos con rabia empiezo a escribir a borbotones.

Pongo que le he visto con su prima, que les seguí hasta el Palacio de los Suspiros, que jamás debí confiar en él y que ahora que lo veo todo claro, lo que había entre nosotros se ha acabado. También le suplico que no me busque, que no quiero volver a verle jamás.

Me detengo mordisqueando la punta del boli releiendo lo que acabo de escribir. Con mano temblorosa firmo el mensaje antes de escabullirme fuera del palacio tratando de no ser vista. Mientras atravieso el jardín trato de orientarme buscando el sitio donde se encuentra el pasadizo de Hami. Al pasar junto a la fuente de los deseos me detengo para recuperar el aliento, y pasándome una mano por la frente sudorosa me quedo observando mi anillo de boda. Resuelta me lo quito del dedo de un tirón y lo arrojo al agua. Luego volteo a mirar por última vez hacia el palacio lleno de luces y música festiva. Me aparto de allí a toda prisa, refugiándome en las sombras. Con suerte en unas horas estaré muy lejos de este maldito reino, en algún sitio donde Zadir jamás pueda encontrarme.

Capítulo 12

ZADIR

Miro el tosco objeto envuelto en papel de seda rosado con un gran moño color borgoña ubicado justo en medio de la cama redonda y sonrío.

—Joder, ha quedado estupendo. Debo admitir que tienes buen gusto, prima. Nadia me guiña un ojo sonriendo.

—¡Ay, primo, qué sería de ti sin mi valiosa ayuda!

La miro con el ceño fruncido.

—No te pases de lista —le advierto y ella se encoge de hombros y sonrío. Sin dejar de mirar el envoltorio añado—. Me imagino la cara que pondrá Luana al encontrarse semejante obsequio.

—¿A qué esperas? —dice mi prima dándome un codazo para animarme—. Tu esposa debe estar tan ansiosa como tú. ¡Anda, ve a buscarla! Es tu deber hacerla la mujer más feliz del mundo—dice Nadia con una sonrisa llena de emoción.

Miro a mi prima con orgullo. Ya no hay rastros de aquella chiquilla insufrible y caprichosa que me hacía la vida imposible. Agradezco al cielo que se haya dado cuenta a tiempo que mi corazón es de una sola mujer. En sus ojos puedo ver que su alegría por Luana y por mí es sincera.

—Tienes razón, la he hecho esperar demasiado—digo—. Iré a buscarla.

Gracias por ayudarme a planear la noche perfecta, primita.

Ella baja la mirada tímidamente.

—No es nada, Zadir. Sabes que te quiero mucho.

—Y yo a ti.

Salimos al jardín para volver a la fiesta, pero a mitad de camino veo que uno de los guardias llega corriendo hasta nosotros con una expresión preocupada. Me detengo y le miro con impaciencia.

—¿Qué rayos ocurre?

—Es vuestra esposa, alteza...

Mi corazón se salta un latido al oír la mención de mi Luana. De inmediato cojo al guardia por las solapas de su uniforme.

—¡Habla, carajo!

Tartamudeando me informa de que mi esposa ha sido vista a una legua del palacio. Dos guardias que patrullaban la zona se acercaron para interrogarla, pero ella les convenció de que solo estaba dando un paseo y les ordenó regresar al palacio. Los guardias pensaron que vuestra majestad estaría cerca

de ella y no les quedó más remedio que obedecer la orden. Creo que ha sido un error de nuestra parte dejarla ir...

Siento un ramalazo de terror mezclado con cólera que me recorre el cuerpo.

—¿Un error? —pregunto con sarcasmo y aprieto cada vez más fuerte el uniforme del guardia—. ¿Un puto error? ¡Sois unos ineptos!

Estoy tan tenso que he levantado en vilo al guardia y sus botas no tocan el suelo. Lo suelto con un bufido dándome la vuelta y echo a andar en dirección a la caseta de los guardias para ver a Dumar. ¡Mierda, esto no puede estar ocurriendo! ¿Qué estaría haciendo mi Luana allí fuera?

Al advertir que Nadia corre tras de mí me vuelvo molesto hacia ella y le indico con un gesto brusco que regrese al salón y se asegure de que nadie sepa lo que está ocurriendo. Echo a correr a toda velocidad y llego a las puertas del palacio en menos de un minuto. Al encontrarme con Dumar nos basta una mirada para comunicarnos. Él ya ha reunido a sus hombres organizándoles en patrullas de búsqueda. Me paseo delante de ellos como su general y se cuadran ante mí con sus espaldas erguidas y la mirada alerta.

—¡Atención! ¡Os quiero a todos dando vuestro mayor esfuerzo! ¡Traer a mi esposa sana y salva antes de medianoche!

Luego me vuelvo hacia Dumar que pone una mano sobre mi hombro reasegurándose.

—Tranquilo, amigo. Estaré al mando de la búsqueda y te prometo que pronto la encontraremos.

Asiento mirándole con agradecimiento y luego salimos corriendo en direcciones opuestas. Dando grandes zancadas entro en el palacio y sin perder un momento subo las escaleras dirigiéndome directamente a la habitación donde Luana ha estado las últimas horas. La puerta está cerrada y maldigo entre dientes arremetiendo contra ella con tanta fuerza que la dejo hecha astillas. Examino la habitación de un vistazo y el corazón se me encoge al comprobar que Luana no está aquí.

Estoy a punto de volver a salir cuando alcanzo a ver sobre el aparador una hoja de papel doblada en dos partes con mi nombre manuscrito. Me paso una mano por el pelo temiendo lo peor, luego empiezo a leer.

La caligrafía es temblorosa y estoy tan agitado que necesito leer cada línea más de una vez. Pone que me ha visto con Nadia y piensa que la he traicionado con ella. Cierro los ojos al darme cuenta de mi error. Debí haberme quedado con Luana en todo momento y olvidar aquella estúpida promesa infantil. Furioso conmigo mismo arrugo la hoja de papel en un puño

y me la guardo en el bolsillo.

¡Es absurdo pensar que podría ser feliz con otra mujer después de conocer a mi Luana! Pero ahora me doy cuenta que no he sido lo suficientemente transparente con ella. No he abierto mi corazón como lo tendría que haber hecho. ¡Si ni siquiera le he dicho aún que la amo! Todo esto ha sido mi culpa y si no lo arreglo pronto no me lo perdonaré jamás.

Maldiciendo para mis adentros me dejo caer en la cama donde aún puedo sentir su perfume en la almohada, y me tomo la cabeza con las manos sintiéndome derrotado. Si algo le llegara a pasar a mi Luana allí fuera... ¡No, no puedo siquiera pensar en esa posibilidad! Levanto mis ojos al cielo suplicando que nada malo le suceda a mi esposa.

De golpe siento un ruido a mis espaldas y me tenso volviéndome expectante.

—¡Aquí estás! ¡Dime qué cojones le has hecho a mi niña!

Me pongo en pie de un salto al ver entrar al rey que observa la puerta hecha trizas con preocupación y luego me mira fulminándome con sus ojos claros.

—Se ha ido —digo apenado—. Pero he enviado patrullas a buscarla y no descansaré hasta encontrarla.

—Ya la hemos encontrado —repone el rey con calma.

Abro mis ojos con sorpresa y me acerco a él exigiéndole que me explique qué leches ocurre aquí.

—Supe que Luana se había ido antes que tú, gracias a ella —el rey se aparta y detrás suyo puedo ver a Hami que me mira tímidamente como si pensara que ella es la culpable de lo que está ocurriendo. Tiendo mis brazos hacia ella y, después de vacilar durante un instante, corre hacia mí y se abraza contra mi pecho llorando desconsoladamente.

—Ella aún te quiere, ¿verdad tío Zadir? —pregunta con labios temblorosos y sorbiendo por la nariz.

Miro sus grandes ojos enrojecidos por la tristeza y se me encoge el corazón.

Antes de responder debo tragar saliva.

—No lo sé —digo al fin.

Ella me aprieta más fuerte tratando de consolarme.

—No te preocupes, tío. Verás que pronto regresará.

El rey se acerca a nosotros y pone una mano sobre mi hombro.

—Zadir, te aseguro que Luana está a salvo. Cuando Hami se dio cuenta de que mi hija no estaba en el salón, salió a buscarla y la vio justo en el momento en que tomaba un pasadizo subterráneo que cruza la muralla —abro los ojos sorprendido y antes de que pueda interrumpirle él prosigue—.

Asustada corrió a darnos aviso y de inmediato envié a mi chófer a rastrearla. La encontró en la carretera, no estaba demasiado lejos de aquí, pero ella no ha querido regresar. Una de sus hermanas y su esposo han decidido quedarse junto a ella. Esta noche se alojarán en el hotel del pueblo.

—¡Debemos ir para allá! —digo alzando a Hami en un brazo, listo para partir hacia el pueblo.

El rey hace un gesto con la mano para detenerme.

—Es mejor no apresurarse. Debemos dejar pasar unos días. La herida está abierta y puedes hacerla más profunda si no tienes cuidado.

El rey me mira con ojos suplicantes, haciendo un esfuerzo por calmar mis ánimos. Es un hombre alto y corpulento, pero a mi lado parece pequeño y frágil. Sabe que no puede imponer su autoridad sobre la mía, y que cualquier intento de detenerme por la fuerza será en vano. Nuestras culturas son muy distintas pero sé que nuestro temperamento es muy parecido, y por ello aprecio el esfuerzo que está haciendo por razonar conmigo. Debo refrenar mis impulsos si no quiero perder a Luana para siempre. Es un alivio saber que mi esposa está a salvo con su familia, pero también sé que soy su hombre y ella nunca se sentirá verdaderamente a salvo si no es a mi lado.

Según se marchan los invitados permanezco aislado en mi terraza, mirando el horizonte sin luna, maldiciendo a mi estrella que me ha dado a la mujer más especial que he conocido jamás solo para luego quitármela sin piedad dejando un vacío en mi vida.

Al día siguiente amanezco con el cuerpo adolorido, pues me he quedado dormido en uno de los sillones de la terraza. En cuanto termino de vestirme ordeno a mi gabinete que se presente en la sala de juntas. He decidido que hoy será un día como cualquier otro en mi reinado. Trabajaré como si nada ocurriera para ocupar mi mente en algo productivo, porque sé que como me detenga a pensar por un segundo en mi esposa no tardaré en derrumbarme. El día transcurre lentamente, arrastrándose sobre su panza como un caracol. Por momentos el dolor me deja respirar, pero enseguida la imagen de Luana invade hasta el último rincón de mi mente y el alma se me vuelve a caer a los pies. Al caer la tarde decido salir a tomar el aire para despejarme y acabo sentado en el borde de la fuente de los deseos, pensando en lo maravilloso que sería si solo bastara con tirar una moneda y pedir un deseo para traer a mi esposa de vuelta. Es entonces cuando noto un extraño resplandor rojizo en el interior de la fuente y me enderezo examinando el agua transparente con atención. Al descubrir el anillo de boda de Luana en el fondo siento un

repentino dolor en el pecho, como si una mano invisible me desgarrara para arrancarme el corazón. Casi sin aliento lo recojo y me quedo mirándolo durante un buen rato pensando en nuestra unión sagrada y en como lo he arruinado todo en un instante. Después de guardar el anillo con cuidado regreso abatido a mi despacho.

Los días siguientes se me hacen eternos y me siento como si estuviera atrapado dentro de una pesadilla. Cumpló con mis deberes de forma automática sintiendo que la vida ha cesado de tener sentido. Pero me debo a mi pueblo, y a pesar del dolor que me causa la ausencia de mi esposa, debo seguir gobernando.

Cada día recibo un informe con noticias de Luana. Varias veces he pedido que se ponga al teléfono, pero ella se resiste a hablar conmigo y termino hablando con su padre para desahogarme. El rey me escucha pacientemente y me aconseja tener prudencia.

¡Prudencia, prudencia! ¡Estoy hasta los cojones de ir con tanta prudencia! Reprimir mis impulsos de salir a buscarla y tomar lo que es mío me está matando. Es cierto que la he cagado y no he pensado en las consecuencias de mis actos, por más inocentes que hayan sido, pero no puedo permanecer de brazos cruzados. Ese no es mi estilo. Jamás nadie me ha limitado, ni siquiera mis enemigos. Encerrado en mi despacho me siento como una fiera enjaulada. Doy un golpe a la mesa soltando un taco. No poder desplegar todo mi poder me llena de infinita frustración.

Tomo aire y miro el desierto inmenso a través de mi ventana. Esto no puede seguir así. Necesito ver a mi esposa o acabaré enloqueciendo.

Sin pensarlo cojo el móvil y vuelvo a llamar a mi suegro. Insisto tanto que para calmarme acaba invitándome a su castillo. De inmediato suspendo todos los compromisos del día y en menos de una hora el helicóptero está preparado para mi partida.

Pasado el mediodía aterrizo en los jardines de la residencia real. Al bajar del vehículo miro a mi alrededor con la esperanza de verla a ella, pero solo veo a una comitiva de ministros y a los reyes que han salido a darme una bienvenida formal. Me acerco a ellos y bufando con mal genio pregunto.

—¿Dónde está ella?

El rey y la reina se miran y luego se vuelven hacia mí carraspeando nerviosos. Al ver que no me dicen nada me impaciento.

—¿Qué cojones ocurre aquí? —siseo con el ceño fruncido reprochándoles su actitud. Avanzo decidido y mis suegros retroceden intimidados por mi

vehemencia. Los guardias reales se interponen entre nosotros y me miran de forma amenazante. Al ver que está a punto de liarse una muy gorda el rey interviene levantando las manos en señal de paz y me pide que entremos para hablar como personas civilizadas. Enfurruñado les sigo hasta la sala real donde me invitan a sentarme frente a la chimenea, y mientras el rey echa leños para alimentar el fuego yo me quedo de pie y empiezo a pasearme inquieto de un lado a otro.

—Toma asiento, por favor —insiste la reina.

Desafiante pongo mis brazos en jarras y les miro echando chispas.

—Mi esposa no está aquí, ¿verdad?

Tanto el rey como la reina permanecen cabizbajos. Al no recibir respuesta estallo.

—¡Debéis decirme dónde coño tenéis a mi esposa! ¡Es mi derecho saberlo! El rey se pone en pie para enfrentarme.

—Luana no está aquí, Zadir. Lo siento. Se ha ido a vivir al pueblo.

Al ver que cierro mis puños con furia, el rey se apresura a calmarme.

—Descuida, ella está a salvo. Hay guardias protegiéndola y te aseguro que vive tranquila y no le falta nada.

Frunzo el ceño incrédulo. ¿Hombres protegiéndola? ¡Aquí el único hombre que puede proteger a mi esposa soy yo! Indignado señalo al rey con un dedo.

—¿Que no le falta nada? —pregunto cabreado y luego exclamo batiendo mi pecho con fuerza—. ¡Le faltó yo! ¡Y sin mí le falta todo!

La reina intenta apaciguarme.

—Luana es feliz a su manera, joven. Por favor no complique más las cosas. Enseña arte y dibujo a los niños en un colegio y sus alumnos la adoran. Se lo ruego, ya la ha herido una vez, no vuelva a hacerlo de nuevo.

Niego con incredulidad. ¿De veras cree que su hija puede ser feliz sin mí?

Luana necesita a su esposo y yo necesito llegar a ella.

—Llevarme con ella —digo mirando a los padres de Luana a los ojos.

Alarmada la reina se levanta de su asiento.

—Zadir, por favor, es mejor no empeorar las cosas...

—¿Empeorar las cosas? ¿Acaso no os dais cuenta que las cosas ya no pueden estar peor? —me vuelvo hacia el rey que se ha acercado a su esposa y la abraza protector—. ¡No tenéis ni puñetera idea de la tortura que significa para mí el paso de las horas! ¿Es que no entendéis lo que estoy sufriendo sin vuestra hija?

Los reyes aspiran el aire ofendidos porque nadie nunca les ha hablado de una

forma tan franca. Pasándome una mano por la frente, me siento frente a ellos y respiro para calmar mi temperamento.

—Lo siento. Disculpar mi falta de decoro, pero es que no sé hablar de otra manera. Quiero a vuestra hija con el alma. La amo como nunca amé a ninguna mujer en mi vida. ¿Acaso eso no es suficiente para vosotros?

El rey da un paso hacia mí.

—Entiendo como te sientes, Zadir —mira a su esposa antes de añadir—. Créeme que lo entiendo.

Parpadeo sorprendido porque al mirar sus ojos de golpe puedo ver en ellos una sabiduría que hasta este momento no había percibido. ¿También ha tenido él que luchar para que su esposa le aceptara? Le miro esperanzado.

—¿Me llevará hasta ella entonces?

El viejo aprieta los labios y se queda mirando el suelo como si estuviera debatiendo consigo mismo antes de enderezar la cabeza para consultar con una mirada a su esposa, que tras mirarme durante un momento asiente levemente con un gesto. El rey se vuelve entonces hacia mí con un nuevo brillo en sus ojos.

—Ahora mismo lo arreglaré todo.

Respiro aliviado y me pongo en pie para estrecharles la mano agradeciéndoles su comprensión.

Unos minutos más tarde estoy en los jardines caminando de un lado a otro y mirando mi reloj esperando impaciente por el rey que ha ido a prepararse para el viaje al pueblo. Para mi sorpresa aparece vestido con ropas de jinete y me conduce al establo real donde los cuadreros ensillan dos caballos purasangre para nosotros.

—No podemos llegar al pueblo en helicóptero sin levantar sospechas — dice el rey y tras ello se monta hábilmente en su caballo.

Hago lo propio y tomamos la carretera privada que conduce hacia el pueblo. Iremos solo nosotros dos, me informa el rey, sin guardias ni protección alguna, puesto que desea aprovechar el trayecto para hablar conmigo acerca de algo importante.

Vale, me digo, lo que sea por volver a ver a mi esposa.

Capítulo 13

LUANA

Josef, uno de los niños más traviosos, se da prisa en terminar su dibujo porque quiere ser el primero en pasar al frente de la clase. Con una sonrisa pone su dibujo sobre mi escritorio.

—¿Señorita, a que no adivina lo que he dibujado?

Cojo la hoja con interés y entrecierro los ojos intentando descifrar el dibujo del niño. Es una mezcla de formas y colores que representa un animal, de eso estoy segura, aunque no podría decir cuál de todos ellos.

—¿Un oso? —arriesgo, pero al ver la cara del niño contraerse en una mueca de decepción sonrío añadiendo—. Vale, un oso no es, pero ruge, ¿verdad?

El niño abre los ojos como platos y con una sonrisa radiante exclama.

—¡Sí que ruge porque es un león! ¡Sabía que lo adivinaría!

Los demás niños levantan sus brazos agitando sus dibujos en el aire reclamando mi atención.

—¡De a uno, niños! Os aseguro que los veré todos —digo tratando de hacerme oír entre tanta gritería, cuando unos golpecitos en la puerta me hacen desviar la mirada hacia el otro extremo del aula. Lo que veo del otro lado del cristal hace que se me pare el corazón.

Madre mía, no puede ser...

Zadir me observa sin decir una palabra. Trago saliva haciendo un esfuerzo para ponerme en pie y camino hasta la puerta mientras los niños hacen silencio y curiosos se vuelven a mirar al hombretón de vestimenta extraña que les debe parecer un gigante. Tomo aire antes de abrir la puerta.

—¿Qué haces aquí? —susurro sintiéndome tan nerviosa que no puedo mirarle a los ojos—. Estoy trabajando, no puedo verte ahora.

Una de las niñas se cruza de brazos, y después de examinar a Zadir con ojo crítico, se vuelve hacia mí.

—Es guapo. ¿Es su novio?

Sonrojándome miro a Zadir sin saber qué responder. Él levanta una ceja y se dirige a la niña con su voz grave y atronadora.

—Luana es mi esposa. Y he venido a reclamarla.

Los niños abren los ojos como platos y yo me muerdo el labio temblando de indignación. ¡Qué descaró! Fulmino a Zadir con la mirada antes de volverme hacia mis alumnos.

—¡La clase ha terminado, niños, podéis salir al patio!

Los niños recogen sus cosas y pasan entre nosotros mirándonos con sus grandes sonrisas mientras yo permanezco seria como la muerte mirando a Zadir. Tras salir el último niño, Zadir cierra la puerta y se acerca a mí, pero yo retrocedo unos pasos extendiendo los brazos hacia delante para protegerme.

—No te acerques más, por favor —intento que mi voz suene firme sin conseguirlo.

Él se queda en su sitio examinándome con un brillo curioso en sus ojos mientras regreso a mi silla detrás del escritorio fingiendo que ordeno unos papeles. Mi respiración se acelera al darme cuenta que él se ha acercado y cuando veo que apoya sus grandes manos morenas sobre la mesa levanto la cabeza y le veo mirándome fijamente. Está demasiado cerca y su presencia me impone tanto que no puedo parar de removerme nerviosa en mi asiento.

—Te he echado mucho de menos, nena —dice desnudándose con la mirada. Me estremezco al oír sus palabras pero intento disimularlo endureciendo el tono de voz al responder.

—Igual que echabas de menos a Nadia, ¿no es así?

Él endereza su espalda y me mira con una expresión seria y reconcentrada. Dios mío, se ve tan guapo que cuando alarga su mano para tocar mi mejilla casi cedo a la tentación de recostar mi cara en su palma, pero consigo apartarme justo a tiempo.

—Luana, solo te pido que me escuches. Lo que viste la noche de nuestra boda no es lo que parece. A mi prima la quiero como una hermana, no hay nada más. Y ella te respeta a ti como mi esposa —cuando dice aquello aparto la vista mirándome las uñas enfadada conmigo misma porque siento que los ojos se me llenan de lágrimas y no quiero llorar. Él insiste—. Nena, mírame a los ojos. Jamás se me ocurriría traicionarte. No está en mi naturaleza hacerlo. He sido un estúpido por querer apresurarlo todo y no he dejado que me conozcas en profundidad. Jamás debí suponer que puedes leer mis pensamientos y saber todo lo que pasa por mi cabeza, lo que de verdad siento por ti... —niega con la cabeza con frustración como si no encontrase las palabras adecuadas y luego añade—. No sé cómo expresar con palabras mis emociones, pero debes entender que jamás te cambiaría por ninguna otra mujer.

Me trago las lágrimas. ¡No quiero verme tan débil delante de él! Más tarde, cuando vuelva a estar sola en mi cuarto, tendré tiempo de sobra para llorar por él, ¡pero no ahora!

De repente él coge mis manos en las suyas acercando su rostro al mío con una expresión de sincero dolor, y no puedo evitar que se me corte el aliento. —Luana, mi vida, tú eres la única mujer para mí. Te he elegido para que seas mi esposa, la madre de mis hijos. ¿Sabes lo importante que esa decisión ha sido para mí? ¿Los años que he esperado a una mujer como tú? Mi vida sin ti no tiene sentido, nena. Eres tú o la muerte, esas son mis únicas opciones. Su determinación me hace levantar la cabeza y mirarle a los ojos. Esas palabras han dado justo en la diana y mi corazón late enloquecido. ¡Madre mía, debo calmarme o me dará algo! Respiro profundamente y cierro los ojos tratando de recuperar el aplomo, pero la frustración se apodera de mi cuerpo y empieza a recorrerme la rabia como un veneno. Puedo sentir en mi garganta la bilis de las palabras que estoy a punto de soltar, pero no puedo hacer nada para detenerlas.

—¿Aún tienes el descaro de negarlo? —pregunto amargamente—. Te vi con mis propios ojos, entrabas al Palacio de los Suspiros con ella... ¡Si hasta ibais cogidos de la mano! Te has burlado de mi amor, Zadir. ¿Cómo narices podría perdonarte después de eso? —Ya no puedo contener las lágrimas que empiezan a caer por mis mejillas. El dique se ha roto y el llanto casi no me permite hablar. Pero necesito quitarme esta mala sangre del sistema o acabaré enloqueciendo. Sorbo por la nariz y le señalo golpeando su pecho con mi dedo índice—. ¡Tú no tienes idea de la humillación que he sentido! ¡El día más especial de mi vida convertido en el recuerdo más doloroso! ¡Jamás te perdonaré! ¡Jamás!

Intento levantarme de la silla pero Zadir captura mi cara entre sus manos. Me agito tratando de liberarme, pero él me sostiene susurrando palabras dulces para tratar de calmarme, y por un momento funciona porque me abandono a su tacto recostándome en su calor.

¡Dios mío, cómo le echo de menos! Si tan solo pudiera creerle, me digo. Si tan solo pudiera volver a confiar...

—Luana, mi amor —susurra él llamándome. Le miro a los ojos y su expresión es tan intensa y sincera que juraría que puedo verle el alma—. ¿Sabes lo que hacía allí con mi prima? Es muy tonto confesarlo, pero si me dejas contarte una pequeña historia de mi niñez, estoy seguro que me entenderás mucho mejor.

Sus palabras consiguen picar mi curiosidad y ladeo mi cabeza interesada.

—¿Una historia de tu niñez?

—Sí, necesito que sepas cuán importante es para mí haberte encontrado.

Cada vez más intrigada me limpio las lágrimas con la manga de mi blusa. —Vale, pues desembucha —digo y me cruzo de brazos de mala manera. Él me observa durante unos segundos para confirmar que de verdad estoy prestándole atención. Luego se aclara la voz y empieza a hablar en un tono pausado y seguro.

—Cuando de niño iba de visita al palacio de mis tíos, veía a mis primas, entre ellas a Nadia, y a un montón de otros niños con quienes hacíamos excursiones al desierto de Karam. Allí había un peñasco rojizo que nos gustaba escalar porque en la cima había una piedra en forma de corazón. Recuerdo que cada uno de los niños se turnaba para intentar arrancarla, pero la piedra estaba demasiado unida al peñasco y nadie hasta el momento lo había logrado. Cuanto más miraba esa piedra más me convencía de que era yo quien debía arrancarla del peñasco. Se me ocurrió que sería un excelente regalo para mi futura esposa, que en ese momento de inocencia pensaba que sería mi prima Nadia, ya que me parecía la más guapa de sus hermanas. Para alardear frente a los demás niños le dije a mi prima que yo arrancaré esa roca para regalársela a Nadia. Los demás niños se rieron de mí, pero durante aquel verano regresé cada día al peñasco y lo intenté con todas mis fuerzas. Zadir respira profundamente y se queda observando un punto en el vacío durante varios segundos. Quiero saber como sigue su historia así que toco su hombro con un dedo para sacarlo de sus pensamientos.

—¿Y lo conseguiste? —pregunto tímidamente.

Sus ojos color café brillan al mirarme y una sonrisa radiante se forma en sus labios.

—No aquel verano. Debí pasar otro año hasta que llegaron las vacaciones y pude regresar al palacio de mis tíos. No me había olvidado de esa piedra. Aunque en mi interior ya no creía que Nadia estuviera destinada a ser mi esposa, sí creía que esa piedra en forma de corazón debía ser mía. Había adquirido un gran significado para mí, pues consideraba que simbolizaba mi esfuerzo y mi tenacidad, las características de un príncipe guerrero, y sería el regalo perfecto para mi futura esposa, aquella que algún día mi estrella pondría en mi camino. Definitivamente no estaba dispuesto a volver a casa sin esa piedra. Luché contra la roca hasta que logré desprenderla de la peña. Cuando Nadia vio que tenía la piedra en mis manos me la pidió recordándome que había prometido dársela a ella, pero yo se la negué. Ella se descompuso y pronto enfermó. Durante los últimos días de mi estadía en el palacio ella ya no comía y cada día estaba más débil. Al ver su estado

finalmente decidí entregarle la roca en forma de corazón. Ese mismo día se levantó de la cama completamente recuperada. Los doctores se miraban desconcertados mientras ella volvía a correr y jugar con nosotros como si nada. Esa es toda mi historia con Nadia. Luego en mi adolescencia entré en las milicias y pronto mi interés en la vida militar y en el combate me absorbió por entero. Olvidé la existencia de la piedra durante muchos años hasta que Nadia me la trajo a mi despacho. Podrás imaginar mi asombro al verla.

—Ella me dijo que intentaste besarla... —digo y las palabras son tan dolorosas que casi me atraganto con ellas.

La expresión de Zadir permanece seria y reflexiva, con su ceño algo arrugado, pero en sus ojos no veo dudas cuando finalmente dice.

—Pues eso se lo ha tenido que inventar, pues jamás se me hubiera ocurrido hacer algo así. Nadia no me interesa como mujer. Es mi prima y la quiero como a una hermana pequeña algo descarriada. Hay una sola mujer a la que deseo en este mundo y necesito tenerla de vuelta en mi vida. Quiero a mi esposa conmigo. Te quiero a ti, Luana.

Su mirada llena de amor y ternura me atraviesa como un rayo y me estremezco sintiendo el llanto arder nuevamente detrás de mis ojos. Desvío la mirada pero basta un parpadeo para que las lágrimas empiecen a correr por mis mejillas. Él me coge de la barbilla obligándome a mirarle. Trago saliva antes de admitir con un hilillo de voz.

—Quiero creerte, mi amor. No sabes cuánto lo deseo... Pero estoy herida y he perdido la confianza. ¡Por favor haz algo para que pueda creerte!

Luchando por contener los sollozos me cubro la cara con las manos y gimo de dolor y frustración porque sé que aún le amo y es por eso que mi corazón está hecho jirones.

En ese momento oigo abrirse la puerta del aula y a continuación el sonido de unas pesadas botas que se acercan hacia mí hace que levante la vista. Zadir se aparta y unos metros más atrás aparece mi padre, que me mira emocionado llevando en sus manos una gran piedra rojiza en forma de corazón.

—Hija, tu esposo dice la verdad. He hablado con él acerca de ti y me he dado cuenta que él te quiere y jamás haría nada para hacerte daño. Y sé que tú también le quieres y que estar con él es lo único que te hará realmente feliz

—se detiene tragando un nudo de emoción y toma aire para añadir con una sonrisa—. Y aunque jamás le hubiera elegido para que sea tu esposo, debo aceptar tu decisión, hija, pues soy tu padre y tu felicidad es más importante que cualquier otra cosa para mí.

Zadir entonces se adelanta para coger la piedra que ha arrancado con sus propias manos y con una reverencia la pone a mis pies.

—Mi intuición me decía que era importante obtener esta piedra. Y no me equivocaba, pues gracias a ello he podido conocerte. Es para ti, mi princesa. Quiero que la tengas contigo. Ya sabes cuánto significa para mí —hace una pausa y traga saliva antes de preguntar en un susurro tan dulce que me desarma—. ¿Me harás el honor de aceptarla?

Es tanta la emoción que siento que me quedo mirándole a los ojos incapaz de reaccionar. Lentamente vuelvo en mí y levanto la piedra en mis manos. Tras admirar su belleza la dejo en el escritorio y levanto mis ojos hacia Zadir, que me mira alargando sus brazos hacia mí. Echando a reír de felicidad rodeo la mesa para abrazar a mi esposo, quien poniendo sus manos bajo mi trasero me alza en vilo hasta que mis ojos quedan a la altura de los suyos.

—¿Es esto un sí, nena? —pregunta con su sonrisa de lado incapaz de ocultar su emoción.

—¡Claro! —estallo abrazándole por el cuello y besándole por toda la cara.

Él se aparta un momento para observarme con un brillo especial en sus ojos.

—Nena, quiero que sepas que tú eres mi destino y jamás te cambiaría por nadie.

Asiento sonriendo a mi vez.

—Ahora lo sé.

Capítulo 14

ZADIR

Regreso a casa con mi esposa mientras el sol se pone sobre el desierto. La miro de reojo mientras hago las maniobras para aterrizar el helicóptero. Está más bella que nunca y viendo su radiante sonrisa me digo que he hecho lo correcto al prometerle que una vez por semana podría regresar al pueblo para dar sus clases de dibujo a los niños. Le aseguré que yo mismo la llevaría, esperaría por ella y la traería de regreso a casa, pues no quiero volver a estar separado de mi esposa.

El helicóptero se detiene y antes de bajar Luana se abraza a mí rozando su nariz en mi cuello y gimiendo de felicidad. No puedo evitar imaginarla tumbada en la cama redonda del Palacio de los Suspiros gritando de placer debajo de mi cuerpo cuando la tome por primera vez.

Siento mi sangre agolparse en mis partes nobles, haciéndome remover incómodo en el asiento. Joder, necesito hacerla mía y ya no puedo esperar hasta esta noche.

Con ese pensamiento en mente aprieto su mano y ella me mira con ojos interrogantes mientras cruzamos la avenida de entrada del palacio a paso firme.

—¿Me llevas donde pienso?

Sonrío con malicia.

—Nena, ¡vaya pensamientos pecaminosos tienes!

Echando a reír se aferra a mi brazo mientras caminamos por la orilla del lago. Al pasar cerca del laberinto de arbustos nos miramos y sonreímos recordando nuestro encuentro íntimo entre los setos. Ella me aprieta con fuerza y siento mi polla saltar con anticipación dentro de mis calzoncillos. Unos metros más y al fin estaremos solos como esposos donde nadie pueda molestarnos.

Pero nuestro deseo es tan fuerte que a mitad de camino nos miramos con picardía, entonces me detengo y la pego a la pared. Ella gime al verse atrapada contra mi gran cuerpo tenso y rápidamente levanta sus manos para acariciar mi pecho duro, pero yo sujeto sus manos por encima de su cabeza y ella jadea mirándome suplicante con sus grandes ojos castaños.

—¿Me tomarás aquí? —pregunta con su voz desfalleciente por el intenso deseo.

Hundo mi nariz en sus suaves rizos.

—Aquí y en cada sitio donde se me antoje.

Ella arquea su espalda y sus caderas empujan contra mi masculinidad que pulsa ardiente.

—Te necesito, mi amor.

Miro su pequeña boca roja y humedezco mis labios.

—Lo sé. ¿Quieres entrar conmigo al Palacio de los Suspiros? —digo y me aplasto más contra su cuerpo dándole un anticipo de lo que estoy por hacerle allí dentro—. ¿O prefieres que tome tu inocencia aquí mismo?

Respirando con dificultad mete su mano por debajo de mi túnica y trata de envolver mi polla hinchada con sus pequeños dedos.

—Estar sin ti ha sido una agonía, mi amor —susurra contra mi cuello.

Cierro los ojos y gruño mientras disfruto de sus tiernas caricias virginales. Al volver a abrir mis ojos veo que el rubor se ha esparcido por todo su rostro hasta la raíz del cabello.

—Te deseo tanto, Zadir...

Bruscamente aparto su mano de mi cuerpo porque falta poco para que pierda el control y no quiero desperdiciar mi simiente de esta manera. En cambio levanto en vilo a mi esposa y me la cargo sobre un hombro. Ella jadea sorprendida.

—¡Eres un bruto!

Suelto una carcajada y echo a andar con grandes zancadas hasta el palacete donde cierro la puerta tras de mí, sonriendo al dejar fuera el mundo exterior y sus problemas para concentrarme por fin en mi princesita.

—Soy un bruto y a ti te encanta, nena —digo mirándola a los ojos antes de tirarla sobre la inmensa cama. Ella chilla al caer de espaldas entre las almohadas con sus rizos rojos esparcidos a su alrededor y enseguida se echa a reír encantada. Al ver que empiezo a desvestirme ella pierde la sonrisa y se pone seria mirando fijamente mi cuerpo desnudo. Luego extiende sus brazos hacia mí.

—Ven, mi amor, estoy lista. Enséñame a amar.

No necesita decir más para que me mueva como un león sobre la cama y arranque de un tirón su falda negra de tubo. Luego hago lo mismo con sus braguitas y ella jadea cuando se rompe el elástico. Acaricio la prenda húmeda en mi mano palpando la suavidad del encaje y ella gime abriendo sus piernas con necesidad. Pongo mis manos morenas en sus muslos blanquísimos mientras examino su entrepierna desnuda. Su pequeño coño rosado está hinchado y empapado de su néctar. La boca se me hace agua pero no hay tiempo para preámbulos, me digo y acorto la distancia que nos separa

pegándome a ella. Mi enorme cuerpo la aplasta clavándola a la cama y ella gime al ver que ha quedado completamente a mi merced.

—Estás tan mojada, querida... Eres perfecta para mí.

Luana responde a mis palabras acariciando mi espalda, arañándome levemente con sus uñas y yo la aferro de sus caderas para amasar con mis ásperas palmas su redondeado trasero. Me excita la forma en la que su piel se eriza bajo mi tacto. Me llevo una mano a mi polla palpitante y coloco mi glante en posición. Trazo unos círculos rápidos alrededor de su clítoris con la yema de mi dedo pulgar y ella chilla meneando sus caderas enloquecidamente.

—Tranquila, nena. Solo podrás aliviarte cuando yo lo ordene, ¿entendido?

Ella asiente mordiéndose el labio inferior y yo deslizo mi cuerpo sobre el suyo teniendo cuidado de sostenerme en mis brazos para no asfixiarla bajo mi peso. Ella jadea debajo de mí mientras me aseguro de que se acostumbre a la sensación de ser llenada y estirada de esta manera por mi virilidad ardiente. Sé que lo que haré a continuación le dolerá, y eso hace que mi corazón se encoja porque no quiero hacerla sufrir, ni siquiera durante el instante que tardaré en penetrarla.

Ahora nuestras bocas respiran a centímetros de distancia. Sus ojos entornados me miran con un brillo suplicante.

—No te contengas, por favor. Te necesito dentro de mí.

Su centro se contrae con fuerza alrededor de mi masculinidad y esa es toda la señal que necesito para dejarme ir. Con una fuerte embestida de mis caderas penetro su barrera y me hundo dentro de ella conteniendo la respiración. Ella se abraza a mí ahogando un grito y ladea su cabeza para morder la almohada. Permanezco quieto durante un rato expandiéndola, dejando que su interior se ajuste a mi tamaño.

Vuelvo a observarla y frunciendo el ceño tomo un puñado de sus rizos rojos haciendo que sus pequeños dientes suelten la almohada y la obligo a girar su cabeza hacia mi pecho invitándola a morder mis pectorales musculosos.

Sonrío con deleite al sentir que clava sus perfectos dientes blancos sobre mi piel dorada. En ese momento vuelvo a repetir el anterior movimiento deslizándome fuera de ella solo para volver a hundirme dentro suyo, esta vez sin encontrar resistencia alguna. Sus caderas responden al ritmo que les impongo y lentamente nos acoplamos en una danza salvaje. Entonces tomo su boca violentamente acariciándola con mi lengua ávida de su sabor, mordiéndola y adueñándome de sus suspiros, buscando desesperadamente

hacerla parte de mi ser.

Según aumenta nuestra velocidad, mi control se va esfumando y tengo que hacer un gran esfuerzo para no correrme antes de tiempo. Bombeo sobre ella dejando que mi cuerpo la aplaste un poco más. Ahora sus gritos apasionados llenan la habitación y me aparto para ordenar con voz firme.

—Quiero que te corras para mí, nena. ¡Hazlo ahora!

Acelero el ritmo y es entonces cuando siento sus convulsiones, unos espasmos que me aprietan deliciosamente. Estoy tan profundo dentro de ella que no hay rincón de su intimidad que mi miembro no acaricie.

Abandonándome a mi propio placer embisto jadeando y gruñendo hasta correrme en su interior con un último empujón, haciendo que mi orgasmo prolongue el suyo aún más.

Abrazados y temblando de placer fundimos nuestros cuerpos por completo. Después de unos minutos ruedo exhausto a un lado de su cuerpo sintiendo que amo a esta mujer como nunca he amado a nadie. La abrazo por detrás y yacemos tumbados envueltos en sudor y respirando con dificultad, gozando del contacto más íntimo de nuestros cuerpos.

—¿Sabes qué, nena? —Ella se vuelve y me mira parpadeando muy rápidamente. —Contigo me siento completo.

Puedo ver la emoción en sus ojos cuando se abraza a mí con fuerza y sonriendo de manera triunfal exclama:

—¡Yo también te amo!

Ella se aparta para mirarme y yo levanto una ceja confundido.

—¡Me amas, tonto! ¡Y yo te amo a ti! Eso es lo que me dirías si pudieras, pero por algún motivo te resulta difícil pronunciar esas palabras, ¿me equivoco?

Río hundiendo mi nariz entre sus rizos porque tiene toda la razón. Luego me incorporo sobre un codo y aparto el cabello de su frente para mirarla fijamente a los ojos.

—Nena... eres increíble. Es verdad, esas palabras son tan sagradas e importantes para mí que nunca se las he dicho a ninguna mujer. Pero esta es la primera vez que siento necesidad de decirlas—. Tomo aire temiendo que la garganta se me cierre de los nervios y ella me mira expectante. De golpe las palabras parecen fluir desde mi interior con una naturalidad inesperada—. Yo también te amo, Luana. Y te amaré por siempre.

Ella gime de felicidad buscando mis labios. Rodamos en la cama entre risas hasta que ella está de nuevo debajo de mí, justo como más me gusta, y me

pierdo en su piel mientras pienso en lo venturosa y excitante que será nuestra vida juntos.

Capítulo 15

LUANA

Despierto en sus brazos, pero antes de abrir los ojos me quedo quieta durante unos momentos sintiendo la felicidad de estar tumbada sobre el pecho de este hombre maravilloso.

Aspiro el aroma a sándalo de su piel y eso basta para que mis adoloridos interiores se contraigan con fuerza. Hago una mueca de dolor al sentir la irritación, pero no me quejo porque ha merecido la pena. ¡Vaya tela, quién iba a decir que hacer el amor sería algo tan maravilloso e inesperado! Jamás lo hubiera imaginado de esta manera.

Me estiro desperezándome envuelta en las sábanas de seda y me vuelvo sobre su cuerpo estremeciéndome cuando mis senos se aplastan sobre su firme abdomen y su brazo musculoso me aferra pegándome aún más a su cuerpo. Me sonrío arrebujiándome en su calor. Madre mía, podría quedarme a vivir en esta cama junto a él. Después de tanto sufrir, encontrar la dicha junto a mi jeque me hace sentir la mujer más afortunada del mundo.

Pero mi esposo gruñe reclamando mi atención y me incorporo apenas para deslizarme lentamente por su torso hasta quedar cara a cara con él, sintiendo el poderoso movimiento de su pecho que sube y baja con cada respiración. —Te he echado de menos —dice él con una sinceridad y una ternura que me desarman.

Vuelvo a maravillarme con este hombre. ¿Cómo un tío tan hosco y brusco en sus maneras puede a la vez ser capaz de tanta ternura?

—¡Y yo a ti, mi amor, no imaginas cuánto!

Con una sonrisa de satisfacción me aprieta el trasero con su mano fuerte y doy un gritito de la sorpresa. En broma jadeo indignada y arañeo su pecho. A él parece encantarle porque desliza una mano por detrás de mis glúteos hasta tocar mi entrepierna con sus dedos. De inmediato cierro mis ojos haciendo una mueca de placer porque su tacto posesivo provoca en mí un millón de sensaciones placenteras. Mi centro se contrae con necesidad y gimo con una mezcla de goce y dolor que me impulsa a buscar su boca con desesperación. Pero él se aparta de golpe para preguntarme preocupado.

—¿Estás adolorida, nena?

Niego con la cabeza mintiéndole porque necesito sentir otra vez aquello que me hizo anoche. Es lo más delicioso que he experimentado en mi vida, y aunque vuelva a dolerme necesito tenerle dentro de mí y que llene mi cuerpo

de esa forma tan sensual.

Muy lentamente Zadir busca mi entrada con su miembro y gimo cuando le siento deslizarse por mi interior. Su piel es ardiente y firme pero suave como la seda, y consigue estirarme deliciosamente. Gimoteo desconsolada sintiendo como la tensión aumenta en mi vientre y mis entrañas se hacen un nudo que únicamente mi jeque sabe desatar.

Sin poder soportar más esta tortura enderezo mi espalda sacudiendo mi melena hacia atrás y me monto sobre él como si estuviera cabalgando.

Empiezo a mecarme sobre su cuerpo moviendo mis caderas sensualmente con intención de provocarle. Al parecer mi provocación causa efecto, porque después de un rato sus gemidos se hacen constantes hasta que me sujeta por la cintura y gruñendo me gira sobre la cama, poniéndome de nuevo boca arriba y aplastándome con su pesado cuerpo. Le miro a los ojos encantada de que me tome de esta manera tan bruta, porque me hace sentir deseada y protegida a la vez.

Cierro los ojos cuando empieza a embestir contra mí con fuerza y arqueo la espalda contrayendo mis músculos a su alrededor, sintiendo como mi vientre se pega a su estómago duro. Él desciende con su boca sobre mi pecho para chupar y succionar mis pezones quitándome el aliento con cada caricia.

—Tengo tanta hambre de ti, querida —gruñe mientras mordisquea la punta de mi pecho con una voracidad feroz mientras que sigue bombeando dentro de mí sin pausa.

Incapaz de tolerar esta agonía por más tiempo, me pego a él derritiéndome en sus brazos y exploto en mil pedazos con un grito de liberación. El nudo en mis entrañas se deshace por fin, desatando una ola de placer que recorre mi cuerpo. Me siento desmayar cuando él anuncia en mi oído.

—Voy a correrme dentro de ti para hacerte un hijo. Será el primero de muchos. Quieres llevar a mis hijos en tus entrañas, ¿verdad?

Con un grito desgarrado respondo que sí, aferrándome a sus hombros con uñas y dientes mientras él se desahoga con mi cuerpo, derramando su semilla caliente en mi interior.

Mientras recuperamos el aliento él acaricia mi mejilla con sus dedos y mis ojos se llenan de lágrimas al pensar en tener un bebé con mi esposo. Al verme así frunce el ceño preocupado, pero me apresuro a tranquilizarle, asegurándole que todo está bien.

Cuando él hace un gesto para levantarse de la cama alargo mi mano para detenerle, pues no quiero que me deje sola. Pronto advierto que solo se ha

movido para abrir el cajón de la mesita y enseguida vuelve a tumbarse junto a mí. Me mira con una sonrisa y abre su mano enseñándome lo que lleva en la palma. Llevándome una mano al pecho le miro con la boca abierta.

—Dios mío...

Sin poder contener la emoción le observo colocar sobre mi dedo el anillo de boda que en mi despecho arrojé a la fuente de los deseos la noche de nuestra boda. Me siento tan avergonzada y culpable que me pongo como un tomate y empiezo a tartamudear.

—Zadir, lo siento tanto... He sido una idiota... Yo no...

Con el dedo índice cierra mis labios y sonrío de medio lado al decirme.

—Jamás vuelvas a disculparte conmigo. No debes sentir vergüenza por tu carácter impulsivo. Nena, eres como yo. Estamos hechos el uno para el otro, nunca lo olvides.

Temblando sigo su mirada que baja hacia el anillo mientras le oigo decir.

—Este anillo simboliza nuestra unión—. Entrelaza sus dedos con los míos y veo relucir a los dos anillos juntos. Son dos piezas distintas, la suya lleva una piedra negra de obsidiana que me intriga—. ¿Sabes por qué los he escogido? Niego con la cabeza y con mucho interés le animo a continuar. Él toma aire antes de decir:

—Esta es la unión de dos pasiones. La tuya es una pasión femenina y delicada. Maternal. Y la mía... bueno, la mía es una pasión masculina y oscura que solo tú has conseguido transformar en algo positivo.

Parpadeo azorada. Jamás pensé que yo podría afectar a un hombre tan poderoso de esa forma. ¡Dios mío, es la mejor declaración de amor que alguien me podría hacer! Me sonrío sintiendo una felicidad indescriptible. Le he vuelto mejor persona, y eso me enorgullece tanto que no quepo en mí.

—Eres la única persona capaz de darme todo lo que necesito sin yo misma saber que me faltaba —le confieso.

Él sonrío ante mis palabras y aprieta mi mano. Los anillos relucen cada uno con su brillo particular, pero juntos adquieren una belleza única y especial. Una belleza incomparable.

Mi corazón late con fuerza sintiendo que este es el comienzo de nuestra propia familia.

¡Y no podría ser un comienzo más feliz!

Epílogo

ZADIR

Seis meses después...

Los niños contienen el aliento a mi alrededor mientras le doy los toques finales al cuadro. El lienzo está húmedo y las figuras relucen contra el horizonte monocromo. Es una caravana cruzando el desierto con dromedarios, caballos, hombres, mujeres y niños.

He estado pintando durante casi tres horas y los niños se han quedado todo el tiempo mirando con sus ojos abiertos como platos y haciendo preguntas a cada momento. Me lo tomo como una práctica, pues pronto tendré que responder preguntas de mis propios hijos y quiero estar en forma.

Hablando de hijos, no puedo esperar a conocer a mis primogénitos. Desde que hemos descubierto que seremos padres de gemelos, mi vida se ha puesto patas arriba. Tengo la mente ocupada en los preparativos para recibir a los bebés porque quiero asegurarme de que lleguen al mejor hogar del mundo. Me he prometido ser un gran padre para ellos, igual que mi padre lo ha sido para mí.

Me vuelvo para mirar a Luana, que está verdaderamente radiante. Más bella que nunca con su barriga redonda, se encarga de explicar a los niños cada técnica que he utilizado para componer la imagen que ven en el lienzo.

Sonrío porque la visita al taller está resultando más instructiva de lo que ella imaginaba, y en su expresión se transparenta claramente su alegría. Se nota que mi princesa está en su elemento, y yo estoy complacido de hacerla tan feliz.

Al advertir mi mirada, Luana se acerca hacia donde estoy sentado abrazándome por el cuello e inclinándose sobre mi oído con una sonrisa.

—¡Eres un gran artista! Mmm, estoy tan orgullosa de ti...

Me aparto del lienzo y ella me planta un beso en los labios. Levanto una ceja mirándola sorprendida.

—Te lo mereces —repite ella—. Nos estás haciendo pasar un día soñado. ¿Verdad, niños?

Veinte voces chillan a coro encantados. Uno de ellos se acerca a Luana que se agacha para que el niño pueda decirle algo en secreto. Aguzo el oído y alcanzo a oír sus palabras susurradas.

—Señorita, ¿podría darle al jeque la enhorabuena de mi parte? ¡Y dígale que es un máquina y que alucino por cómo se lo ha currado!

Luana echa a reír revolviendo con su mano el pelo del niño.

—Oye, ¿y no quieres dárselas tú mismo? Mi esposo parece un ogro pero te aseguro que no va a morderte.

El niño levanta su cabeza para mirarme. De repente se cuadra poniéndose muy serio y me tiende su manita. Yo se la estrecho con la misma formalidad.

—Muchas gracias, su majestad —dice el niño tras armarse de valor para hablarme.

—¿Te gustaría aprender a pintar así?

El niño suspira.

—Claro, sería genial aprender a hacerlo.

—Vale —cojo la paleta de colores y los pinceles y se los entrego—. Pues serás mi ayudante. A pintar se aprende pintando, así que hazme el favor y ponle un poco más de azul al cielo, ¿de acuerdo?

El niño se queda mirándome con la boca abierta mientras me pongo en pie y levanto a mi esposa en brazos echando a andar luego en dirección a nuestros aposentos.

—¡Qué haces, estás chiflado! —susurra divertida.

—Tengo una sorpresa para ti, nena. Quiero que veas algo. Te aseguro que merece la pena.

—¡Pero debo quedarme con los niños!

—No te preocupes por ellos. Está todo arreglado.

De inmediato llamo a mis empleadas y les indico que es hora de empezar la visita guiada de mi colección de obras de arte. Una de ellas se vuelve hacia los niños aplaudiendo con entusiasmo.

—¡Venga peñita, todos a la galería! La colección del jeque es única en Nueva Abisinia. ¡Fliparéis con los cuadros que tenemos aquí, os lo prometo!

Con una sonrisa satisfecha me vuelvo hacia mi esposa.

—¿Ves? Solucionado.

Ella suspira mirando a sus alumnos y se vuelve hacia mí poniendo morritos.

—Es que con los niños nos lo estábamos pasando tan bien.

—Pues te aseguro que conmigo te lo pasarás estupendo.

Unos metros antes de llegar a nuestro dormitorio me detengo. Luana frunce el ceño cuando tapo sus ojos con una mano.

—Ibriel, ¿qué te traes entre manos?

—No puedo decírtelo, se perdería la sorpresa.

—¡Vaya, cuánto misterio!

—Ten paciencia, mi amor, ya casi llegamos —susurro con una sonrisa.

La llevo hasta el sitio donde he ubicado la sorpresa, justo enfrente de nuestra cama. Bañada por la claridad que entra a través de las ventanas, la cunita de ébano que he diseñado y labrado con mis propias manos luce aún más guapa. Luana ni se lo imagina. Me he despertado una hora antes cada mañana para poder trabajar en secreto. Y ha merecido la pena porque me ha quedado tal como la imaginé.

Luana se impacienta.

—¿Ya puedo ver?

Poco a poco voy quitando la venda de sus ojos y ladeo mi cabeza para no perderme su reacción. Al ver la cuna con doble compartimiento para los gemelos, se lleva una mano a la boca quedándose tiesa. Frunzo el entrecejo con preocupación y por un momento temo haberla cagado. ¿Igual ella prefería que encargáramos una al artesano del pueblo?

Pero entonces se vuelve hacia mí con sus ojos empañados y coge mi mano apretándola con fuerza, tan conmovida que casi no puede hablar.

—¡Es un sueño! —dice al fin limpiándose las lágrimas que han empezado a correr por sus mejillas. Lentamente rodea la cuna tocándolo todo con sus manos, maravillándose pues he puesto mucho mimo en cada detalle: las guardas y los sonajeros azules repletos de cascabeles pintados a mano, el dosel alegre y colorido, las patas torneadas de estilo antiguo y las tallas de los barrotes en forma de jirafas y delfines. Todo lo he hecho con el mayor cuidado y cariño porque se trata de mi obra de arte más importante.

Expectante observo a mi esposa y de repente veo que se vuelve hacia mí con la barbilla levantada en actitud desafiante.

—¿Cómo lo haces?

Parpadeo confundido porque su pregunta suena a reproche. Ella echa a reír al ver mi reacción y salta abrazándose a mi cuello. Yo la sostengo en el aire y ella se aparta lo suficiente para mirarme a los ojos con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo haces para hacerme tan feliz?

Sonriendo me encojo de hombros.

—Supongo que se me da bien.

—¡Lo que a ti se te da bien es malcriarme!

—Pues será mejor que te acostumbres, nena, porque pienso seguir haciéndolo durante toda la vida. Me encantará malcriaros a ti y a los gemelos, y luego a todos los niños que quieras darme.

Ella me besa profundamente y yo acaricio su trasero mientras la sostengo

contra mí de forma posesiva. El olor de su piel me excita y me empalmo con una erección tan dura como una roca.

—Nena, tengo que soltarte porque estás alterando mi sangre.

—¿No me digas? —dice ella sonriendo con malicia. La suelto a regañadientes pero ella no se aparta de mí. Mordiéndose el labio inferior levanta el ruedo de mi camisa manchada de pintura, dejando al descubierto mi estómago plano y duro. Lentamente pasa sus manos por mis abdominales musculosos y luego las desliza hacia arriba hasta mis pectorales.

—Mmm... —gime suspirando profundamente y nos miramos durante unos segundos intensos. Puedo ver un brillo de deseo en sus ojos cuando añade—. Creo que tengo un nuevo antojo.

Entorno los ojos con una media sonrisa.

—¿Otro más? Anoche debí salir de urgencia a buscar fresas con nata.

¿Recuerdas lo que acabamos haciendo con ellas?

Ella baja la mirada tímidamente, seguramente reviviendo nuestra noche de pasión desenfadada. Cuando vuelve a levantar su rostro veo que sus mejillas tienen un tinte rosado y humedezco mis labios anticipando el exquisito sabor de su piel.

—Ya no quiero fresas —dice ella con un hilo de voz—. Ahora te necesito a ti...

Sin decir una palabra más vuelvo a cargarla en mis brazos y la llevo hacia nuestra cama. Ella me besa de camino gimiendo con anticipación. Empiezo a desvestirla lentamente, jugando con cada prenda que le quito. Ella mira hacia la puerta con preocupación.

—¿No crees que debemos darnos prisa?

Niego con la cabeza.

—Relájate, nena. Pienso tomarme mi tiempo contigo. No quiero correr el riesgo de que nuestros niños nazcan con un antojo.

Se vuelve hacia mí sonriendo.

—En eso tienes toda la razón —tras decir aquello se tumba en la cama mientras mordisqueo y beso el interior de sus muslos. Entre gemidos añade—. Soy toda tuya, mi amor. A cambio solo te pido que me ames para siempre...

Me sonrío complacido por sus palabras y continúo plantando besos sugerentes en su piel sensible mientras sus manos revuelven mi pelo.

—Tus deseos son órdenes, nena —gruño con voz ronca y luego hundo mi nariz en su centro agradeciendo al cielo porque me ha dado a esta mujer

maravillosa que pienso proteger con todo mi corazón.
Por supuesto que la amaré para siempre, me digo sonriendo. No necesita pedírmelo dos veces.

FIN

(Da la vuelta a la página porque aún hay más...)

¿Te apetece seguir leyendo la historia de Zadir y Luana?

Hay un epílogo adicional donde cuento qué ha sido de la vida de los protas. ¿Habrán tenido más hijos? ¿Seguirán siendo felices? ¡Descúbrelo hoy mismo en este epílogo exclusivo solo para suscriptores de la lista de correo de la serie!

Puedes suscribirte gratis a la lista de correo aquí:

<http://eepurl.com/c9K54n>